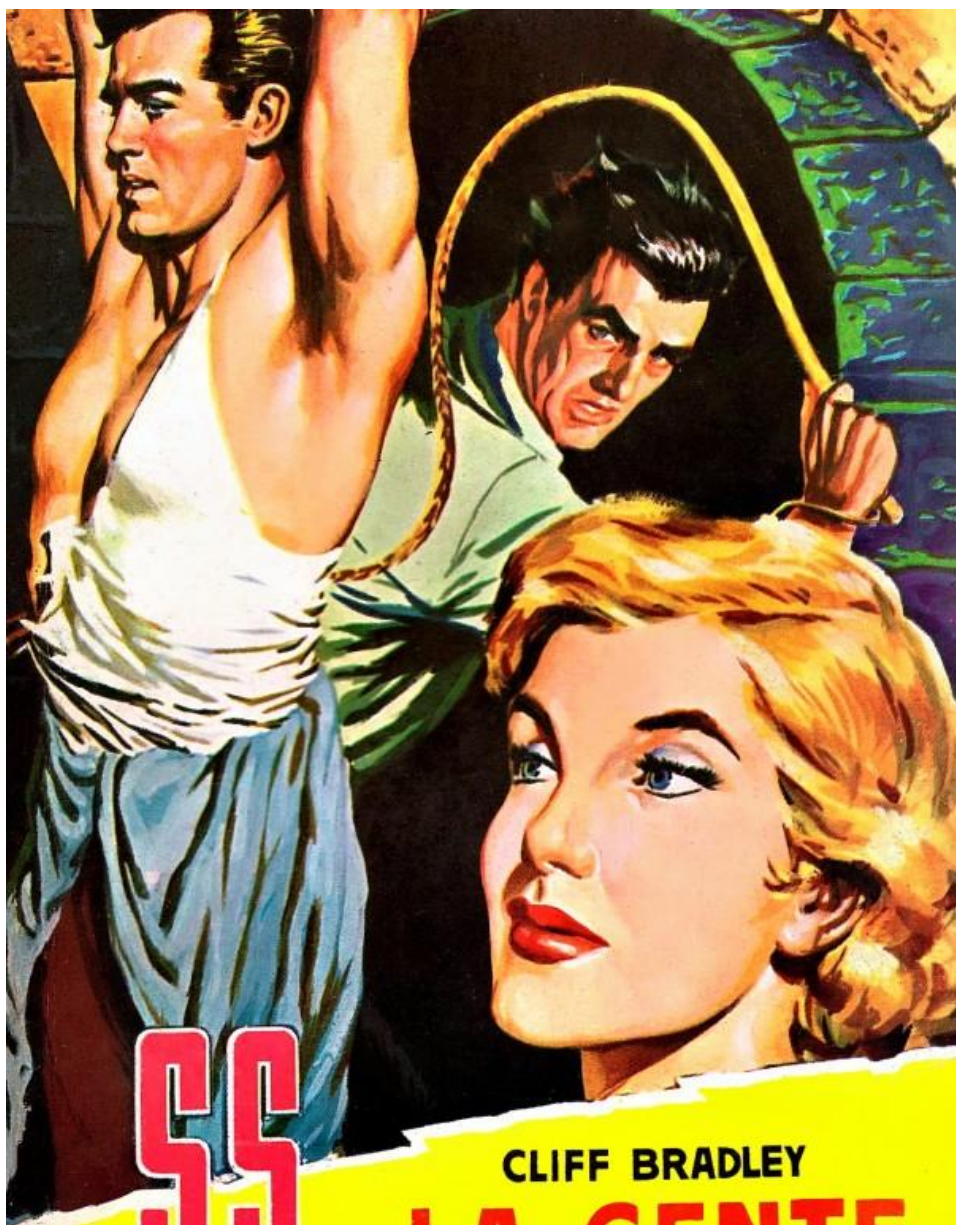




SS

**SERVICIO
SECRETO**

CLIFF BRADLEY

LA GENTE IMPLACABLE

CLIFF BRADLEY

La gente implacable

1.^a EDICIÓN
SEPTIEMBRE - 1967



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES

OSIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



PARA PERSONAS FORMADAS

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© FRANCISCO BRUGUERA · 1957

**Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona**

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

341. — Dos forasteros en Rhawide. 356. — El
pacto de los muertos. 358. — Dexty vuelve. 395.
— Furia fronteriza.

En Colección BUFALO:

62. — Ases en la manga. 122. — Camaradas
errantes.

En Colección SERVICIO SECRETO:

200. — Buscando la muerte. 245. — La sombra
de madame. 273. — La muerte roba diamantes.
316. — Noches de París.

En Colección PANTERA:

2. — El desconocido. 5. — Pecos. 39. — Sólo los
bravos.



La gente — IMPLACABLE por CLIFF BRADLEY

CAPÍTULO I

La lluvia estaba batiendo fuerte contra los edificios, y las grandes olas chocaban con violencia contra el muelle, levantando oleadas de espuma y abalanzándose sobre la tierra cual un ejército implacable y devastador. El cielo era una masa de bruma gris por la que aullaban los demonios del viento. No se distinguía un alma ni en las calles ni en los campos, donde se tronchaban los árboles con ruidosos chasquidos, como si fueran simples cañas abatidas por el huracán.

Hacía dos horas que este se abatiera con toda su fuerza sobre Cayo Sal. Y no parecía llevar trazas de acabar. Los partes meteorológicos habían anunciado que la velocidad del viento era de ciento ochenta kilómetros por hora, pero no dijeron lo que tardaría en ceder. Y desde que llegó a Cayo toda comunicación entre este y la tierra firme había cesado por completo. Cayo Sal estaba tan aislado del mundo circundante como si estuviese en otro planeta.

En la tercera casa a mano derecha entrando por la carretera se hallaban sucediendo cosas. Habían comenzado a suceder dos horas antes, cuando un automóvil negro, grande, que a duras penas podía avanzar contra el fuerte viento, se detuvo delante de la casa y tres hombres salieron de él, entrando en ella apresuradamente.

Aquella casa era, en la temporada invernal, un alojamiento de turistas. El resto del año solía encontrarse cerrada y deshabitada, pues sus

propietarios residían en Fort Lauderdale normalmente. Pero esta vez, cuando los tres del automóvil negro llegaron junto a la puerta, esta se abrió enseguida para darles nasos.

De esto habían transcurrido más de dos horas. Y Guillermo Ferrán se estaba preguntando todo aquel tiempo qué pasaría allí dentro.

Guillermo Ferrán era curioso por naturaleza y profesión. Con mucho gusto habría cruzado la calle, para averiguar cómo era posible que, inesperadamente y en medio del huracán, vinieran hombres a Cayo Sal y fueran recibidos por alguien en una casa que hallábase deshabitada apenas diez horas antes, cuando él salió a dar un paseo por la playa. Mas con el viento y la lluvia barriendo la calle a la velocidad de ciento ochenta kilómetros por hora y llevándose por delante ramas, maderos y otros peligrosos objetos, era una locura intentar la salida. No obstante, allí dentro estaba ocurriendo algo raro...

Ciertamente lo que sucedía no era nada corriente. Porque en los mismos instantes en que Ferrán pensaba lo que antecede, en una de las habitaciones de aquella otra casa tres hombres contemplaban a otro atentamente. Este otro estaba caído en tierra, de bruces, con las manos crispadas arañando inútilmente el piso de madera y contorsionándose espasmódicamente, cada vez con menos fuerza. Entre sus hombros emergía el mango de un cuchillo bien clavado...

Los tres hombres eran relativamente jóvenes, de rostros endurecidos, bien trajeados, cubiertos con impermeables y tocados con sombreros flexibles. Uno de ellos, que presentaba una cicatriz en la mejilla izquierda; cómo de una cuchillada, y tenía unos crueles ojos grises, hizo una seña a otro, más joven, y este se fue a colocar pegado a la pared, junto a la puerta, sacando una de esas navajas automáticas cuya hoja se esconde en el puño. Sus compañeros quedaron de pie, con las manos metidas en los bolsillos de los impermeables, esperando...

Sonaron pasos pesados acercándose. Los silbos y aullidos del viento dificultaban mucho la audición, y hacían parecer de varias personas lo que los tres hombres sabían pertenecía a una sola. La casa misma retemblaba y se sacudía a cada racha del huracán...

De repente, del negro recuadro de la puerta brotaron cárdenas llamaradas en ininterrumpida sucesión, al mismo tiempo que estallaba el inconfundible trueno de los disparos. El hombre de la cicatriz se tambaleó, haciendo una mueca de rabia y sorpresa, trocada en otra de dolor y agonía, y cayó pesadamente, sacando a medias una pistola en su mano derecha, mientras su compañero, acribillado también por la lluvia de balas, rodaba de costado, sin lanzar un grito, derrumbándose.

El que se había pegado a la pared, cuchillo en mano, contuvo una exclamación a duras penas, se puso lívido, guardóse el cuchillo y sacó una pistola de una funda sobaquera, empuñándola y echándose más hacia el

rincón, todo ello en menos de medio minuto y al tiempo que caían sus compañeros.

Un silencio tenso, opresivo, se cernió en el ambiente. Luego, en la oscuridad resonó una voz de timbre duro y conminatorio.

—Tira el quitapenas, Lobb, y levanta las manos. No seas estúpido y obedece. Somos tres y no vas a poderte escapar.

—¿Por qué has hecho eso, Brast? —repuso el así conminado sin obedecerle, antes bien procurando escurrirse sin hacer demasiado ruido hacia la cerrada puerta que había un poco más allá.

—Por lo mismo que vosotros habéis apuñalado a Frankie y pensabais acabar conmigo. Un millón es un millón, muchacho. Pero no tenemos nada contra ti, especialmente. Si te portas bien, puedes continuar con nosotros. ¿Qué respondes?

El llamado Lobb había manipulado con la puerta y acababa de abrirla. Se movió a su través con suavidad silenciosa, empuñando la pistola. Miró a ambos lados...

Era un pasillo, estrecho, solitario y a oscuras, salvo la difusa claridad que entraba a través de unas rendijas de la ventana al extremo derecho del mismo. Volvió la cara para responder:

—¿Cómo puedo fiarme de ti, Brast? Comprenderás que lo sucedido no es como para que me entregue a tu merced como un corderillo.

—No seas tonto y hazme caso. No tengo interés ninguno en matarte. Y puedes servirme tan bien como le sirves a Trebistch. Tira el arma y...

—¡Se está escapando, Tzaros!

El aviso había llegado desde más allá, en el corredor sombrío. Y era verdad. Aprovechando la oportunidad de la charla del otro, Lobb se había lanzado rápida y sigilosamente por el pasillo, llegando a la ventana y abriéndola tras forcejear un instante con los pestillos. Al hacerlo, los batientes, empujados por el viento, escaparon de sus manos y casi le dieron en la cara, golpeando con violencia, pero él no se entretuvo gran cosa a sujetarlos. Al contrario, tras lanzar una rápida ojeada hacia su espalda, se encaramó con agilidad en el alféizar y saltó al exterior, justo un segundo antes de que tres balas pasaran por el punto. Sonde había estado su cuerpo.

Cayó sobre sus rodillas, y en el acto lo envolvió el viento y la lluvia azotóle el rostro con crueldad, medio cegándole. Había perdido el sombrero y fue lanzado contra un poste cuando quiso enderezarse para correr hacia el automóvil parado al otro lado de la esquina. Optó por arrimarse a la pared y correr casi a gatas, volviéndose de vez en cuando a mirar hacia el punto por dónde había escapado. La segunda vez lo hizo a tiempo de poder disparar contra el hombre que, sosteniéndose con dificultad medio cuerpo afuera, estaba a punto de barrerlo con una ráfaga de metralleta. Su disparo salió desviado, pero sirvió para herir de refilón al

otro en la cara y darle tiempo a doblar la esquina.

Allí era algo menor la furia del huracán, aunque muy poco, y Lobb pudo enderezarse y correr, mirando hacia la casa con aprensión, al automóvil que le había traído...

Estaba junto a él, y tratando de abrir con una mano la portezuela para colarse dentro, cuando la puerta de la casa se abrió. Lobb dilató las pupilas de rabia y miedo a morir, y levantó la pistola, mientras buscaba escudarse en el motor...

El hombre que estaba junto al que abriera la puerta no le dio tiempo para nada. La metralleta que manejaban sus manos escupió balas en siniestro tableteo y dos de aquellas balas fueron a alojarse en la cabeza de Lobb, que cayó de espaldas sobre el fango en trágica pirueta.

Los dos hombres del interior salieron a la calle, encogidos para contrarrestar la furia del viento, miraron arriba y abajo como recelando que su crimen hubiera tenido testigos, y luego, dejando dentro la metralleta, llegaron junto al automóvil, lo rodearon, contemplaron un momento al caído Lobb, cambiaron una mirada satisfecha, se agacharon y lo recogieron, entrándolo en la casa. La calle quedó de nuevo solitaria bajo el huracán...

Guillermo Ferrán había contemplado toda la última parte de lo reseñado. Estaba justamente tras la ventana esquinera del piso alto de la casa fronteriza a aquella en que los acontecimientos se desarrollaban. Y no se movió de allí, esperando...

No tuvo que esperar demasiado. Apenas una hora más tarde, tres hombres salieron de la casa. Era ya casi noche cerrada y la furia del huracán estaba amainando, aunque la lluvia era más espesa que nunca. Los tres se cubrían con sendos impermeables, y uno de ellos llevaba la cara vendada recientemente. Penetraron en el automóvil negro, lo pusieron en marcha y abandonaron el lugar, perdiéndose en la lluvia y la creciente oscuridad.

Entonces fue cuando Guillermo abandonó su observatorio. Dejó la habitación, bajó al vestíbulo, desatrancó la puerta de la calle, salió al exterior y, encogido bajo la violenta lluvia, acercóse a la puerta de la otra casa, tanteándola hasta convencerse de que estaba cerrada. Entonces rodeó, siguiendo el camino por dónde viniera el infortunado Lobb, y empujó la ventana por dónde saliera este.

Volvió a salir por aquella ventana quince minutos después. Regresó a la casa donde se había refugiado, cerró la puerta y subió a la habitación desde donde viera todo lo sucedido. Una vez en ella, encendió una lámpara de petróleo, pues el huracán había dejado sin luz eléctrica al poblado, y se fue a sentar en una butaca, poniéndose a pensar.

Era aquella una habitación un tanto rara. La mayor parte de los muebles estaban cubiertos por fundas de tela. Una cama, una mesa y una

butaca eran los únicos libres de fundas. Y había allí, arrimados a un rincón, un caballete de pintor, algunos lienzos en blanco y uno abocetado. Sobre la mesa, una caja de pinturas, unos planos y papeles escritos, una botella de licor y unas latas de conservas, con un vaso y unos platos sucios.

Guillermo estuvo pensando largo rato. Luego se levantó, acercóse, al teléfono y marcó un número. Estuvo escuchando unos momentos, y luego volvió a colgar con expresivo gesto. También estaba averiada la línea telefónica. Cayo Sal hallábase totalmente aislado del mundo mientras durase el huracán. Solo un loco podría intentar lanzarse por la carretera de los Cayos en tales circunstancias. Un loco... o alguien que acabara de cometer un múltiple asesinato.

CAPÍTULO II

Miami, en mayo, está en lo que podría llamarse «zona intermedia». Los millonarios ya han emigrado de sus magníficos hoteles y la gente de menos posibilidades todavía no ha comenzado a llegar en cantidad. Esto no es un axioma total, pero sí algo muy aproximado. La máxima razón es, que se trata de la época de los tornados, en la cual se estropea lo mejor que la ciudad puede ofrecer a sus visitantes: el clima.

Guillermo Ferrán llegó a la ciudad alrededor de las once de la mañana y se encaminó a su casa directamente, guiando su pequeño automóvil de poco lustrosa apariencia.

En realidad, lo de «su casa» era un eufemismo, pues tenía alquiladas dos amplias habitaciones a un matrimonio viejo cerca de la playa, amén del desván, donde pasaba la mayor parte de su tiempo retocando sus cuadros. Porque Guillermo Ferrán se ganaba la vida pintando y vendiendo sus pinturas. Inútil buscar su nombre en las columnas de la Prensa importante o especializada, desde luego. No era tan famoso. Pero pintaba bien, y aparte eso sabía hacerse simpático. Los veraneantes ricos solían comprarle sus lienzos y pagárselos bien, tras haber almorzado con él y tenido un rato de agradable charla. Algunos mal pensados murmuraban que no vendería tanto si las mujeres, especialmente las maduras, fueran menos impresionables...

Detuvo el automóvil delante de su alojamiento, y sin sacar las telas ni el caballete penetró en la casa, saludó cordialmente a su dueña, que había salido de la cocina a darle la bienvenida, y se dispuso a pasar adelante, aunque ella no le dejó.

—Ha debido pintar muy poco, ¿verdad, Guillermo? El huracán estropeó indudablemente sus propósitos, como los de tanta gente... Incluso aquí fue bastante malo. ¿Por dónde le cogió?

—Estuve deambulando por ahí, en busca de algo interesante. Me atrapé cerca de San Agustín, y me refugié en un hotel de carretera. Un aburrimiento, señora Parker.

—No tiene que decírmelo. Y menos mal que no le pilló en descampado...

Dejando a la buena mujer con sus comentarios, Guillermo subió a sus habitaciones y, una vez en ellas, se cambió rápidamente de ropa, tras haber hecho una corta llamada telefónica. Estaba terminando de afeitarse cuando llamaron a la puerta, y la voz de su patrona le advirtió que tenía

una visita.

La visita resultó ser un hombre de mediana edad, visiblemente intrigado, que lo saludó efusivamente, inquiriendo mientras lo hacía:

—¿Qué te ha sucedido, muchacho? Primero me llamas por teléfono para hablarme misteriosamente, y ahora vuelves a hacerlo instándome a que venga a verte enseguida. Creí que pensabas pasarte una semana o dos en Cayo Sal... ¿Te asustaste del huracán?

—No exactamente. Siéntate y toma una copa, porque la cosa es grave.

—¿Grave? —el recién llegado aceptó la invitación, fue a tomar una, botella que estaba sobre la mesa, alcanzó un vaso de encima de una repisa falsa, llenólo, y con él en la mano inquirió—: ¿De qué se trata?

—Asesinato al por mayor.

—¡Ejem! —el otro tosió, frunció el ceño...—. ¿Asesinato... al por mayor?

—Exactamente. En pocas palabras: cuatro hombres muertos en menos de dos horas, tres cosidos a balazos y el cuarto de una puñalada entre los hombros. Y los cuatro asesinados, exactamente, en la casa frontera a la tuya.

—¡No! Mira, si es una broma...

—No bromeo en absoluto.

Hubo un silencio tenso. El recién llegado miraba de hito en hito a Fernán. Respiró fuerte, se bebió de un trago el contenido del vaso, volvió a toser y dijo con otro acento:

—¿Quieres comenzar por el principio? ¿Quién asesinó a esos hombres, quiénes eran los muertos y cómo te enteraste tú?

—Siéntate y escucha.

El otro obedeció, y Guillermo le hizo un rápido y sucinto relato de lo sucedido que el otro escuchó con atención.

—Por eso te he pedido que vinieras aquí. Estuve toda la noche pensando acerca de lo sucedido y he llegado a una conclusión. Dos grupos de individuos de armas tomar se reunieron ayer tarde en Cayo Sal porque sabían la aproximación del huracán y que en el Cayo tan solo residen ahora dos familias, que estarían encerradas a cal y canto en sus casas. No puedo saber para qué fueron a Cayo Sal, ni lo que pasó entre ellos, ni por qué escogieron la casa de los Barrows y no la tuya u otra cualquiera de las deshabitadas. Pero hubo una lucha entre ellos, murieron los tres que yo vi llegar en un automóvil negro y uno de los que les esperaban, y otros tres, uno herido en la cara, escaparon en el coche negro. Dadas las circunstancias, lo más probable es que no se entere nadie de lo sucedido, hasta que los Barrows regresen a su casa. Ahora bien, yo llegué allí ayer por la mañana, y no me vieron los habitantes del lugar, pues por lo visto estaban fuera. Me he marchado al amanecer, y no me han visto marcharme. Quiero evitar que se sepa que estuve allí, y necesito que tú te

calles. Soy un hombre pacífico, un artista, y no puedo ni deseo verme mezclado en un lío de tal envergadura.

—Pero, hombre, habrá que hacer algo, dar parte a la policía...

—¿Y avisar a los asesinos de que hubo un testigo de lo ocurrido? No, gracias, Paúl. No tengo madera de héroe ni soy tan estúpido. ¿No te das cuenta de que en cuanto los periódicos publiquen mi declaración habrá tres asesinos dándome caza? Soy el único que les vio las caras y puedo describirlos. Si la policía pudiera garantizarme que iba a atraparlos en el acto, yo iría a denunciarlos. Pero no tengo tanta fe en nuestros policías, y no me hago ilusiones respecto a lo que me pasará si descubro que estuve allí y vi parte de lo ocurrido. Por eso te pido que nada digas. ¿Dijiste a alguien que me habías prestado tu casa de Cayo Sal?

—No... me parece que no... —Paul estaba evidentemente confuso y nervioso—. Esto no me gusta nada, Guillermo. Si la policía llega a enterarse... puede costarnos un disgusto.

—No se enterará de nada si tú no hablas. Ya te he dicho que no tropecé con nadie en Cayo Sal. ¿Harás lo que te pido? Somos amigos muchos años...

Asintió el llamado Paul, encogiéndose de hombros.

—Está bien, muchacho, callaré. No quiero que te pase nada malo. Pero...

Se marchó una hora más tarde, aun preocupado. Guillermo, por su parte, no parecía nada contento tampoco, y estuvo largo rato pensando ceñudo en lo sucedido. Después dejó la casa.

Tres horas más tarde estaba tomando una cargada taza de café en un céntrico bar cuando oyó una agradable voz femenina a sus espaldas.

—Es usted Guillermo Ferrán. ¿Me equivoco?

Giró rápido, enfrentándose con quien así te interpelaba.

La muchacha había llegado sin que se diera cuenta y estaba a menos de dos pasos. Era alta, delgada, rubia, de hermosos ojos azules y bellas facciones. El ojo crítico del pintor comprobó rápido que su belleza no debía gran cosa a los cosméticos, así como que ella sabía vestir. Asintió lentamente, preguntándose quién sería y qué le quería.

—El mismo. Pero no sé...

—Me llamo Susan Redford, y soy periodista, señor Fernán. Colaboro en diversos periódicos y revistas de arte y literatura.

Era una periodista... Bueno, era también una bella muchacha y resultaría agradable charlar con ella. Le despejaría de preocupaciones la cabeza. Repuso sonriente:

—Encantado. Pero no sabía que mi persona tuviera tanta importancia, la verdad. ¿No quiere sentarse y tomar algo?

—Muchas gracias —la joven fue a ocupar otra banqueta, dejando su cartera sobre el mostrador y cruzando las piernas. La mirada de Guillermo

—que comprobó su belleza— hízole sonreír ligeramente y estirarse la falda sobre las rodillas, mientras añadía—: Es usted muy modesto. He tenido oportunidad de ver algunos de sus cuadros y me parecieron muy interesantes.

—Honradísimo. ¿Piensa acaso comprarme alguno? —No tengo tanto dinero. Solo vine a entrevistarle, si no tiene inconveniente.

—En absoluto. Es usted la más linda periodista que he conocido y un verdadero placer mirarla y hablarle.

—¡Hum! No está mal, para comenzar... —ella le pagó con un mohín que marcó dos hoyuelos en sus mejillas y sacudió la cabeza en gesto peculiar que removió la melena dorada. No debía tener muchos más de veinte años—. Es usted español, según creo...

—A medias. Nací en España, de padre mejicano y madre norteamericana. Es por eso que me considero como ciudadano de los tres países.

—Muy interesante. ¿Quiere hablarme un poco de usted?

Guillermo lo hizo, halagado y casi olvidado ya de la experiencia de la tarde anterior. La muchacha le escuchaba atentamente, hacía de vez en cuando una pregunta, y se mostraba muy simpática, casi amistosa...

—Bien, me parece que no perdí mi tiempo, y he conseguido tema para un buen reportaje —dijo sonriente al acabar él, aceptándole el cigarrillo que le ofrecía—. A decir verdad, no esperaba tener tanta suerte. Estuve ayer tratando de localizarle, pero me dijeron que había partido de excursión, a los cayos. Hubiera ido tras usted, pero me asustó la proximidad del huracán.

Guillermo se quitó el cigarrillo de la boca, frunció el entrecejo y tardó casi un minuto en contestar.

—¿Quién le dijo que yo había ido a los cayos?

—No recuerdo bien, ahora mismo. Pero estoy segura de que me lo dijeron. Concretamente, a Cayo Sal. ¿Fue acaso una información errónea?

—Totalmente errónea —Guillermo estaba tan sobre sí como nunca—. Hice justamente el camino opuesto.

—Entonces me engañaron. Por cierto que le puse una conferencia a Cayo Sal, y me dijeron que las líneas estaban cortadas.

La sonrisa de ella era ingenua y desarmante. Pero Guillermo no estaba dispuesto a dejarse desarmar. Hizo una cauta observación:

—¿No es excesivo interés por un pintor casi desconocido?

—Tal vez lo parezca, pero posiblemente usted no sea tan desconocido como cree... ¿Le ha molestado mi insistencia? Lo siento, si es así...

—No me ha molestado en absoluto. Y siento que perdiera su dinero en esa conferencia.

—No lo perdí. Me lo devolvieron.

—Eso me complace. Y ahora debe perdonarme, pero tengo mucho

trabajador pendiente y he de hacer un par de visitas insoslayables. Ha sido un verdadero placer conocerla, señorita Redford, y le estoy muy agradecido por haberse interesado por mí persona. ¿Dónde aparecerá el reportaje?

—Probablemente en «News of the Art» y en «Sunday Pictorials». Haré que le envíen ejemplares. Ha sido muy amable y le estoy agradecida...

Se estrecharon las manos, y luego separáronse como buenos amigos. Pero Guillermo no caminó mucho. Apenas lo suficiente para perder de vista a la muchacha. Entonces volvió sobre sus pasos rápidamente, y adoptando toda clase de precauciones regresó al bar. Desde casi la puerta tuvo que retroceder apresuradamente y meterse en la tienda aladaña. Susan Redford salía del bar, se encaminó —tras mirar a todos lados rápidamente— hacia un «Packard» verde estacionado un poco más lejos y entró en él, poniéndole en marcha y sacándolo al centro de la calzada, por la cual desapareció entre el tráfico.

Guillermo retornó al bar, y se acercó al camarero, qué les había servido, interpellándole:

—Oye, Dan. ¿Qué ha estado haciendo la muchacha que estuvo conmigo, después que me marché?

—Me estuvo tirando un poco de la lengua acerca de usted. Si le conocía mucho, si solía frecuentar este local, si parecía disponer de dinero y si tenía amistades femeninas. Gomo es natural, no quise darle a la lengua. Me limité a decirle que le conocía de vista, y no sabía gran cosa de usted, excepto que le gusta el coñac y es pintor. Entonces me pidió una ficha, se fue a la cabina y estuvo hablando un rato, al parecer animadamente. Luego salió, me sonrió y se fue. Muy linda, pero demasiado preguntona...

—Sí. Y te agradeceré que si vuelve a preguntarte, o lo hace algún otro, de mis cosas, seas tan prudente como ahora. Dame otra ficha, y quédate el cambio.

—Gracias —el camarero se guardó los diez dólares y le pasó la ficha, sonriendo—. Ya sabe que soy como un muerto en lo tocante a los buenos clientes.

Guillermo asintió con pensativa sonrisa y se fue a la cabina telefónica, encerrándose en ella y marcando un número. Cuando le contestaron, habló rápido.

—Con Art Calleja. Soy Guillermo Ferrán... Hola, Arturo, soy Guillermo. Mira, necesito que me hagas un favor, y rápido. Se trata de que me averigües lo que puedas acerca de cierta periodista llamada Susan Redford. Es rubia oscura, casi alta y una verdadera belleza... No, no se trata de ninguna aventura. Me ha abordado hace poco con el pretexto de entrevistarme, y la afirmación de que soy bastante famoso como pintor... No es cosa de broma. Me hizo un par de preguntas que no me han gustado nada, y me parece un poco raro que una periodista, por guapa que sea, maneje un «Packard» último modelo... No digas tonterías. Sí, me urge

mucho. Dice que colabora en «News of the Art» y «Sunday Pictorials». Esperaré en casa tu informe... No te costará trabajo, me parece... Sí, gracias.

Colgó, salió de la cabina, abandonó el bar y se marchó a su domicilio. Al entrar, la dueña de la casa fue a su encuentro, algo excitada.

—Querido Guillermo, tiene una visita. Debió advertírmelo...

—¿Advertirle qué? —inquirió Ferrán, frunciendo el ceño.

—Pues que iba a venir su tío carnal. Habría preparado algo...

—¿Mi tío... carnal? —Guillermo abrió los ojos y la boca con asombro, pero solo un instante. Luego añadió con tono cauteloso—: Bueno, es que se me pasó por alto. ¿Dónde está él ahora?

—Arriba, en sus habitaciones. Tenía mucho interés en ver cómo vive y trabaja. Es un caballero muy simpático, y se ve que acostumbrado a tratar con mujeres... Por eso me pareció que no hacía mal en llevarlo arriba... Lo he dejado hace unos momentos. Me estuvo haciendo muchas preguntas acerca de usted. Le quiere mucho, parece...

Mientras la buena señora charlaba garrulamente, Guillermo, con el ceño fruncido, caminó hacia la escalera y subió por ella rápidamente. Su tío carnal... Un caballero que sabía tratar a las mujeres, especialmente a las ingenuas... y que sentía un gran interés por la vida y andanzas de su sobrino. Sería muy interesante conocer a aquel inesperado pariente, si es que todavía estaba en la casa.

CAPÍTULO III

Era un hombre de cincuenta y tantos años, de complexión fuerte, doble barbilla que no paliaba la fuerza de la mandíbula, canos cabellos, afeitado rostro y fríos ojos azules de mirada penetrante, bien vestido. Estaba de pie en medio del cuarto y se quedó mirando fijamente a Guillermo cuando este penetró.

El pintor lo examinó de pies a cabeza atentamente, y luego a la habitación. Después cerró despacio la puerta y se plantó sobre sus piernas abiertas, diciendo con duro y agresivo acento:

—Bueno, tío carnal. Comience a dar explicaciones.

El intruso esbozó una sonrisa. Su voz sonó tranquila y seca.

—Con mucho gusto. Le ruego disculpe la añagaza, pero tenía un gran interés en entrevistarle.

—Y supongo que también en registrar mi alojamiento, ¿no es así?

—También. Creo que será mejor deponga su actitud agresiva y me escuche. No vengo en son bélico, sino con bandera de parlamentario.

—¿En nombre de quién? ¿Y para qué?

—Digamos de mi propio. En cuanto al motivo, si usted no lo sospechara no me estaría dejando hablar. ¿Nos sentamos?

Guillermo asintió con la cabeza lentamente, pero sin deponer su actitud agresiva.

—Aun no me dijo su nombre.

—Clanton, Harvey Clanton. Y mi profesión la de abogado. Quizá haya oído hablar de mí.

Ferrán asintió con la cabeza, mientras fruncía el ceño. De modo que Harvey Clanton. Se le suponía al hombre que tenía delante un ingreso de medio millón de dólares al año, como mínimo, y se sabía que no aceptaba ningún cliente que no poseyera millones, ni asuntos de pequeña importancia. ¿Quién le habría mandado aquí? El por qué estaba claro...

—Sí, he oído hablar mucho de usted. Adelante.

—Conformes. Usted, Ferrán, es un tipo interesante. Un bohemio bastante inestable, un pasable pintor y en tiempos un héroe de la guerra. No tiene dinero, ni familia cercana, ha tenido algunas aventuras amorosas de poco fuste, vive bien y con gran independencia, es inteligente, y parece tener bien firme la cabeza...

—¿Está haciendo mi panegírico, Clanton?

—No. Me estoy refiriendo a las cualidades suyas que pueden hacerle

ganar veinticinco mil dólares.

Los dos hombres se midieron con la mirada. Guillermo se mojó despacio dos labios con la lengua, antes de contestar con lentitud:

—Veinticinco mil dólares son dinero. Supongo que el trabajo a hacer para ganarlos será bastante arduo...

—Según como se tome. Solo tiene que hacer un cuadro. Un cuadro sobre un tema previamente dispuesto.

—¿Qué tema?

—Un pequeño poblado azotado por un tornado. Es el atardecer, cae fuerte la lluvia y el viento arrambla con todo. Un automóvil negro, un «Studebaker», está parado delante de una casa. De ella salen unos hombres armados, que disparan contra otro parado junto al automóvil. Es de sumo interés que aparezcan con todo detalle las caras de los que disparan.

Guillermo respiró fuertemente. Había llegado el momento crítico. Los ojos del abogado estaban fijos en su rostro y eran como cuentas de acerado vidrio azul...

—Es una extraña oferta, Clanton —emitió lentamente las palabras—. ¿Por qué esa escena, precisamente, y por qué he de ser yo quien la pinte?

—Porque usted es pintor, y estaba presente ayer tarde cuando la escena se representó en realidad.

—¿Qué le hace suponer tal cosa?

—Un montón de pruebas concretas. Hablemos claro, Ferrán. Estoy ofreciéndole veinticinco mil dólares por la descripción detallada de los hombres que escaparon en el automóvil. Me consta su presencia en la casa frontera cuando ellos mataron a otro junto al coche, y también que usted entró en la casa y descubrió los otros cadáveres. Sospecho que incluso vio llegar al automóvil.

—Me está hablando en griego, Clanton. Francamente, no sé a qué se refiere. ¿Insinúa que yo he sido testigo de un crimen y no he avisado a la policía?

—Afirmino que lo presencié y se ha callado. Por eso dije antes que, era inteligente. Creía que nadie, salvó el amigo propietario de aquella casa que le dejó las llaves estaba al tanto de su presencia en Cayo Sal ayer, y ha tratado de cubrirse contra posibles complicaciones. Una actitud muy prudente, que elogio. Pero yo sé que estuvo allí, y le pagaré veinticinco mil por sus informes.

—¿Y si persisto en negar mi presencia allí?

—Sería por su parte una insensatez. La Policía se enteraría inmediatamente de lo sucedido y sus intentos para esconder que estuvo allí. Eso le acarrearía infinitas preocupaciones de toda índole, y por otra parte le abocaría precisamente a lo que está tratando de evitar. Una vez los periódicos mencionaran su nombre, ¿cuánto cree que tardarían en balearlo

los hombres que cometieron los asesinatos de Cayo Sal?

—Es lo que me pregunto —Ferrán pareció tomar su decisión—. Cuánto tardarán en enviarme una ráfaga de balas, o echarme encima un automóvil, o cualquier cosa por el estilo, los componentes de cualquiera de las dos bandas que dirimieron ayer a tiros y puñaladas no sé qué pleito. Antes ha dicho que soy sensato y también inteligente, Clanton; me precio de ser lo primero, y tuve bastante de emociones y sangre durante la guerra. Me gano la vida pintando, y no deseo ser asesinado en plena juventud por algo que no me incumbe en absoluto.

—Le guste o no, Ferrán, está metido en este asunto hasta el cuello. Me hago cargo de su situación, y por eso le garantizo que si acepta mi propuesta se verá libre de todo riesgo en poco tiempo. Deme los rostros de esos hombres, y antes de veinticuatro horas habrán recibido su merecido.

—¿Cuánto tardaré en recibir mi parte de plomo? No está tratando con un idiota, Clanton. Usted habla muy claro porque sabe que si acepto su propuesta soy hombre muerto en plazo breve.

—Se equivoca. Le hablo así porque nadie está escuchando esta conversación. En cuanto a sus temores, son totalmente infundados. Usted no sabrá nunca lo que suceda una vez dé los informes. Y nadie, de los que yo pueda responderle, se meterá con usted para nada.

—¿De qué se trata, Clanton? ¿Contrabando, espionaje, drogas...?

—Cuanto menos pregunte y sepa, mejor le irá. Bien, no tengo tiempo para malgastar. ¿Hará ese cuadro?

—¿Puedo pensarlo?

—No lo creo necesario. De todos modos, tiene tres horas para eso. Llámeme a mí despacho a las nueve. Encontrará el número en la guía. Y siga mi consejo. Acepte, es lo mejor para usted.

—Lo pensaré.

Clanton se levantó, y sin tenderle la mano se fue hacia la salida. Allí pareció ir a decir algo más, pero no lo hizo, y se marchó con un «Hasta luego», sin que Guillermo se molestase en acompañarle.

A las nueve en punto de aquella noche, Ferrán —que había tenido una tarde bastante ajetreada— estaba delante del edificio donde Clanton tenía su oficina. Durante unos minutos examinó atentamente la entrada al mismo y los alrededores, luego atravesó la calzada y se introdujo en él, yendo derecho al ascensor y pidiendo ser llevado al piso diecisiete. La oficina de Clanton estaba en el catorceavo...

Bajó por la escalera, palpando en el interior de su gabardina la pistola de que se había provisto precavidamente. La tarde había sido algo lluviosa, y cerraba la noche. Casi todos los despachos y oficinas estaban ya cerrados y solitaria la escalera. También el pasillo del piso catorce...

Tuvo que girar velozmente y pegarse a la pared cuando una de las puertas se abrió, dando paso a un hombre; el cual miró rápidamente a lo

largo del pasillo y caminó después a grandes zancadas hacia la escalera, bajando por ella apresuradamente y desapareciendo de su vista.

Guillermo tornó a salir de detrás del ángulo del pasillo que le había servido de escondite momentáneo. Una ancha arruga le cruzaba la frente. Porque el hombre que estaba bajando la escalera con tanta prisa era uno de los dos que dispararon contra el que huía de la casa en Cayo Sal. Y había salido del despacho de Clanton.

Se acercó al mismo con silenciosa precaución, y se puso el pañuelo en la mano izquierda antes de empujar la puerta. Estaba cerrada, pero al manipular el pestillo este se alzó, y la otra abrióse suavemente.

Penetró en el interior, oscuro casi totalmente, pues solo venía luz de otra habitación a la derecha, sobre cuya puerta encristalada leíase «Private». Caminó hasta allí, pegó el oído y no oyó nada. Empuñando la pistola en la diestra, se pegó a la pared y con la izquierda levantó el pestillo y abrió la puerta poco a poco.

No sucedió nada. Decidióse finalmente a entrar. Más se detuvo apenas dado un paso en aquella habitación, mirando hacia la enorme mesa de despacho al otro lado de la cual, sentado en su sillón de trabajo, estaba Harvey Clanton.

Pasó casi un minuto. El aire semejaba haberse condensado allí dentro. Estaban cerradas las dos ventanas, y corridas las cortinas de color granate. Las luces de neón iluminaban brillantemente el amplio despacho, haciendo resaltar la blancura del rostro del abogado. También el rojo brillante de la sangre que salía de un pequeño agujero entre sus dos ojos y le corría por la sien para gotear desde allí sobre la madera pulida del piso.

Guillermo se movió rápida y sigilosamente a través del cuarto, pisando los papeles, carpetas, libros y documentos que lo llenaban desordenadamente; rodeó la mesa y se acercó al cadáver, examinándolo de una ojeada. Luego dedicó su atención a la mesa.

Todos los cajones estaban abiertos y su contenido había sido sacado, examinado y tirado al suelo de cualquier manera. Lo mismo había sucedido con cuanto había sobre la mesa, y la caja de caudales se hallaba abierta y vacía, con lo que debió ser parte de su contenido amontonado en tierra junto a ella. Quienquiera que cometiese aquella faena tuvo que trabajar aprisa y bien...

Por pura casualidad, la mirada de Guillermo cayó sobre la mano derecha del muerto. Estaba crispada fuertemente y colgaba lacia junto al sillón. Fue pura casualidad que notara el brillo blanco entre los dedos agarrotados...

Le costó buen trabajo extraer el estrujado cigarrillo. Lo examinó con interés, un interés motivado por una extraña característica del mismo. Luego se lo echó al bolsillo, tomó el paquete de ellos que estaba sobre la mesa y comprobó que no había ningún encendedor cerca. Iba a volver su

atención de nuevo al muerto cuando oyó abrirse la puerta exterior.

Inmediatamente entró en acción con toda rapidez. Avanzó sigilosamente hacia una puerta lateral que aparecía entreabierta, la empujó y penetró en otro despacho, más pequeño y mucho peor amueblado, evidentemente de la secretaria del abogado. Evidentemente también, el sitio desde donde se había disparado contra Clanton con un arma provista de silenciador...

Una vez allí, se dispuso a observar, a través de la rendija que dejó entre puerta y jamba. Y se llevó una buena sorpresa.

Porque el inesperado visitante no era otro que la periodista Susan Redford.

La muchacha llevaba el mismo traje de por la tarde, y encima un impermeable azul, de capucha. Se paró en seco al ver la desordenada habitación, palideció y contuvo un grito a duras penas cuando descubrió el cadáver, reaccionó con sorprendente prontitud para avanzar hacia la mesa, lo examinó todo con atención y una increíble sangre fría, se acercó a la caja de caudales, recogió y examinó algunos documentos, hizo de ellos y otros papeles una rápida selección, guardándoselos en el bolso, fue junto al muerto, lo observó atentamente y luego hizo algo que dejó sin aliento a Ferrán.

Tomó el paquete de cigarrillos que este había vuelto a dejar sobre la mesa y se lo guardó en un bolsillo del impermeable. Acto seguido, y con la misma hábil y sigilosa prontitud, abandonó el despacho, no sin antes echar una mirada suspicaz hacia donde el pintor hallábase escondido. Ferrán pudo oír el leve ruido de la puerta exterior al cerrarse. Y entonces salió a su vez de nuevo a la luz, con desconcertada y pensativa expresión.

CAPÍTULO IV

Una llovizna fría caía sobre Nueva York aquella tarde, cuando Guillermo Ferrán se detuvo ante el edificio esquinero de la Quinta Avenida y Madison Square, tras haberse apeado de un taxi en la plaza y comprobado que no era seguido. Arrimado al amparo de un toldo, sacó un trozo de papel del bolsillo y examinó lo escrito en él. Luego aprovechó el paso abierto para atravesar rápidamente la calzada y meterse en el alto edificio frontero, subiendo en uno de los ascensores hasta el piso duodécimo. Una vez allí examinó los rótulos de las puertas y empujó una sobre la cual leíase: «A. W. Clancey, Enterprises».

Se halló en una habitación no muy espaciosa e iluminada con luces de neón, donde trabajaban tres mujeres jóvenes y dos hombres de mediana edad, todos los cuales se le quedaron mirando con cierta curiosidad. Guillermo avanzó hacia el pupitre de una rubia platinada, esbozando su mejor sonrisa, y la interpeló:

—Buenas tardes. Deseo hablar con Mr. Clancey.

—¿Está citado con él?

—No. Pero he hecho el viaje expresamente desde Miami para hablarle de un asunto que le interesa mucho. Tenga la bondad de decírselo así.

La muchacha hizo un mohín de duda. Luego se decidió a levantarse.

—Tenga la bondad de esperar un momento.

Penetró por una de las tres puertas que daban a la oficina aquella, y Ferrán se dispuso a encender un cigarrillo pausadamente, mientras tomaba nota de todos los detalles de la habitación.

No conocía a Clancey ni a sus empresas lo más mínimo. Pero el nombre de aquel individuo y su dirección estaban, junto con un grupo de extrañas combinaciones de cifras, en el interior del diminuto recipiente de plástico colocado en el centro del cigarrillo que había encontrado entre los dedos crispados de Clanton. Por eso él estaba ahora aquí, decidido a desenredar si era posible la enmarañada madeja de sangrientos sucesos en que inesperadamente se había visto envuelto...

La muchacha regresó más pronto de lo que esperaba y le invitó a pasar con voz y gesto. Guillermo atravesó por entre las mesas y penetró en la otra habitación.

Un hombre alto, delgado, de aspecto deportivo y prominente mandíbula, atildadamente vestido, le salió al encuentro tendiéndole la mano. Sonreían sus labios pero no sus ojos...

—Buenas tardes, señor Ferrán —fue su sorprendente recepción—. Espero que haya tenido un feliz viaje. ¿Quiere tomar asiento? No estoy para nadie, Miss Thatcher.

Guillermo esperó hasta que los dos quedaron solos para contestar:

—¿Cómo sabe mi nombre y que iba a venir?

—Ha sido un pequeño trabajo deductivo —Clancey sonrió de nuevo, finalmente, y le indicó una de las cómodas butacas, yendo a sentarse en su sitio habitual. Era un hombre de unos cuarenta años, y bien parecido, excesivamente calmoso e impenetrable para el gusto de Fernán—. Tres personas estuvieron ayer tarde en el despacho y una de ellas fue lo bastante hábil, o sagaz, para descubrir el mensaje que había recibido. Lo natural era esperar que inmediatamente se dirigiera aquí. Ha venido usted.

Muy sencillo y claro... Guillermo apretó los labios, diciéndose que estaba por lo visto pisando un terreno muy resbaladizo.

—¿Quiere decir que usted ya conoce lo ocurrido a Harvey Clanton?

—Lo supe anoche mismo. Tenía que ponerme una conferencia telefónica, si había recibido ese mensaje y estaba con vida. El mensaje lo recibió, pero ya estaba muerto. Usted no le mató, desde luego...

—Puede estar seguro. Tenía que hablar con él respecto a cierto asunto, y llegué cuando ya estaba muerto.

—¿Vio al matador?

—Vi a un hombre que salía de su oficina, sí. También a otra persona, más tarde, que parecía estar al tanto del secreto de los cigarrillos.

—¿Puede describírmelos? Especialmente a la mujer.

—Creí que le interesaría más el hombre...

—No, ciertamente. Tengo una sospecha de quién es y no resulta gente de importancia en este juego.

—¿Qué clase de juego es, si puedo preguntarlo, Clancey? Clanton se negó a decírmelo, alegando que sería peligroso para mí el saber demasiado. Pero, tal como se han puesto las cosas, no me parece que pueda correr ya más peligro si sé por dónde ando.

Clancey se tomó casi un minuto para contestarle.

—¿Por qué ha venido a verme, Ferrán?

—Por un montón de cosas, desde una oferta de veinticinco mil dólares hasta el lógico deseo de proteger mi pellejo. Creo que son de peso todas.

—Sí, ciertamente... ¿Cómo era esa muchacha?

—Se lo diré cuando sepa en qué estoy metido. Antes no.

—Quizás sería más prudente para usted contarme ahora lo que sepa, cobrar esos dólares y desentenderse del asunto, ¿no cree?

—Harvey Clanton me dijo algo parecido ayer tarde. Le contesté que no soy tonto. Mi vida está más segura si nadie de los que andan en este juego sabe a ciencia cierta qué sé yo, y sobre esa base estoy actuando. Soy un hombre pacífico, Clancey, cuando no se me buscan las cosquillas. Pero

cuando cuatro hombres son asesinados casi delante de mis narices y en medio de un huracán, en un lugar prácticamente desierto, y al día siguiente descubro que un montón de gente está enterada de mi presencia en aquel lugar en el momento en que esos hombres se mataban unos a otros, cuando a mí juicio nadie conocía mi presencia allí, excepto una persona, y esa no había dicho esta boca es mía, es muy natural que sienta olerme las orejas a pólvora, máxime si antes de las veinticuatro horas vuelvo a tropezarme con un asesinato misterioso. No quise advertir a la policía de lo que había visto para no verme metido en líos; y ahora sé que cometí una tontería. No puedo repararla ahora contándoles lo que pasó, porque pueden creerme, y pueden no hacerlo. De manera que estoy tratando de sacar el mejor partido posible de la situación. No voy a desentenderme del asunto, Clancey. ¿Qué motivó la masacre de Cayo Sal y el asesinato de Clanton?

—No puedo decírselo, Ferrán. De verdad no puedo. Y si fuera sensato no haría más preguntas y contestaría a mis respuestas. ¿Cómo era esa mujer y qué se llevó del despacho de Clanton?

—Joven y guapa. Y se llevó un montón de papeles, aparte un paquete de cigarrillos donde faltaba, supongo, el importante.

—Ya. ¿Tampoco quiere decirme cómo eran los hombres que mataron a otros en Gayo Sal? ¿Y cómo es que la policía no ha hablado una palabra del asunto siendo así que ha descubierto los cadáveres?

—A esta última pregunta no puedo contestarle, porque ignoró en absoluto las intenciones de la policía.

—¿También que alguien les avisó de la muerte de Clanton poco después de que usted dejara su oficina?

—También. Si lo que trata de hacer es acusarme de confidente policial, lo siento; está equivocado. Del mismo modo podría yo preguntarle cómo está tan enterado de cuantos estuvimos en la oficina de Clanton anoche.

—Tengo mis medios de información. Vamos al grano, Ferrán. Clanton le ofreció veinticinco mil por sus informes. Recibirá treinta mil inmediatamente por ellos, completos. Es una oferta importante, ¿no cree?

—No tanto como mi propia vida. Lo siento, Clancey, pero no me conviene.

Las mandíbulas de Clancey se apretaron y su voz tornóse mucho más dura al decir:

—¿A qué vino entonces, Ferrán?

—A advertirle que estoy alerta y no me dejaré matar como los otros, para que se lo transmita a sus jefes o amigos.

Los dos midieron con la mirada inamistosamente. Luego la expresión de Clancey se relajó, y una sonrisa apareció en sus labios, mientras su voz se hacía insinuante.

—Bien, ya veo que es usted duro de pelar y muy audaz y listo, Ferrán.

A decir verdad, esos oran mis informes. Voy a poner las cartas sobre la mesa. Se trata de un asunto importante de drogas. Nosotros, Clanton y yo, formamos parte de un «gang» que se dedica a importarlas en los Estados Unidos. Hay otros interesados en monopolizar el negocio. Hace dos días teníamos que recoger un fuerte cargamento en Cayo Sal. Un hombre llegaría allí primero, con la carga, y tres de los nuestros irían poco después a recogerla y trasladarla a Miami. Pero el hombre que trajo la droga nos traicionó, poniéndose en contacto con miembros de otra banda. Tendieron una trampa a nuestros muchachos y acabaron con ellos. Luego los de la otra banda liquidaron de una puñalada a nuestro traidor para evitar así que los localizásemos por medio de él. No tenemos una idea concreta de su identidad y necesitamos saberla. Usted les vio las caras y puede describirlos mejor aún, pintarlos.

—Siga.

—Al ver que no venían, otros hombres nuestros fueron a Cayo Sal. Por el camino se encontraron abandonado el automóvil en que nuestros muchachos fueron allí. Luego los encontraron en la casa y pudieron reconstruir lo sucedido. También le vieron marchar a usted, tomaron la matrícula del automóvil y por medio de ella lo localizamos. Clanton se puso inmediatamente al habla con usted, pero ellos debían saber ya su presencia en Cayo Sal, pues enviaron a esa muchacha tras su pista. Luego, uno penetró en la oficina de Clanton y lo mató, cuando él llegó a esperarle. La muchacha aguardaba abajo al asesino, y al ver que él no había hallado lo que les interesaba subió a su vez, para buscarlo. Tenemos la sospecha de que se trata de un peón muy importante de nuestros contrarios, y nos urge localizarla, pero hasta ahora andamos a ciegas. Por eso nos interesa tanto su colaboración. Y me parece que cincuenta mil acallarán todos sus celos. Le aseguro que no tenemos ningún interés en eliminarlo. Hasta puede que nos convenga alistarlo con nosotros. Es un trabajo arriesgado, pero muy remunerador...

Guillermo le había estado escuchando muy atentamente, y sin quitarle ojo de encima. Ahora se levantó despacio, y Clancey borró la sonrisa y y frunció el ceño, inquiriendo:

—¿Qué pasa ahora?

—Nada, excepto que me ha contado un bonito cuento adornado con algunas verdades para hacérmelo fácil de tragar. Siento ser tan desconfiado, pero no me lo trago. Será mejor que se ponga al habla con sus jefes y les transmita mis condiciones, Clancey.

—Usted está jugando con fuego, Ferrán —Clancey se levantó, volviendo a ponerse impenetrable y duro—. No hay otras condiciones y tampoco otras ofertas. Piénselo.

—Es lo que hago y voy a hacer. Y sí hay otras condiciones: las mías. Necesito sólidas garantías, y no diré palabra hasta que me las den. Otra

cosa: nada de trampas ni tiros por la espalda. Tengo tomadas mis medidas y sería muy contraproducente para ustedes.

—¿Qué juego se lleva, Ferrán?

—Ya se lo he dicho. El mío propio. No entré en el de ustedes por mí gusto, pero ya que me veo metido en él hasta el cuello, manejaré mis cartas a mí modo. Me marcho ahora. Le llamaré dentro de dos horas Justas, desde alguna parte. Procure estar para entonces en condiciones de hacerme una oferta razonable, y contarme toda la verdad del asunto. Si no es así, no se moleste en endilgarme más cuentos. Seguiré mi propio camino.

—Tenga cuidado, Ferrán. No sabe dónde se ha metido.

—No, pero lo sospecho. Hasta luego.

Salió del despacho y de la adyacente oficina pausadamente, pero con todos los músculos en tensión. Ahora estaba convencido de que su sino le había jugado una mala pasada al introducirlo de lleno en aquel enredo. No había un solo camino que no terminara en un peligro cierto... y mortal.

CAPÍTULO V

Continuaba la llovizna. Caminó una cuadra bajo ella, alerta todos sus sentidos, y luego aprovechó la detención de un taxi para dejar a su pasajero casi a su lado y se metió en el vehículo, dándole una dirección al azar. Una hora más tarde estaba tomando café en un bar de la calle 37 Oeste, bastante lleno de clientes. Terminó el brebaje y se dispuso a salir a la calle, subiéndose el cuello de la gabardina. Había cerrado la noche y la lluvia proseguía, molesta, fría e incesante...

El hombre que había estado parado junto a la puerta los últimos minutos no le dio tiempo a nada. Lo tuvo encima cuando apenas había puesto un pie en la acera, como si viniera por ella adelante y hubiera chocado con él.

—¡Quietas las manos y no haga gestos, o lo abraso!

La orden había sido dada roncamente en español. Guillermo miró la cara cetrina y angulosa, vio los ojos negros, de dura mirada, y sintió la inconfundible presión de un caño de pistola contra sus costillas. Vio también a otro hombre acercarse rápido desde la parte opuesta de la puerta con la mano oculta en el bolsillo del impermeable, y decidió obedecer.

—¿Qué quiere decir esto? —inquirió, recibiendo una bronca respuesta.

—¡A callar! Siga hacia ese coche.

Era un automóvil gris, detenido junto a la calzada y con un hombre al volante. Guillermo respiró fuerte, sopesó sus probabilidades y decidió que eran mínimas. Resignándose, pues, a lo inevitable, caminó hacia el vehículo, emparedado por los dos pistoleros, y entró en él siguiendo al que le había abordado y seguido por su compañero. Casi inmediatamente el coche arrancó hacia el Oeste, atravesó la Avenida de las Américas y prosiguió en dirección a la Quinta Avenida.

Sentado entre sus dos captores, Guillermo rompió el silencio con una pregunta:

—¿A dónde me lleváis y por cuenta de quién?

—Cierra el pico o te lo cierro de un culatazo —fue la réplica brutal. El pistolero a su derecha alargó una mano y le buscó armas en el cuerpo, encontrándole y sacándole la pistola, que examinó y se guardó con una mueca.

—Buena herramienta —dijo con macabra sorna—. Te la heredo, muchacho.

Un escalofrío recorrió la espalda de Guillermo, pero no lo dio a entender.

—¿Puedo fumar? —inquirió seco.

El que le atacara primero le miró de reojo.

—¿Quieres mantener el tipo, eh? Bueno, para lo que te va a durar... Fuma, si quieres. Pero no muevas las manos de sobre las rodillas. Rod, dale un pitillo.

El llamado Rod así lo hizo. El automóvil había cruzado la Quinta Avenida y marchaba hacia Madison. No se habló más en los siguientes minutos. Guillermo tenía mucho que pensar, y los dos pistoleros eran gente callada por sistema. Al llegar a la salida del Queens Town Tunnel el chófer torció hacia la calle 34 Este. Luego de correr un poco en aquella dirección se acercó a un amplio solar vallado que había a la derecha. Y a Guillermo se le secó la boca previendo lo que iba a suceder.

El coche se detuvo junto a la valla, y el hombre cetrino abrió la portezuela, saliendo a la acera, mientras su compañero invitaba a Guillermo a punta de pistola a seguirle.

—Andando, muchacho. Se acabó el paseo.

Llovía bastante fuerte y la calle estaba solitaria, salvó algún coche aislado que pasaba y uno o dos apresurados peatones que iban por la acera opuesta. Había un automóvil negro, grande, parado unos metros más allá, en una zona penumbrosa, y otros más lejos, frente a los edificios. El solar era grande y su puerta acababa de abrirse, dando paso a un hombre cubierto con negro impermeable. Cuatro contra uno...

—Adelante, muchacho.

No había nada a hacer. Estaba atrapado y no podía hacerse ilusiones sobre lo que le esperaba allí dentro.

Un tiro en la nuca y la lluvia cayendo sobre su cadáver...

Por un momento pensó en revolverse y morir luchando. Pero cuando este pensamiento pasaba por su mente, ocurrió algo inesperado.

De la parte trasera del automóvil negro surgieron dos llamaradas cárdenas. El pistolero cetrino emitió un «augh» ahogado, giró sobre sí mismo llevándose ambas manos al pecho y cayó de bruces en la acera.

Inmediatamente, obedeciendo a su instinto, Guillermo se echó al suelo, mientras los otros pistoleros sacaban sus armas disponiéndose a repeler la imprevista agresión. No tuvieron apenas tiempo de hacer otra cosa que sacarlas, porque volvieron a llamear los disparos en la ventanilla trasera del automóvil negro y los dos hombres que estaban en la acera cayeron pesadamente al suelo mientras el chofer se derrumbaba sobre el volante, empapado en su propia sangre y con la cabeza y el pecho atravesados.

Todo había pasado en medio minuto. Desde el suelo Guillermo estaba buscando un medio de escape, cuando le llegó la llamada:

—¡Aquí, Ferrán!

No era cosa de detenerse a pensar. Guillermo se levantó con rapidez y corrió en dirección al coche negro, cuyo motor ya estaba en marcha. Cuando llegaba a él se abrió la portezuela que daba a la acera. Entró casi de cabeza, y el automóvil arrancó en el acto, tomando velocidad y doblando hacia la Primera Avenida. Tres o cuatro transeúntes que habían presenciado el suceso, así como un par de automovilistas, estaban aún reponiéndose de la impresión cuando ya el coche negro volaba por la Primera Avenida en dirección al Hospital de Bellevue.

Guillermo cerró la portezuela y se volvió hacia el otro ocupante del vehículo.

—No sé quién es usted, pero muchas gracias —dijo jadeante. El hombre que manejaba la metralleta provista de silenciador rio quedamente.

—No vale la pena. Era preciso obrar muy rápido. Tenían orden de liquidarle ahí dentro y dejarle tirado en la basura.

—Es lo que sospechaba. ¿Cómo se les pudieron anticipar?

—No le hemos perdido de vista desde que llegó a Nueva York. No nos interesa que lo maten... todavía.

—Anjá... —Guillermo estaba reponiéndose muy aprisa. Podía ver claramente el rostro de su salvador, pero no el del que conducía el coche —. Muy interesante. Habré de agradecerse a Clancey, supongo...

—Me parece que no. Clancey anda a estas horas preparándole una encerrona a fin de descubrir todo lo que usted sabe y arrojar después su cadáver al río.

Guillermo silbó quedo. Luego inquirió:

—¿Para quién trabajan ustedes, entonces?

—Pronto lo sabrá. Ya llegamos.

Habían estado corriendo al límite permitido y se encontraban en la calle 23. El automóvil detúvose delante del suntuoso hotel George Washington y el hombre que le había salvado tomó del asiento delantero una caja de violín, metió tranquilamente dentro la metralleta, cerró la caja y la volvió a colocar en su sitio, indicando a Guillermo:

—Salga y espere.

Ferrán obedeció, más intrigado que nunca. Hasta aquel momento había creído que se movía en el vértice de dos grupos peligrosos, pero, al parecer, se trataba de tres. Y no tenía la menor idea de quiénes podían formar el tercero. Como por lo visto iba a saberlo pronto, no quiso calentarse más la cabeza y siguió a su salvador hacia la entrada del hotel, observándole mientras de reojo.

Evidentemente se trataba de un hombre educado. Era joven, moreno, de facciones enjutas, totalmente afeitado, de labios llenos y ojos oscuros, chispeantes. Vestía bien y con soltura, y sus manos eran largas y cuidadas. Antes de llegar a la puerta se volvió y le dijo, sonriente:

—Usted está intrigado y preguntándose cómo puede compaginarse mi

apariencia con los cuatro hombres liquidados hace poco, ¿no es así?

—Pues... sí. No tiene tipo de *gangster*, ciertamente.

—No lo soy. Soy un soldado que pelea en defensa de su patria. Pase delante, por favor.

Guillermo parpadeó ante la inesperada y sorprendente afirmación de su salvador. Un soldado que pelea en defensa de su patria... ¿Cómo podía tomarse aquello? Porque a la sazón no había ninguna guerra en el mundo, que él supiera, y los escasos conflictos virulentos no justificaban aquel derroche de balas y sangre en pleno territorio de los Estados Unidos...

Atravesaron el bien iluminado «lobby», camino de los ascensores, y entraron en uno de ellos. Al llegar al piso dieciséis, su acompañante hizo seña a Guillermo con la cabeza y le precedió por el pasillo hasta la habitación 1634, a cuya puerta llamó de manera especial. La puerta se abrió casi al instante y el hombre indicó a Guillermo con el gesto que pasara.

—Adelante, Ferrán.

Guillermo entró con todos los sentidos alerta y miró inmediatamente a su alrededor. Había dos hombres allí, jóvenes todavía, y bien vestidos, cuyos trajes de paisano no bastaban a ocultar una cierta rigidez de movimientos. Militares o policías uniformados, habitualmente, se dijo Ferrán, cada vez más sorprendido. El que le había salvado cerró la puerta a sus espaldas y le invitó con una sonrisa a adelantarse hacia la entornada puerta de la derecha.

—Por favor...

Obedeció Ferrán, abrió la puerta... y se quedó de una pieza contemplando a la muchacha sentada en una butaca y que a su vez le sonreía seriamente.



También el rojo brillante de la sangre...

CAPÍTULO VI

Había además un hombre en el cuarto. Un hombre de cabello cano e inconfundible aire marcial, estatura mediana y cuerpo enteco, que examinó a Guillermo de pies a cabeza en rápida ojeada antes de mirar a su acompañante.

—¿Cómo fue todo, Darcel?

—Bien, señor. Les cogí de sorpresa.

—Gracias. Ha sido un buen trabajo. Puede esperar fuera.

—Sí, señor.

Salió el llamado Darcel y el caballero de pelo cano interpelló a Guillermo, ya repuesto de su sorpresa:

—Bien, señor Ferrán, veo que se ha sorprendido un poco al ver a la señorita aquí. ¿No quiere tomar asiento?

—Gracias, sí. Me parece que lo necesito. Ha sido verdaderamente una sorpresa. ¿A quién he de dar las gracias por mí salvación?

—Puede dárselas a ella. Gracias a su vigilancia pulimos evitar que lo mataran hace poco. ¿Un cigarrillo?

—Gracias. De modo que usted... Resulta una periodista de arte un poco rara, ¿no le parece?

—Casi tan rara como usted pintor, cierto... Pues no nos negará que ha sido un poco extraña la coincidencia que le llevó a Cayo Sal a pintar precisamente cuando todas las estaciones meteorológicas de Florida, la radio y la televisión anunciaban la inminencia de un tornado, ¿no cree?

—No tengo televisor en mi alojamiento y no escucho la radio por sistema. En cuanto al viaje, lo tenía proyectado desde hace semanas. No irán a decirme que me creen autor de aquellas muertes.

—Ciertamente que no. Sabemos que no tomó parte en el asunto. Pero estuvo todo el tiempo en la habitación de la casa frontera que constituía mejor observatorio.

Guillermo se tomó quince segundos para replicar:

—El vendaval me recluyó en ella —dijo despacio—. Subí al piso alto para entretenerme durante el forzado encierro. Entonces vi llegar a los hombres aquellos y más tarde presencié todo lo que pasó en la calle. Fue pura casualidad, lo crean o no. Y no soy otra cosa que un pintor y hombre pacífico metido contra su gusto en un feo y peligroso asunto del que trata de salir cuanto antes con el pellejo sano.

—Por ahora daremos crédito a sus afirmaciones, Ferrán. A decir

verdad, su conducta hasta la fecha las abona en gran parte. Por eso está ahora aquí.

—Eso imagino. Y también que Miss Redford comenzará a pedirme que le amplíe mis informes personales para sus crónicas periodísticas.

Volvió a reír la muchacha suavemente. El caballero movió despacio la cabeza.

—Necesitamos un informe verídico y completo de lo que pasó en Cayo Sal, Ferrán, y también una descripción, a poder ser acompañada de un boceto, de los hombres que usted vio escapar de allí después de los sucesos.

—¿Y van a ofrecerme también un puñado de miles y colaboración?

—¿Es eso lo que le ofrecieron Clanton y Clancey? No, no vamos a ofrecerle dinero. Según sabemos, usted fue un valiente soldado durante la guerra...

—Tuve que ir. Y no me gusta la guerra.

—A nosotros tampoco. A muy pocos les agrada. Y estamos tratando de impedir una.

Hubo un minuto de tenso silencio, que rompió la voz calma de Guillermo.

—¿Y si me contaran ustedes algo? Hasta ahora todos los que me han abordado en este maldito lío han buscado solo saber lo que yo sé, pero sin decirme nada de lo que saben ellos. A lo más que han llegado algunos es a contarme fantásticas historias de contrabando de drogas.

El hombre y la muchacha cambiaron una rápida mirada.

—Creo que podemos confiar en él, señor...

—Bien. Se trata de algo más serio, Ferrán. Concretamente, secretos atómicos.

Guillermo contempló los rostros serios de sus interlocutores. De modo que era aquello...

—Secretos atómicos... —repitió despacio—. ¿Y qué tratan ustedes, impedir que salgan del país o sacarlos?

—Es algo distinto a lo que supone. Y en realidad algo que no afecta concretamente a su país, a este país. Concretando, hace algún tiempo fueron robados importantes documentos relacionados con las instalaciones atómicas de un país europeo por gentes que se dedican a esas fechorías y a otras de tan alto vuelo. Otro país está muy interesado en conocer hasta dónde ha llegado el nuestro en sus investigaciones e instalaciones, para destruir las segundas o al menos obstaculizar su progreso. Supimos el robo a la media hora de ocurrido, pero no nos fue posible detener a los ladrones. Lo que hicimos fue ponernos en contacto con nuestros amigos y cerrar todos los posibles caminos por los cuales los documentos podían llegar a manos de sus únicos compradores posibles. De este modo, los ladrones hubieron de cambiar sus planes sobre la marcha y lo hicieron,

tratando de entregarlos donde menos pareciera lógico. Aquí, en este país.

»Nosotros les seguíamos la pista muy de cerca, pero no supimos hasta que era demasiado tarde que alguien más se hallaba al tanto del asunto. Por eso llegamos a Cayo Sal con retraso. El hombre que arribó allí con los documentos se había esfumado tras matar a los que fueron enviados por el grupo planeador del robo para recogerlos. Al parecer, se ha unido a otro grupo, cuyos componentes desconocemos. Y tenemos que descubrirlos inmediatamente, impidiendo que entreguen los susodichos documentos al representante del otro país en la O.N.U., pues nos sería imposible arrancárselos a dicho representante una vez los tuviera en su poder. De ahí que estemos moviéndonos tan rápido y arriesgándonos tanto.

—Usted puede ayudarnos mucho, señor Ferrán —la muchacha tomó la palabra con voz y mirada insinuantes—. No se trata de ponerse al lado de unos criminales, sino de una bandera junto a cuyos defensores luchó hace años, de un país donde tiene aún buenos amigos...

Guillermo contempló alternativamente al hombre y a la muchacha, se pasó despacio la lengua por los labios y luego emitió lentamente:

—De acuerdo. Les contaré todo lo que sé y haré también ese boceto. Me han salvado la vida y estoy en deuda con ustedes.

Los otros respiraron con evidente alivio. La muchacha le envolvió en una sonrisa insinuante y cruzó una sobre otra las bien formadas piernas, dejando balancear la superior. El caballero tenía también una sonrisa a flor de labios cuando dijo:

—Eso está muy bien y no le pesará. Tenemos a mano lápiz y cartones. Cuando guste puede ponerse a la tarea.

—Ahora mismo.

Apenas media hora más tarde los otros tenían delante el producto de su trabajo. Una reproducción exacta de la pelea final delante de la puerta de la casa de Cayo Sal, y una ampliación de los rostros de los dos hombres que habían salido de ella para acabar con el que trataba de huir. Y fue evidente la desilusión de ambos al no reconocer a ninguno de ellos.

—¿Está seguro de que eran esos sus rostros? —inquirió la muchacha.

—Del todo. Tengan en cuenta que nos separaban unos quince metros en línea recta, estaba anocheciendo y el huracán se hallaba en toda su fuerza. Puede que se me escapara algún rasgo, pero en conjunto eran esas sus caras.

—Entonces debió ser el que llevaba la cara vendada... —el caballero parecía repuesto de su desilusión. Dejó sobre la mesa los bocetos y sacó una botella y tres copas del armario, ofreciéndole—: ¿Un poco de coñac francés?

—Nunca viene mal, gracias...

Le llenaron la copa, y tanto el caballero como la muchacha se mostraron muy amables.

—Ahora la cuestión de su colaboración con nosotros, Ferrán. Nos gustaría que se decidiera a trabajar a nuestro lado. No le ofrecemos miles de dólares, sino la satisfacción íntima de haber realizado una buena labor y el seguro agradecimiento de nuestra patria. ¿Dónde se aloja usted?

—Todavía no tomé alojamiento.

—En tal caso le aconsejo que vaya al hotel Belboir, en la calle 42. Encontrará que es un poco ruinoso, como frecuentado por gente de teatro. Pero muy recomendable. Susan irá a visitarle dentro de las próximas doce horas y debe estar presto para moverse en cuanto ella llegue. ¿Cree que le interesa?

Guillermo asintió tras corto silencio, pensativo:

—Ciertamente que sí. Bueno, si no me necesitan iré a ver qué tal es el alojamiento ese. A decir verdad estoy necesitado de descanso.

Le despidieron muy amistosamente. Fuera estaban los mismos tres y el que le salvara la vida le acompañó hasta la puerta de la calle, despidiéndole allí.

—Diga que tiene reservada la diecisiete, a nombre de Luis Perrin. No le harán más preguntas ni le pedirán documentos.

Guillermo asintió, tomó un taxi que al parecer había sido ya llamado para él, pues esperaba junto a la acera, y le dio la dirección del Belboir. A medio camino, no obstante, ordenó al chófer detenerse delante de una farmacia abierta, entró, pidió una ficha y estuvo hablando unos diez minutos por teléfono. Después prosiguió su camino en el taxi.

El «Belboir» no era ninguna gran cosa, ciertamente. Poca luz, pequeño vestíbulo y una ruidosa clientela. El pasillo no se distinguía por la limpieza y el derroche de iluminación precisamente. El cuarto diecisiete era el segundo, a la derecha. Metió la llave en la cerradura, abrió, empujó la puerta, dio un paso en el interior, tanteó la pared en busca del conmutador...

Y entonces chocó contra su cráneo un objeto duro y elástico con terrible violencia, dejándole instantáneamente fuera de combate.

Despertó entumecido y helado, sintiendo que mil pares de caballos locos le pateaban el cráneo, pulverizándolo. Al tratar de moverse le dio en plena cara una luz deslumbrante y oyó una voz ruda.

—¡Eh, tú, arriba! A dormir la borrachera a otra parte.

Parpadeando, se incorporó, y le entraron violentas arcadas. Con gran dificultad pudo llevarse la mano a la nuca, encontrando prontamente el grueso chichón allí alzado por la cachiporra. Su gesto debió advertir al policía —pues se trataba de un policía— que aquel no era un simple borracho, porque se inclinó sobre él e inquirió con otro tono de voz:

—¿Qué le sucede, amigo?

Guillermo encontró al fin su voz a través de las náuseas.

—¿Dónde estoy, agente? Me dieron un golpe...

—¡Hola! Hum... A ver... Sí, no cabe duda de que se lo dieron, y fuerte.
¿Un atraco?
—Así parece...
—Bueno, voy a ayudarle. Está tirado en un callejón sin salida, cerca de los muelles al final de la calle 23. ¿Dónde ocurrió la cosa?

CAPÍTULO VII

Guillermo estaba ya palpándose los bolsillos. Podía mirar a su alrededor, aunque el hacerlo le producía violentos dolores de cabeza; y así comprobó que lo habían tirado sobre un montón de basura, al fondo de un estrecho pasadizo sin salida al que daban algunas entradas traseras de edificios. Estaba empapado, pero no le habían quitado el impermeable, aunque sí lo tenía desabrochado y suelto. Y no le habían dejado ni cerillas.

—Un poco más arriba, en la calle —explicó con voz pastosa—. Se me acercó un tipo a preguntarme no sé qué con voz ininteligible, y antes de que pudiera reaccionar, cayeron sobre mi espalda. Solo recuerdo que me atizaron un violento golpe, y nada más...

Eso mismo dijo en la Comisaría a un soñoliento sargento, que tomó nota de ello y de sus pérdidas, recomendándole que se fuera a su alojamiento y se diera una buena ducha y unas friegas si quería evitar una pulmonía... Más reconfortado con un par de tazas de café hirviendo que le sirvieron graciosamente allí mismo, Guillermo abandonó la Comisaría cuando las luces de la calle comenzaban a palidecer bajo la gris del alba lluviosa. Y lo primero que hizo fue encaminarse al «George Washington».

Pero no entró por la puerta principal, sino por una de las de servicio, colándose gracias al ajetreo de proveedores. Alguien le gritó algo, más no le hizo caso, y se introdujo en el dedalo de habitaciones y pasillos, esquivando la cocina y dando a un adormilado empleado la excusa de que era ayudante del frutero. Habíase limpiado el impermeable y el sombrero, de modo que lo manchado y mojado del traje y la camisa no se le notaba...

Pudo al fin verse en los tranquilos pasillos del hotel y subió las escaleras escalón por escalón hasta el piso dieciséis, no atreviéndose a llamar un ascensor. A aquella hora aún no habían comenzado su labor de limpieza las empleadas, y le favoreció aquello permitiéndole llegar sin novedad a dónde iba.

El hecho de que pudiera abrir la puerta sin hacer ruido tras apenas cinco minutos de manipulaciones resultaba altamente extraordinario, pero así sucedió. Deslizóse sin hacer el menor ruido dentro de la habitación, cerrando a su espalda con suavidad. Después anduvo con la misma cautela a través de ella hacia el dormitorio donde había dibujado los bocetos para el hombre y la muchacha. Junto a la cerrada puerta del mismo se detuvo a escuchar unos momentos. Luego levantó el pestillo y empujó la puerta, penetrando en la alcoba.

Entraba luz a través de la ventana. Bastante luz para poder distinguir a la mujer echada sobre el lecho, tapada hasta la barbilla y que parecía dormir agitadamente. Andando de puntillas, Guillermo se acercó a ella, la miró con suma atención unos instantes...

Luego retrocedió sobre sus pasos sin guardar apenas precauciones, salió a la otra habitación, y de ella al pasillo, cerró la puerta de la «suite» y se encaminó pausadamente hacia el ascensor, con una honda arruga pensativa y de desconcierto cruzándole la frente.

Porque la mujer que dormía allí dentro debería tener unos cincuenta años y pesar unos setenta y cinco kilos. Y evidentemente, lo intranquilo de su sueño debía ser a la proximidad al despertar de los efectos de una fuerte dosis de cloroformo que le había sido aplicado bastantes horas antes.

No tuvo dificultades para salir del hotel, aunque los empleados le miraron con cierta suspicacia, muy natural teniendo en cuenta que su cara no debía ser precisamente un dechado de belleza. Había cesado la lluvia y el alba era fría y gris. Las calles comenzaban a animarse y él estaba en pleno Nueva York hambriento, sin saber a dónde encaminar sus pasos, desconcertado y sin alojamiento, mareado, dolorido y empapado.

Algo más allá encontró una cafetería abierta y pidió un café doble bien cargado y un nutritivo desayuno de huevos y jamón. El encargado le miró como preguntándose si tendría con qué pagar, antes de servirle, pero cambió de expresión al ver uno de los billetes de diez dólares que había encontrado en el bolso de la ocupante de la habitación que acababa de dejar.

El desayuno lo puso como nuevo. Desde allí encaminóse a casa de un doctor, en Greenwich Village, antiguo conocido suyo a quien contó que le habían atracado vapuleándole primero y que no le hizo demasiadas preguntas, curándole el chichón. A mediodía ya tenía secas las ropas, estaba afeitado y había recobrado un aspecto presentable, que le permitió entrar en las oficinas de determinado Banco y rellenar un cheque por determinada cantidad, que le fue pagada enseguida. Ya tranquilo al respecto, dedicó sus actividades a procurarse un alojamiento en cierto hotel confortable y céntrico. Una vez allí descabezó un profundo sueño, que le devolvió las energías, y a las ocho de la noche hallábase listo para emprender de nuevo la campaña.

Su primera acción fue llamar por teléfono a Clancey, pero no a su oficina, sino a su domicilio particular. Le contestó una voz femenina, inquirendo su nombre.

—Dígale que es algo que tiene que ver con Cayo Sal.

A través del hilo llególe la ahogada exclamación de la mujer. Luego debió haber habido un rápido cambio de palabras con alguien, y tras ello se puso un hombre al aparato.

—¿Quién está hablando ahí?

—Es lo que yo quiero saber. Pedí hablar con Mr. Clancey. ¿Se pone o no?

—¿Es usted Guillermo Ferrán?

—¿Qué le hace sospechar tal cosa? ¿Y qué hay de Clancey?

—No puede ponerse. Tuvo anoche un accidente de automóvil y está en el hospital. Oiga, Ferrán, sí...

Guillermo colgó el teléfono sin pararse a escuchar más. De modo que Clancey también... Bueno, la cosa resultaba algo así como ponerse a pasear sobre paquetes de dinamita en medio de un incendio...

Exactamente tardó quince minutos en recoger sus cosas, pagar la cuenta del hotel y marcharse. No había tenido tiempo ni ganas de ponerse a leer los periódicos, pero ahora adquirió unos cuantos en un quiosco y se metió con ellos en un café, encargando una cena y poniéndose a hojearlos.

Encontró un montón de noticias interesantes. Un automóvil que se había dado a la fuga sin que se pudieran localizar sus ocupantes, pues había sido hallado en otra parte y resultó haber sido robado, había arremetido contra el coche de Mr. H. J. Clancey, en una calle secundaria, echándolo contra un poste de alumbrado. Mr. Clancey y una joven que le acompañaba habían sufrido graves lesiones, aunque pudo haber sido peor. Al parecer, se trataba de un atentado, pero Mr. Clancey no estaba en condiciones de prestar declaración aún.

En el «George Washington» Mrs. Belle Lipstack, una acaudalada viuda de Chicago que había llegado dos días antes a la ciudad para resolver asuntos particulares, había sido abordada en su habitación por un elegante caballero y una bella joven, que dijeron ser el gerente y su secretaria y estar realizando una investigación a causa de supuestas quejas suyas del servicio. Mrs. Lipstack se había sorprendido, pero les dejó pasar; y mientras afirmaba no haber protestado de nada, la joven, que había dado vuelta a su espalda, le había colocado de repente delante de boca y nariz un algodón empapado en éter, al tiempo que el hombre se abalanzaba sobre ella, sujetándola e impidiéndole defenderse o gritar. Ya no recordaba nada hasta que se despertó, al salir el sol, con náuseas y dolor de cabeza. Lo extraño del caso era que tan solo halló a faltar unos pocos dólares que guardaba en su bolso, mientras sus joyas y una fuerte suma de dinero estaban en su sitio de la mesita de noche y la maleta. La policía no tenía la menor idea sobre el motivo del extraño asalto...

Nada se sabía, por otra parte, acerca del misterioso asesinato del conocido abogado de Miami Harvell Clanton. La policía estaba desenredando varias pistas, y los reporteros apenas si podían añadir nada a lo ya dicho anteriormente sobre el caso. Al parecer, el muerto tenía fuertes concomitancias con elementos del hampa, y se sospechaba que había sido asesinado por *gangsters* a causa de alguno de aquellos turbios asuntos.

De Cayo Sal no venía una palabra. En la página de sucesos, tres líneas

escasas referían el atraco sufrido por cierto individuo que había dado un nombre y una dirección falsas en la Comisaría, por lo cual se sospechaba que más que atraco había sido un ajuste de cuentas entre gente del hampa. Ni una palabra del espectacular asesinato a balazos de cuatro hombres en plena calle la noche anterior.

Claro que esto último no sorprendía en absoluto a Guillermo ahora. Le habría sorprendido no poco unas horas antes, pero ahora no...

CAPÍTULO VIII

Belleville es uno de los típicos barrios de París que mejor conservan su fisonomía peculiar. Aquella mañana de junio daba gusto estirar las piernas por las calles soleadas distrayendo los ojos en la contemplación de las mujeres bonitas que abundan en todas partes de la capital francesa. Pero el hombre que llevaba casi veinte minutos siguiendo a una muchacha no lo hacía con pecadores propósitos, ni siquiera por puro sentimiento estético, aunque ella fuera ciertamente digna de la admiración del varón más exigente en materia de belleza femenina.

Habían venido subiendo desde el Boulevard de la Villette por la rue del Atlas y la avenida de Simón Bolívar, y se encontraban ahora ambos, separados uno de otro por una docena de metros escasos, frente al extremo sur del parque Des Buttes Chaumont. En la misma entrada al parque había un hombre parado, que al ver a la joven se le acercó, le tendió la mano, saludándola, y entabló con ella una breve conversación en tono amistoso, mientras los dos se introducían en el parque.

Contra lo que podía suponerse, no permanecieron juntos ni cinco minutos. El hombre se despidió, metiéndose por un sendero lateral, y la muchacha prosiguió su paseo hasta llegar a uno de los quioscos de refrescos, donde fue a ocupar una silla y una mesa, pidiendo un refresco al camarero que acudió a servirla, cruzando las piernas y sacando del bolso una pequeña libreta de notas, en la que se dispuso a escribir algo.

El hombre que la había seguido hasta entonces se adelantó a su encuentro, y se paró sobre sus pies delante de la mesa, mirándola de hito en hito.

—Hola.

La joven levantó la mirada, contempló al que así la interpelaba, hizo un gesto de extrañeza y frialdad mezcladas y repuso, seca:

—Hola. ¿Qué desea?

—Hablar con usted. Confieso que no esperaba tropezármela tan pronto y me he llevado una regular sorpresa, aunque hace tres días que revuelvo París en su busca.

Se acentuó la expresión de extrañeza de la muchacha, que soltó el lápiz, diciendo:

—¿Es esa una nueva táctica para abordar mujeres, señor?

Se apretaron las mandíbulas del hombre.

—Mi querida Miss Redford, será mejor que abandone esa actitud

estúpida. Admito que el cabello teñido, la distinta manera de maquillarse y vestir y su impecable acento francés constituyen un perfecto «camouflage». Pero, como pintor, puedo descubrir a una mujer que busco por debajo de cualquier «camouflage», por perfecto que sea. ¿Qué, hablamos claro y sensato?

La muchacha había abierto ojos tamaños y si no estaba totalmente desconcertada había que proclamarla una actriz formidable. Balbució:

—¿Usted... usted afirma que yo... que trato de esconder mi personalidad cambiando mi apariencia física?

—Exactamente —él separó una silla y se sentó, poniendo las manos sobre la mesa y mirando de hito en hito a la muchacha—. Afirmo eso y que usted es una estupenda actriz. Pero ya no le valen conmigo sus trucos. Aun me duele la cabeza del porrazo que recibí en Nueva York por fiarme de su sonrisa y de su mirada.

—No... no le entiendo... Palabra que no. Usted parece confundirme con otra persona, señor...

—No la confundo con nadie, Susan Redford, si es ese su verdadero nombre. Es imposible confundirla; de modo que vamos al grano. ¿Qué le ha dado ese tipo y cuál es el próximo acto de la pieza? He hecho el viaje directo desde Nueva York para no perderle la pista y averiguar si al fin lograron hacerse con esos documentos, entre otras cosas.

La muchacha estaba recobrándose poco a poco de su aturdimiento. Apretó los labios sosteniéndole la mirada y dijo más serena:

—Desde luego que está usted confundido, señor. Mi nombre es Suzanne Treville, no he estado nunca en los Estados Unidos y puedo demostrárselo; ignoro qué quiere decir todo ese galimatías de que habla; mi profesión es dibujante de modas y no estoy dispuesta a que siga dudando de mi palabra.

Guillermo Ferrán parpadeó, desconcertado por vez primera desde que la tropezara inesperadamente poco antes. Había sido una buena sorpresa, pero estaba seguro de que se trataba de Susan Redford. Ciertamente que la Redford tenía el pelo dorado y esta muchacha lo llevaba peinado de otro modo y con tono cobrizo, que vestían de manera distinta, que el acento de esta era tan puro como el americano de la otra, que los ojos parecían un poco más oscuros, y algo más respingona la nariz, más redondos los pómulos, más lleno el busto, más seria la expresión... Pero aquellos eran detalles fácilmente arreglables para una persona avezada a cambiar su fisonomía y aspecto. Y él tenía muy buenos motivos para saber que Susan Redford era maestra en trucos... Además, dos mujeres no pueden parecerse de tal modo que se les confunda por completo.

—No espere que me trague el anzuelo esta vez, Susan Redford —dijo duramente—. He dejado de fiarme de sus bellos ojos y toda aquella palabrería acerca del honor y la satisfacción de luchar por Francia contra

sus enemigos. Ni siquiera enseñándome dos docenas de testigos que afirmasen no haberla perdido de vista en las últimas semanas me lo creería. ¿Qué le ha dado ese tipo hace poco?

Ella parecía estar sobreponiéndose muy aprisa. Respiró fuerte y luego contestó:

—Parece ser muy testarudo y desconfiado, señor, y también parece que, según usted, yo soy una farsante, una aventurera y acaso una mujer peligrosa...

—Un retrato perfecto, sí.

—Bien, voy a ver si consigo convencerle sin necesidad de tantos testigos. ¿Quiere saber lo que me ha dado ese hombre? Tome, véalo por sí mismo.

Le entregó lo que Guillermo viera poco antes que pasaba a ella de manos del otro hombre. Era un papel doblado y estaba lleno de cifras y líneas geométricas.

—Si es pintor, como dice, sabrá lo que esto representa —la voz de la muchacha era calmosa y un tanto irónica—. Simples esbozos de vestidos y medidas. Supongo que sabrá también que existe una guerra declarada entre los figurinistas franceses y los americanos, y que unos y otros se copian los modelos para «reventarlos». Yo trabajo en una importante casa y he sido encargada por mí jefe de recoger de manos de un empleado de la sucursal de una alta firma de su país las pruebas de que una de nuestras propias empleadas vende detalles de modelos «secretos» a esa casa. No sé por qué le digo esto, en realidad, a no ser porque me parece sincero. ¿Me devuelve ese papel?

Guillermo obedeció, con el ceño fruncido. Estaba más desconcertado de lo que quería confesarse.

—Bueno, esa puede ser una añagaza tan buena como la de los cigarrillos, ¿no cree?

Ella enarcó las cejas.

—¿Cigarrillos?

—Me olvidaba de que usted no es Susan Redford. ¿Puede probarlo eficazmente?

—Si no hay otro remedio...

—No lo hay. Y le advierto que estoy preparado y no me pienso dejar cazar de nuevo en una trampa tonta.

Se fruncieron con desagrado las cejas de la muchacha.

—Yo le advierto a usted que no estoy dispuesta a aguantarle sus impertinencias, y que nada me obliga a ello, señor mío. Si accedo a sacarle de su error es por mí propia conveniencia, ya que parece ser está usted metido en algún asunto desagradable y no me interesa en absoluto verme mezclada en él. Tenga la bondad de acompañarme y le quitaré cuanto antes todas las dudas.

Se levantó, y Guillermo le imitó, cada vez más intrigado. ¿Sería posible que, a la postre, se hubiera equivocado? Pero no lo era; se trataba de una nueva jugada para burlarle...

Contra lo que imaginaba, la muchacha no hizo intención de tomar un taxi. Le llevó a la estación del Metro de la rue Botzaris, sin hablar; y sin cambiar palabra, penetraron en la estación, tomaron sus billetes —ella pidió el suyo anticipándosele rápida— y se metieron en el primer tren hacia el centro de la ciudad.

Había la suficiente gente en el coche para que no pudieran hablar. Guillermo se entretuvo durante el trayecto en escrutar cada rasgo del rostro de la muchacha, poniéndola nerviosa, pero también comenzando a desasosegarse. Sí, mirándola mejor, le parecía que no era Susan Redford. Más en tal caso se trataba de una extraordinaria, casi increíble coincidencia de físicos...

La joven indicóle secamente que se apeaba al llegar a la estación de La Opera.

Subieron a la soleada plaza y caminaron hacia la entrada de la rue de la Paix uno al lado del otro y sin cambiar palabra. La muchacha detúvose al fin delante de uno de los edificios, en cuyo piso un gran rótulo anunciaba el nombre de cierto conocido modisto, y le indicó, seca:

—Aquí es donde trabajo. No tardará en tener cuantos testimonios desee de que... ¿Qué le pasa?

Mientras le hablaba, Guillermo había desviado casualmente la cara. Y de repente se quedó sin aliento, mirando fijamente a la pareja que acababa de salir de un lujoso automóvil de matrícula americana y, justamente, se disponía a entrar en el edificio.

Se repuso inmediatamente, porque lo necesitaba para no infundir sospechas. Aquello podía ser una nueva coincidencia, pero...

—No, nada —repuso rápido, mirando a la joven de nuevo, aunque sin perder de vista a la pareja—. Un súbito dolor de estómago que ya se pasó.

Ella lo envolvió en una mirada curiosa y luego miró a la pareja, que en aquel momento pasaba por su lado y les miraban a su vez, sin gran interés.

Ella era una mujer llamativa, muy elegante, rubia, joven, aunque menos de lo que parecía a simple vista, y un tanto delgada para su estatura. Él tendría unos cuarenta años, vestía impecablemente de oscuro y tenía uno de esos rostros duros e impenetrables que parecen tallados en granito. Pasaron de largo, metiéndose en el portal. Y la joven se volvió suspicaz a Guillermo, interpelándole:

—Usted se ha alterado al ver a esos dos, no me lo niegue.

Guillermo se hallaba pensando muy aprisa. Estaban sucediéndole cosas extraordinarias a un ritmo demasiado rápido para poderlas asimilar. Y tenía la sensación de pisar sobre hielo frágil puesto sobre un abismo.

—Nada de eso —negó—. ¿Es que les conoce?

—Son clientes de mi patrón y amigos suyos personales.

—¡Ah! —era una interesantísima información—. Gente de dinero, supongo...

—Nunca se lo he preguntado, pero puede hacerlo usted, si le interesa. ¿Qué, subimos?

—Tal vez usted me crea loco, pero voy a pedirle un favor. Venga a tomar una copa conmigo, ahí enfrente.

Ella pestañeó, sorprendida. Luego dijo:

—Sí, parece demasiado loco... Ha terminado por intrigarme.

Cruzaron la calzada y fueron a sentarse en la terraza de un bar. Guillermo lo hizo de manera que no perdió de vista al automóvil americano, y ya había tomado su matrícula mentalmente. Su primera tarea fue anotarla, mientras la muchacha lo contemplaba con curiosidad.

—Dígame, ¿es usted policía, además de pintor, o es que ciertamente está loco?

Guillermo la miró de hito en hito, seriamente.

—Voy a hacer una cosa, señorita. Voy a confiar en usted. Tengo una corazonada. Lo que voy a contarle tal vez le parecerá increíble, pero le juro que es rigurosamente cierto. Después de todo, el que usted y la mujer que busco se parezcan como dos gotas de agua, también es algo extraordinario...

La muchacha era toda ojos y oídos atentos. Guillermo pensó un momento lo que le diría y se decidió:

—Hace ocho días yo fui a cierto lugar en los Cayos de Florida a pasar unos días, pintando. Ya le dije que soy pintor. Aquel mismo día hubo un tornado. Usted debe saber lo que es un tornado. Mientras azota un lugar no es posible hacer otra cosa que encerrarse a piedra y lodo y dejarlo pasar. Yo hice eso, y estaba sentado junto a la ventana del cuarto cuando vi llegar un automóvil a la casa frontera, bajar de él a tres hombres y entrar en la casa, por la puerta principal, que les abrieron. Habida cuenta de que me constaba que no había nadie en la casa horas antes, así como en casi todo el poblado, la cosa me intrigó. Pasó el tiempo, casi dos horas, y de repente vi aparecer por la esquina, encorvado para resistir la furia del vendaval, a un hombre que empuñaba una pistola y que corrió hacia el automóvil. Era uno de los tres que llegaron en él. No había hecho más que llegar junto al mismo, cuando se abrió la puerta de la casa y aparecieron dos hombres armados con subametralladoras, que lo acribillaron a balazos, y luego lo metieron en el edificio. Más tarde salieron junto con otro que llevaba la cabeza vendada, se metieron en el automóvil y escaparon de allí. Yo esperé un tiempo prudencial, salí y fui a averiguar lo que había pasado. Tuve que esperar hasta que, amainado el temporal, conseguí acercarme con más tranquilidad y abrir una ventana, introduciéndome en la casa. Encontré a los tres que llegaron con el coche muertos a tiros y a otro con

un puñal clavado en la espalda...

Siguió el relato de sus peripecias y terminó:

—... Me tenía sobremanera desconcertado el que los periódicos nada dijeran de la «masacre» en que terminó mi intento de asesinato. Pero se me pasó el desconcierto cuando por pura casualidad vi pasar, al mediodía siguiente, y cuando me disponía a dejar el Banco a dónde había ido a por dinero, a uno de los pistoleros que yo viera caer «acribillado a balazos». El hombre no me vio y marchaba tranquilo y pimpante. De deducción en deducción llegué a reconstruir lo sucedido. Me habían hecho juguete de una farsa perfectamente ensamblada. No había habido otra cosa que una trampa colosalmente planeada, en la que no caí del todo por milagro, y porque soy muy desconfiado por naturaleza. Los pistoleros que me atracaron y el oficial «patriota» que se los cargó eran miembros de la misma banda. Un poco de jugo de tomate, un escenario bien escogido, unas balas de fogueo y mi natural nerviosismo, con el que contaban, lo hicieron todo. Luego fui llevado a una habitación en un hotel de lujo, se me contó una historia lo bastante fantástica para parecer verosímil y me sonsacaron cuanto sabía. Si yo hubiera dibujado los verdaderos rostros de los asesinos de Cayo Sal, a estas alturas estaría muerto y bien muerto. Pero como no lo hice, y sospecharon que les daba gato por liebre, se limitaron a dejarme sin sentido y tirado en una calleja. Sabían que yo no iba a dejar las cosas así, y se las arreglaron para dejarme una pista. Lo que no pudieron imaginar es que el azar iba a ponerme delante de las narices a uno de ellos, que «debía» estar muerto. El caso es que pude averiguar que una muchacha de las señas de la que me interesaba había tomado el avión para París, y me vine en su busca. Al verla a usted creí haber dado con ella, pero ahora sé que no es así, y las sorprendentes coincidencias vuelven a ponerse a mí favor porque, señorita Treville, el hombre que acaba de entrar ahí enfrente, y según usted es cliente y amigo de su patrón, es uno de los que asesinaron en Cayo Sal.

La muchacha le había escuchado sin casi respirar y ahora dilató las pupilas. Luego musitó:

—¿Ese... hombre?

—Sí. Y no estoy haciendo melodrama para impresionarla.

Se hizo el silencio entre los dos. La muchacha parecía estar reflexionando intensamente. Al fin levantó la mirada fijándola en Guillermo.

—Es una historia tan extraordinaria, tan inverosímil, que por fuerza debe ser real —dijo despacio—. ¿En qué puedo ayudarle yo?

Él se tomó unos instantes para contestar.

—¿Es que desea ayudarme?

—Usted ha confiado en mí, ¿no? Pues sí quiero ayudarle. No creo ser una lumbrera y le aseguro que soy la mujer más miedosa del mundo. Pero

algo me dice que usted necesita ayuda y está laborando por una causa justa. Si algo puedo hacer...

—Gracias. Puede hacer mucho. Necesito la dirección de ese hombre, su nombre y todo cuanto acerca de él y sus actividades pueda averiguar. Y lo necesito inmediatamente. Se trata de gente con la que uno no puede dormirse, ¿comprende?

—Me parece que sí. En tal caso, será conveniente que nos separemos.

—Desde luego. No haga o diga nada que pueda poner en guardia a ese hombre, o él le dará un disgusto. Y en cuanto averigüe algo llámeme por teléfono. Tome mi dirección y el número del teléfono...

La muchacha lo hizo así y luego le tendió la diestra con seria sonrisa.

—Haré lo que pueda...

—Eso creo. Muchas gracias.

Se marchó ella con su grácil andar. Sí, cualquier mediano observador que conociera un poco a Susan Redford habría asegurado que esta muchacha era la falsa periodista. Los mismos andares, casi los mismos gestos... Guillermo la estuvo observando hasta que ella entró en el edificio frontero, y luego encendió un cigarrillo pensativamente, dio media vuelta y se fue a la próxima parada de taxis.

Estaba alojado en un pequeño hotel de la rue de Lille. Cuando entró en el mismo iba ensimismado en sus pensamientos y por ello no paró mientes en el hombre que, al verle, se levantó de la silla que ocupaba y le salió al encuentro, interpeleándole:

—¿Señor Ferrán?

Sacado bruscamente de su ensimismamiento, Guillermo se puso en guardia, examinando al otro rápidamente antes de contestarle.

Era un hombre como de treinta y cinco años, correctamente vestido, de cara enjuta y firme mentón, pelo oscuro y un recortado bigote. ¿Quién diablos sería y cómo estaba aquí? ¿Y para qué?

—Sí —respondió—. ¿Qué desea?

—Hablarle. Tengo un coche esperando fuera. ¿Tendría inconveniente en acompañarme?

Guillermo recapacitó solo un instante. Era mediodía y estaban en París, no en Nueva York. Podía arriesgarse.

—¿No puede decirme aquí lo que sea?

—No. Y, créame, le conviene venir. Es algo de suma importancia para usted.

—¿De veras?

—Sí. Hay unas personas internadas en charlar con, usted acerca de varios asuntos, como por ejemplo el caso Vandercroft.

Guillermo tragó saliva de golpe y se dijo que aquel dichoso asunto estaba tomando un giro inesperado...

CAPÍTULO IX

No fueron muy lejos. Exactamente a la rue de Babylonne, frente al convento de las Hermanas de San Vicente de Paúl. El acompañante de Guillermo hizo entrar a este en uno de los edificios y subir al segundo piso del mismo, donde le introdujo en lo que parecía ser el despacho de un abogado. No había nadie trabajando en él, pero sí tres hombres en la estancia interior, los tres de mediana edad, y esperándoles sin lugar a dudas.

—Hola, Ferrán, tome asiento —le invitó el más alto en correcto inglés—. ¿Desconcertado?

—No mucho —Guillermo paseó la mirada de uno a otro de sus interlocutores mientras contestaba, sin aceptar la invitación—. Sospecho que voy a tener más motivos de desconcierto todavía.

—Es posible —los tres hombres esbozaron sendas sonrisas—. Siéntese y fume, si lo desea. Esta es una reunión amistosa. Permítame presentarnos primero: M. Jacquelin, de la Policía francesa, agregado al *Deuxième Bureau*; Mr. Dryer, de Scotland Yard, también agregado al *Intelligence Service*. Mi nombre es Thomkins y pertenezco a nuestro Servicio de Investigación Federal. Estamos esperando... Aquí están —se volvió hacia los dos hombres que entraban en aquel momento, Saludándoles con el gesto y nombrándolos—: Herr Von Klausten y el commendatore Barielli, de los servicios especiales alemán e italiano.

Guillermo hizo una mueca, contemplando a los cinco hombres allí reunidos. Luego dijo despaciosamente:

—Parece ser que voy ascendiendo... Hace Unos días me encontré con unos representantes oficiosos de Francia, ahora con toda la Comunidad de Defensa Occidental en pleno...

Los cinco hombres permanecieron allí impasibles. Thomkins volvió a tomar la palabra.

—Ya lo sabemos. Sabemos un montón de cosas, incluso muchas que usted considera de su exclusivo conocimiento. En cambio, usted conoce algunas que nos interesan mucho. Por eso está aquí. Para acabar con su desconfianza, eche una ojeada a esto.

Se había sacado algo de un bolsillo y se lo mostró abierto a Guillermo. Una placa del O. S. I. no es cosa que se pueda falsificar ni, robar fácilmente.

Ferrán asintió, tranquilizado por un lado, pero muy intranquilo por

otro.

—Adelante, Thomkins —dijo con voz pastosa—. Vamos a ver si al fin sé por dónde me muevo.

—Nos imaginamos que anda bastante a ciegas. Hasta ahora le hemos dejado moverse en completa libertad porque nos convenía. Pero ha llegado el momento de asesorarle y hacerle saber lo que arriesga, y lo que puede ganar. ¿No fuma?

—Ahora me parece que sí.

—Bien. Comenzare por el principio. Hace unos días usted fue casualmente testigo de un asesinato múltiple, o, mejor dicho, una pelea entre dos pandillas de *gangsters*. Su especial situación llevóle a tratar de borrar toda huella de su presencia en aquel sitio, y adoptar otras precauciones. Pero se vio, contra su voluntad, metido de lleno en el asunto, ya que hubo gentes sabedoras de su presencia en Cayo Sal aquel día, y esas gentes tenían mucho interés en averiguar lo que usted sabía. Claro está que lo que usted sabe es muy poco, nada realmente de lo que, afecta a los motivos de la lucha en el cayo y subsiguientes acontecimientos. Pero da la casualidad de que ese poco que sabe es de vital importancia, no solo para esas gentes, sino también para nosotros. En pocas palabras, usted conoce el rostro de un hombre del que puede asegurarse es uno de los más buscados del mundo. El rostro actual... ¿me comprende?

—Voy comenzando a hacerlo, sí...

—Bien. Nosotros necesitamos conocer ese rostro, a ese hombre. ¿Puede describirnoslo con exactitud?

—Es posible. Pero, si no tiene inconveniente, me agradecería conocer su versión del asunto. Ya me han contado dos, por igual de fantásticas, una que hablaba de drogas y otra de secretos atómicos.

—No eran tan fantásticas. La nuestra le va a parecer más. Verá...

Hizo una pausa. Los otros cuatro hombres permanecían silenciosos, fumando, alrededor de Guillermo.

—Hay muchos hombres malvados en el mundo —inició Thomkins—. Hombres que llevan el mal en las venas y el cerebro, que solo haciendo mal pueden vivir, que se alegran del daño causado a sus semejantes. Nuestra misión principal es luchar contra esos hombres y destruir sus maquinaciones, destruyéndoles a ellos también. A la corta o a la larga, terminamos lográndolo, pero hay veces en que uno de ellos consigue escapar una y otra vez a nuestros esfuerzos para atraparlo y destruirlo...

»Uno de esos hombres, acaso el peor de cuantos han existido en el último cuarto de siglo, se llama Walter Trebistch. Ciertamente no es ese su nombre, pero es el que ha usado casi siempre, y por el que más se le conoce. Tendrá ahora unos sesenta años y hace más de cuarenta que sigue la senda del mal decididamente. A los quince robó y asesinó, a los

dieciséis volvió a asesinar a una muchacha tras violarla. Su carrera ha sido tal, que en la actualidad esos crímenes resultan cosas de menor cuantía. Ha hecho de todo, desde espionaje a trata de blancas, y cada vez en mayor escala. Ha sido traidor a tres países por lo menos, y es el principal culpable de la muerte y de los sufrimientos de miles y miles de personas. En la actualidad dirige la mayor y más peligrosa banda de granujas existente en el mundo, y de sus nefandos «negocios» obtiene beneficios de más de diez millones de dólares al año. Comparados con él, los grandes jefes de «gangsters» conocidos son gente de poca monta, y algunos de ellos son incluso sus lugartenientes.

Hizo una nueva pausa para tomar aliento y prosiguió:

—Tras esa pieza vamos nosotros, desde el fin de la guerra. Porque nuestros países son el actual campo de acción principal de ese hombre. Está destruyendo miles de vidas en ellos con drogas que sus secuaces transportan y venden por medio de una vasta red de agentes de confianza, mina constantemente los cimientos morales de nuestra sociedad, y también roba y vende secretos militares, mujeres, cuanto puede producirle beneficios y al mismo tiempo causar un daño cierto a los demás. Hemos cercenado muchos de sus abrazos, acabado con no pocas de sus organizaciones filiales, destruido gran parte de sus «negocios»; pero nunca conseguimos llegar lo suficiente cerca de él, y hasta que no lo consigamos y le echemos el guante, todo nuestro trabajo será una especie de lucha contra la Hidra. ¿Comprende?

—Muy bien. ¿Dónde entro yo?

—Aquí. Ya le he dicho que durante años no hemos conseguido grandes progresos contra Trebistch, sobre todo a causa del cruel terror que ha insuflado en las mentes de sus colaboradores. Todos prefieren morir antes que delatarle. Y sea muy pocos los que saben a ciencia cierta dónde está y cuál es su rostro verdadero. No solo es un experto, en maquillajes, sino que nos consta que últimamente él, y algunos de sus colaboradores más íntimos, cambiaron sus caras. Un gran especialista desapareció, y no se ha podido saber nada de él...

Tras una nueva pausa, añadió:

—Más últimamente algo ha sucedido. Algo que ha puesto a Trebistch a la defensiva y le obliga a forzar todos sus dispositivos tanto de defensa como de ataque, dejando expuestos sus flancos peligrosamente a los nuestros. Le ha salido un competidor, y un competidor temible en grado sumo, porque fue uno de sus lugartenientes, conoce todos sus métodos y parece ser tan cruel, hábil y despiadado como él mismo.

»Tuvimos la primera sospecha de esto hace cosa de un mes, cuando descubrimos que gente vigilada por nosotros como cómplices de Trebistch estaba haciendo cosas raras. Y luego vino lo de Cayo Sal.

Miró más fijamente a Guillermo, que se mojó los labios con la lengua.

—Fue indudablemente designio del Destino el que usted decidiera irse allí a planear tranquilamente uno de sus robos, Ferrán. De no ser así, quién sabe cuándo nos habríamos enterado de lo sucedido. Incidentalmente le diré que nos ha servido para conocer sus actividades subterráneas, por nosotros no sospechadas en absoluto. Bueno, pues es el caso que los agentes de Trebistch tenían que recoger en Cayo Sal unos documentos ultra secretos robados a este país y llevados por los ladrones a Estados Unidos, vía Cuba. Los hombres llegaron con algún retraso, a causa del tornado. Y el ex lugarteniente de Trebistch llegó antes.

»Los otros sabían, desde luego, que ese hombre era un «traidor». Pero ignoraban que se había cambiado la cara también, a imitación de Trebistch. No podemos saber a ciencia cierta lo que ocurrió allí dentro, pero los tres enviados por Trebistch fueron muertos a balazos implacablemente, y apuñalado otro, y el hombre que se enfrenta con Trebistch se llevó los documentos limpiamente.

»Lo que él ignoraba es que usted estaba allí enfrente, y vio el final del asunto, con toda claridad gracias a sus prismáticos. No se enteró hasta el día siguiente, cuando Trebistch, ya sabedor de que había ocurrido lo de Cayo Sal, movió sus peones rápidamente para localizarlo a usted y descubrir por su mediación a su peligroso enemigo. Primero fue la muchacha rubia, entre paréntesis una de sus secuaces más listas y peligrosas, que sospechamos sea algo más que mera lugarteniente suya; luego Clanton, jefe de la sección Sudeste de Estados Unidos en su Organización. Ellos creían fácil sonsacarle lo que supiera con el señuelo de una fuerte cantidad de dinero, y luego proyectaban liquidarlo. Pero cuando vieron que usted era duro de engañar les fue preciso cambiar de táctica. En el ínterin, el «traidor» atacó. Clanton fue asesinado cuando estaba desprevenido, más el que lo mató cometió una seria equivocación, que le costó más tarde la vida. No supo dar con alguna cosa que su jefe deseaba. Usted llegó y la debió encontrar, pues se fue derecho a Nueva York y a buscar a Clancey, del que por cierto nosotros ignorábamos estuviera a sueldo de Trebistch. Es el jefe de toda la costa Este, o mejor dicho era, pues en cuanto se reponga de sus heridas tenemos mucho que decirle.

»Usted no lo sabía, pero había movilizadado tras sus pasos a toda la organización de Trebistch, y también a la más nueva de su rival, cada uno por sus propios motivos. Eso y no otra cosa es lo que le mantiene vivo aún. Clancey se puso inmediatamente al habla con su jefe y recibió orden de preparar aquella estupenda comedia del secuestro y subsiguiente pelea a tiros para «salvarlo». Creyeron que con eso lograría engañarlo y hacerle decir cuánto sabía, así como dibujarles el rostro actual del «traidor». Pero usted no debió hacerlo, ¿verdad?»

—No, no lo hice.

—Lo imaginaba. Por eso en vez de matarlo se limitaron a dejarlo sin

sentido en una calleja. Ya tenían sospechas de que no era el hombre que aparentaba ser, y le dieron cuerda. De ahí que pudiera descubrir que la muchacha había venido a París. Se encargaron de ponerlo hábilmente sobre la pista. Mientras, Clancey había sido puesto provisionalmente fuera de combate por «el traidor», aunque en realidad buscó matarlo. Y así, usted llegó a París buscando a esa muchacha, siguiendo el hilo que le habían tendido adrede, y tras usted vino el hombre al que Trebistch quiere matar, precisamente para ver si consigue, siguiéndole a usted, dar con Trebistch, liquidarlo y alzarse como amo y señor de su organización. En cuanto a nosotros, que no le hemos perdido de vista apenas, pero que hasta ahora teníamos que ir a remolque de los acontecimientos, estamos aquí por lo mismo, para por su mediación atrapar a esos dos hombres y hacer que paguen por sus crímenes.

Calló, y Guillermo paseó la mirada por los cinco rostros serios e impenetrables.

—Total, que mi posición es la de un zorro acosado por varios cazadores, y sin posible escapatoria...

—No exactamente. Usted tiene en su mano una probabilidad de salir con bien. No muy grande, pero probabilidad, al fin y al cabo. Necesitamos su colaboración, y a cambio estamos dispuestos a pasar una esponja por su pasado y darle una oportunidad de rehacer su vida por caminos honorables.

—Muy interesante. ¿Qué debo hacer?

—Ya se lo he dicho; trabajar para nosotros. No podemos prestarle apenas ayuda, pues la mayor parte de nuestros hombres son conocidos de la gente de Trebistch. Ha de seguir adelante como hasta ahora, pero teniendo la seguridad de que estaremos cerca de usted en todo momento. Sabrá a dónde ha de llamar pidiendo ayuda cuando valga la pena de hacerlo. Y nos tendrá al tanto de cuanto descubra. Necesitamos a Trebistch y a su ex lugarteniente y actual competidor, y usted nos puede llevar hasta ellos, eso es todo.

—¿Cuántos de sus hombres han fallado en esa empresa, señores?

Hizo la pregunta mirando al grupo de hombres silenciosos. Le contestó el francés:

—Muchos. Todos murieron.

—Y esperan que yo muera también...

—Tiene probabilidades extra. Ellos están en duda con usted. No saben si obra por quijotismo, por ambición, o por rencor. No saben si opera solo o con ayudas, e incluso dudan si será un agente secreto. Por distintos motivos, los dos le necesitan vivo, aún. Hasta puede que lleguen a ofrecerle un puesto en sus respectivas organizaciones. Y ya ha conseguido, sin saberlo, llegar al meollo del asunto, desenmascarando para nosotros a algunos que ignorábamos tuvieran que ver con Trebistch.

—¡Hum! O sea, que debo seguir haciendo de zorro y además, de cebo para trampas...

—No le queda otra posibilidad.

—¿Qué hay de mi venida a esta conferencia? Si me siguen tan de cerca, a estas horas se habrán enterado ya.

—Seguro. Pero no pueden saber que está reunido con nosotros. El hombre que le trajo es uno de nuestros mejores agentes y nunca tomó parte en nada contra Trebistch; y esta oficina tiene una salida por dónde vinimos y nos marcharemos, que no es la de la calle. Usted volverá a salir con el que le trajo, y ellos solo podrán averiguar que se puso en contacto con un abogado especialista en seguir pistas de gente desaparecida. Algo muy natural en quien, como usted, anda tras una mujer de la que apenas sabe nada.

—A propósito de ella. Hoy sufrí una equivocación que me ha reportado resultados sorprendentes. Estuve siguiendo a una mujer creyendo era Susan Redford y resultó que no lo era, aunque se parece a ella como una hermana gemela. Trabaja en X... como diseñadora de modelos, se llama también Susana y todavía no estoy muy seguro de si habré cometido una estupidez explayándome con ella.

—¿Qué le dijo?

—Le conté la historia a mí manera, y ha prometido ayudarme. Mientras no lo estropee todo... En mi vida vi dos caras y dos figuras tan idénticas...

—No tiene nada de extraño. Es la hermana gemela de la Redford, aunque ella ignora que tiene una hermana. La Redford sí lo sabe, pero le conviene no decírselo ni dejarse ver de ella.

CAPÍTULO X

La noche caía lentamente sobre los bulevares cuando Guillermo volvió a encontrarse con Suzanne Treville. La muchacha le había llamado por teléfono, y habían quedado citados en la esquina del Automóvil Club. Guillermo, que había tenido, una tarde bastante agitada, llegó al lugar de la cita a la hora en punto, tras dar bastantes rodeos para despistar a sus seguros seguidores. La muchacha apenas si se retrasó cinco minutos.

Venía excitada y rompió a hablar apenas se reunieron.

—Le he conseguido todos los datos más fácilmente de lo que imaginaba. Ese hombre se llama Haines y tiene un piso en la rue de Penthièvre, para cuando viene a París. Según parece es millonario. Mi patrón y él son grandes amigos desde hace años, y tienen negocios juntos, a lo que parece. ¿No se habrá equivocado, señor Ferrán?

—Me parece que no. Dígame; ¿cómo se ha enterado de todo eso?

—De la forma más sencilla del mundo. Cuando subí tras dejarle a usted estaban ellos reunidos en el despacho privado de mi jefe. Al enterarme, me las arreglé para que le avisaran mi llegada, y me hizo pasar. Le di mi informe, y él me presentó a ellos con unas frases de elogio. Cuando me marchaba le oí decir a ese hombre que iba a dejar su piso en la rue de Penthièvre para adquirir otro más grande, y mi patrón le contestó que era lo que hacía años le venía diciendo. Cómo ve, no necesité hacer apenas nada...

—¿Cuántos años tiene, Suzanne?

Ella se detuvo, y le miró, desconcertada.

—Veinticuatro. ¿Por qué esa pregunta?

—Porque es de una sorprendente ingenuidad para esa edad. Lamento tener que asustarla, pero tengo la seguridad de que estaban esperando su entrada allí y ya tenían la escena preparada.

Las pupilas de la muchacha se dilataron.

—¿Quiere decir que... ellos sospechaban...?

—Después de separarnos he tenido oportunidad de saber que todos mis pasos son seguidos por ese Míster Raines, lo cual significa que conoce perfectamente mi identidad y fisonomía. De manera que al vernos juntos a la puerta de aquel edificio tuvo que comprender que éramos en algún modo conocidos y se preparó adecuadamente. Cuando usted entró en el despacho de su jefe, se le dieron las máximas facilidades, porque sospechaban que no perdería el tiempo en venir a contarme lo averiguado.

Y no me extrañaré nada en absoluto que le hayan seguido los pasos hasta aquí y tengamos ahora mismo algún tipo vigilándonos.

Ella estaba aturdida, y también alarmada. Miró, o mejor dicho trató de mirar hacia su espalda, pero Guillermo se lo impidió.

—No haga eso. Sería como indicarles que recelamos. Siento muy de veras haberla metido en este asunto, y deseo sacarla ahora que aun es tiempo. Usted va a marcharse dentro de unos momentos, como si todo hubiera sido una entrevista amistosa y corta. Y no voy a volverla a ver. No quiero cargar su muerte sobre mi conciencia y esa gente con la que me enfrento no se para en barras, ni aun delante de una mujer tan linda como usted.

La muchacha estaba asustada. Se le notaba en la mirada. Jadeó levemente:

—Pero... pero eso es absurdo... ¿Por qué habían de... matarme?

—Por nada. Ellos no necesitan pretextos para asesinar. Es mucho lo que se juegan y no tienen piedad ni conciencia. Si yo fuera ahora a ese piso de la rue de Penthièvre es totalmente seguro que no saldría vivo de allí, o al menos no saldría hasta que me hubieran exprimido como un limón. En cuanto a su jefe, es otro miembro del «gang», por más que le sorprenda. El hombre que se hace llamar Haines se cambió la cara no hace seis meses. Nadie que no sea muy de su intimidad puede decir públicamente que lo conoce hace años. Y las personas de su intimidad son todos criminales de altos vuelos. Se lo advierto para que esté prevenida y...

Se detuvo en seco. Mientras hablaba a la muchacha no había dejado de mirar alrededor, alerta como pocas veces en su vida, por eso vio el peligro apenas surgido.

Habían ido caminando por la acera del Ministerio de Marina, atravesando la calle de St. Florentin y acababan de torcer por la rue de Mondovi en dirección a la de Mont Thabor. Es la de Mondovi una calle tranquila, de poco tráfico comparado con el de las grandes arterias cercanas. Por eso el automóvil gris, un «Mercedes» de turismo ligero, que dobló a buena marcha por la rue Cambon entrando en la de Mont Thabor, tenía perfecta visibilidad y vía libre al disponerse a entrar en la rue Mondovi. Para cualquiera otro, no había nada de extraño en la maniobra del conductor del «Mercedes». Para Guillermo sí.

Lo había porque era muy extraño que nadie viniera de la rue de Rivoli dando tal rodeo para retornar a ella de nuevo. Lo era porque, súbitamente, el «Mercedes» pareció encabritarse, justo a diez metros de ellos...

Pero Guillermo Ferrán estaba alerta. Lo había estado desde que supo las noticias que le traía la muchacha. Por eso su reacción fue rapidísima, tanto que le ganó la mano al conductor del «Mercedes» por centímetros.

Estaban entonces al lado de un portal, a medio metro del mismo. Dio un violento empujón a la muchacha con todas sus fuerzas y la envió, casi

por el aire, dentro del zaguán, saltando al mismo tiempo, cayendo sobre sus rodillas y una mano y tirando de la cintura de ella de modo que la metió contra la puerta de hierro. Todo en cinco segundos escasos.

Los suficientes para hacer fracasar el asesinato. Porque el «Mercedes» se montó en la acera, le rozó la pierna izquierda cuando caía dentro del portal, giró sin poder evitar el choque contra la esquina frontera de la puerta, que se llevó el guardabarros derecho y abolló fuertemente el parachoques de aquel lado, pareció a punto de volcar, saltó de nuevo a la calzada y escapó a toda velocidad calle abajo hacia la rue de Rivoli, doblando en dirección a la Concordia a una velocidad prohibida. Todo tan rápido que los espectadores-peatones y conductores de coches de la escena, no habían reaccionado aún de su asombro cuando ya había desaparecido.

La muchacha había gritado al ser empujada y volvió a gritar cuando chocó violenta y poco elegantemente contra el suelo. Pero se le cortó la respiración al ver asomar el motor y la rueda derecha del automóvil asesino pasando a quince centímetros de su pie izquierdo, que encogió en un movimiento instintivo, y se quedó sin color mientras sucedía todo lo demás. A su lado, Guillermo encogíase sobre ella y pegado a la puerta, mientras la portera de la casa, y una vecina que estaba con ella charlando, gritaban asustadas y se escuchaban otras exclamaciones en la calle.

Apenas el automóvil se perdió de vista para ellos, Ferrán incorporóse y ayudó a levantarse a la asustada muchacha, hablándole para tranquilizarla.

—Ya pasó todo. Son rápidos, pero yo estaba alerta.

—¿Quiere... quiere decir que... trataron de... matarnos?

—Eso es lo que querían. Aplastarnos contra la pared como a cucarachas. Puro estilo norteamericano... Lamento mucho haber tenido que actuar tan violentamente. ¿Se ha hecho mucho daño?

Ella estaba poniéndose en pie sobre sus temblorosas piernas; echó una ojeada a las medias, volvió a meter el pie derecho en el zapato que medio habíase escapado y contestó nerviosa:

—No... no es nada. Peor habría sido...

Se calló porque ya estaban casi rodeados por gentes curiosas y excitadas que los acosaron a preguntas y exclamaciones. Como pudo, Guillermo sacó de allí a la muchacha y la condujo hasta un taxi parado frente a la casa, cuyo conductor se había unido a los curiosos y acudió presto, con la satisfacción de poder enterarse así mucho mejor de lo ocurrido.

—¿A la Policía, *monsieur*?

—No. Salga a la Concordia.

La muchacha temblaba como un gatito recién nacido. Tenía la cara sin color y se mordía los labios para contener los nervios. Guillermo le cogió una mano entre las suyas y le habló afectuoso.

—Cálmese, por favor. Voy a llevarla a su casa. Dígame dónde es.

—El 118 de la rue Falguiere... Ha sido... horrible...

—Sí. Y no sabe cuánto lo lamento. Ahora va a hacerme caso. Métase en la cama, tome algo tónico y procure dormir. Ya ha pasado y voy a encargarme de que no vuelvan a meterse con usted.

—Esa gente terrible... Y pensar que mi jefe... No voy a poder mirarle más a la cara. Tengo que dejar el trabajo... Yo...

Rompió a sollozar, y Guillermo le atrajo la cabeza sobre su hombro, mientras daba la dirección al taxista, todo oídos. La muchacha estuvo sollozando un buen rato, y luego se calmó. Tomó el pañuelo que él le tendía y se limpió los ojos. Luego se lo devolvió, mirándole fijo.

—Perdóneme; no he podido reprimirme...

—No tiene que excusarse. Ha sido una experiencia muy desagradable. Bueno, ahora se quedará en su casa y tratará de olvidarse de todo, incluso de mí. ¿Tiene familia?

—No. Mi madre murió cuando yo era muy niña, y no he conocido a mi padre. Vivo con una amiga, en un apartamento...

—¿Trabaja ella también donde usted?

—No. Es... cajera de un comercio.

—No le diga nada. Es mejor. Bueno, parece que ya estamos.

El taxi se había detenido delante de un edificio de cuatro pisos en una calle tranquila; Guillermo salió primero, comprobó que no parecía haber nada sospechoso cerca, ayudó a salir a la joven y pagó la carrera. Luego la tomó del brazo y la condujo hasta el portal. Allí se detuvo y la miró a los ojos.

—Aquí se acaba para usted la aventura, Suzanne —dijo despacio—. Olvídense de todo, y búsquese otro empleo. Yo voy a encargarme de que no la vuelvan a molestar.

Ella le sostuvo la mirada.

—¿Qué va a hacer?

—Mejor que no lo sepa. Lamento muy de veras haberla metido en este brete, pero no el haberla conocido. Ahora me voy a marchar. Acuéstese y olvide. Como si todo hubiera sido una pesadilla.

—Usted me ha salvado la vida. Es algo que nunca olvidaré...

Lo que entonces pasó fue una de esas cosas que están fuera de nuestro control racional. Simplemente, Guillermo vio la cara blanca de la joven alzarse hasta la suya. Era un simple espejismo, pero obedeció instintivamente a la llamada, abrazándola y besándola con fuerza.

Ella pareció aturdida primero, y luego se relajó en sus brazos. Estuvieron unos segundos así. Después, él la separó, soltándola, y dijo roncamente:

—Olvídense de esto también. Forma parte de la pesadilla. Dios le dé suerte, Suzanne.

—¿Por qué me ha besado?

—No lo sé. Me pareció... ¡Bah! No ahondemos en eso; sería tan peligroso como lo pasado hace poco. Si todo termina bien, puede que regrese a París, a buscarla. Pero no se haga demasiadas ilusiones. Tampoco yo soy trigo muy limpio. Adiós, pequeña.

Dio media vuelta y salió a la acera, alejándose a grandes zancadas sin volver la cabeza. La muchacha pareció ir a decirle algo, más se contuvo, y le dejó marchar, con extraña expresión. Luego se introdujo en el zaguán...

Guillermo caminó aprisa hasta el Boulevard de Montparnasse. Una vez allí entró en un bar y pidió la guía telefónica, buscando en ella un nombre. Lo encontró, y marcó un número, espirando a que le contestaran. Cuando lo hicieron habló rápido y seco.

—¿Haines? Aquí Ferrán... Sí, yo; para darle un aviso. No vuelvan a intentar nada contra Suzanne Treville, o Trebistch sabrá la cara del hombre que ametralló a los suyos en Cayo Sal... Estoy hablando claro... Ya... ¿Me cree idiota? Habría de darme muchas más garantías para que yo me fíe de usted, Haines. No, no iré a su piso; era una trampa demasiado burda y que dice muy poco de su habilidad... Sé guardar mi pellejo, ya se lo he demostrado... ¿Usted cree? En este juego hay mucha gente lista metida... Tal vez. Comience dejando en paz a la señorita Treville, y puede que comencemos a llegar a algún sitio... No, por ahora seguiré mis propios planes. Lo lamento.

Colgó, permaneció pensativo unos momentos y después marcó un nuevo número.

—Aquí Ferrán... Hace media hora estuvieron a punto de hacerme puré contra una pared, en la rue... ¿ya lo sabe? Bueno, debí imaginarlo... Quiero que hagan algo por mí. Vigilen a la señorita Treville y protéjanla, cambio les diré una cosa. ¿Conocen a X... el modisto? Bien, está con el enemigo de Trebistch, y puede ser uno de sus lugartenientes. Sí, seguro... Otra cosa. El mismo hombre acaba de proponerme una alianza. Me ofrece cincuenta mil dólares al contado y un puesto en su organización. Le dije que lo pensaría, y que dejase los atentados, o me enfadaré y diré a Trebistch cómo es su cara actual y algunas otras cosas... Sí, es claro que sé dónde está, y también donde se aloja actualmente... ¿Cómo? No, no se lo diré por ahora. Tendrán que darme ese margen de confianza. También tengo mucho interés en vivir, y no viviré diez minutos después que les haya dicho a ustedes dónde está ese hombre. Trebistch, o él, se enterarían, y se acabaría el juego para mí... Bien... Sí... Gracias; es una prueba de confianza que les agradezco. ¿A dónde voy a ir...? A cualquier parte menos a mí alojamiento. Volveré a avisarles cuando tenga algo que decirles.

Colgó, y salió, pidiendo un café y encendiendo un cigarrillo mientras se lo servían. Se quedó con la cerilla en la mano mirando a la muchacha que entró en aquel momento en el local. Y no la soltó hasta que la llama le quemó los dedos.

Porque ella no era otra que Susan Redford.

CAPÍTULO XI

Ella se le acercó con suave contoneo de caderas y una clara y afectuosa sonrisa iluminóle el rostro, tan tranquila como si aquella fuera una cita previamente convenida entre dos viejos amigos. Y le tendió la mano, diciéndole despacio.

—Hola, señor Ferrán. ¿Muy sorprendido?

—Un poco —Guillermo estaba sobre sí, y no apartó la mirada de los ojos bonitos—. Aunque no demasiado. ¿Para dónde va a ser ahora el reportaje?

Ella rio suavemente, y fue a ocupar con toda soltura la banqueta contigua, pidiendo al camarero:

—Café, por favor. ¿Sabe que usted me es un hombre muy simpático, Ferrán?

—Seguro. Mi cráneo aún guarda huellas de su simpatía.

—No me guarde rencor. De no ser por mí, estaría a estas horas totalmente frío y alejado de toda actividad. Sí, aunque le cueste creerlo.

—No me cuesta. ¿Por qué esa simpatía?

Ella hizo un mohín, y sacó del bolso un paquete de cigarrillos, extrayendo uno.

—¿Me da fuego? Gracias... Es algo instintivo. Ya sabe que las mujeres damos gran importancia al instinto. Por otra parte, desde hace unas horas tengo un nuevo motivo para hallarlo simpático.

—¿Sí...?

—Sí. Me refiero a Suzanne. Debo darle las gracias por haberla salvado.

Guillermo se tomó unos segundos para contestar y sorbió antes un poco de café.

—Tienen un servicio de informes sobremanera rápido, ¿verdad?

—No es muy malo. Sí, Ferrán, quiero que me crea; le estoy muy agradecida por lo de Suzanne. Me habría dolido mucho que le pasara algo. Ella nada conoce de todo esto, y deseamos mantenerla al margen. Por eso lamentamos que la casualidad la pusiera en contacto con usted.

—¿Deseamos, lamentamos? ¿Quién más, aparte usted?

—Es algo que nunca sabrá. Bástele con saber que su acción de esta tarde va a valerle de mucho. Para empezar, vengo a hacerle una proposición. Únase a nosotros.

—¿Para encontrar esos documentos robados?

—Déjese de sarcasmos ahora. Estoy hablando en serio. Trebistch quiere

que entre en la Organización. Y está dispuesto a ofrecerle un puesto magnífico, uno que lo hará más rico de lo que nunca soñó, en solo un par de años. Claro está que una vez tengamos la plena seguridad de que juega limpio.

—¿Y todo eso porque impedí hace una hora que mataran a su hermana?

La muchacha apretó los labios levemente y parecieron endurecerse sus pupilas.

—Ella no cuenta en eso. Y debe olvidar su existencia en adelante. Vamos al grano, Ferrán. Le traigo una oferta. Dibújenos el rostro actual de Istvan Tzaros, díganos donde se halla ahora, y tendrá tanto como pueda pedir.

Guillermo fumó lentamente, mirándola al fondo de los ojos. Pasó medio minuto. Las pupilas de la muchacha resultaban impenetrables.

—¿Por qué cree que yo conozco el paradero actual de Istvan Tzaros? Ni siquiera sabía que fuera ese su nombre.

—Mentira. Usted lo supo cuando se llevó el cigarrillo del despacho de Clanton. Su nombre estaba en clave, pero también el de Clancey y su domicilio. Si pudo descifrar el uno, también pudo hacerlo con el otro. Fue un tonto error el mío no registrar las otras habitaciones, pero es que me sorprendió mucho encontrar muerto a Clanton, aparte de que por entonces ignorábamos sus actividades de ladrón de altos vuelos. Bien, dejemos eso y volvamos a lo importante. Nos consta que usted no solo conoce el rostro actual de Istvan Tzaros, sino que sabe dónde se encuentra ahora. No hace muchos minutos que estuvo hablando por teléfono con él. Está en París, ¿verdad?

—Sí. Pero no espere que le dé un solo dato más por ahora. Yo también tengo mis planes particulares.

—No sea tonto...

—No soy tonto. Soy muy desconfiado y prevenido. Gracias a eso sigo vivo y puedo estar aquí contemplando su hermoso y sonriente rostro mientras escucho sus cantos de sirena.

Ella hizo uno de sus graciosos y ambiguos mohines, haciendo a continuación una pregunta inesperada.

—¿Le gusto, Ferrán?

—Mucho. Pero menos que su hermana, por ejemplo.

—Deje en paz a Suzanne. Ella no cuenta para nada.

—¿Quiere obligarme a alejarla de mi mente? Me temo que resulte muy difícil. He besado sus labios y le hice una promesa. Volver a buscarla.

Por un instante cruzó una chispa violenta por las hermosas pupilas femeninas y se apretaron con dureza las comisuras de sus labios. Pero solo fue un instante. Luego la voz sonó suave y fría.

—Va usted muy aprisa, Ferrán. Y no quiero que reincida con Suzanne.

No voy a tolerárselo.

—¿Por qué?

—Por varias razones. Una, que lo quiero para mí. Ferrán tragó saliva e hizo una profunda inhalación de aire. Los ojos de la mujer parecían ahora cargados de fluido magnético...

Al fin pudo encontrar su voz.

—Eso podría tomarse por una declaración de amor...

—Puede tomarla. También a mí me agrada ir aprisa. Usted me gusta. Me ha gustado desde el primer momento. Y somos de la misma clase, del mismo barro, mientras que Suzanne está en un plano aparte y allí debe continuar. Para usted sería muy peligroso empecinarse en volver a ella, desdeñándome. Y no pierde nada. Somos idénticas en todo...

—No en todo —Guillermo estaba recobrando su ecuanimidad—. Pero tiene razón, usted y yo somos de la misma ralea. Solo que me habría gustado que me dejara la iniciativa. Así parece como si usted formara parte del cebo que me ofrece Trebistch.

—No es esa la realidad. ¿Cuál es su respuesta?

—Ahora ya no voy tan aprisa. ¿Por qué no me da tiempo para pensarlo? Estoy aturdido...

La sonrisa de la mujer se hizo ancha y sarcástica.

—Es muy difícil aturdirlo, Guillermo. Tan difícil como borrarle la desconfianza. Pero yo voy a conseguir ambas cosas. Va en ello mi propio prestigio.

—Por favor. Me rindo de antemano. Todo esto resulta excesivo para mí. Supongo que debo ponerme a hacerle el amor, pero temo encontrarme con un buen porrazo en el cráneo si me propaso.

Susan Redford lo miró por entre las largas pestañas semientornadas.

—¿Por qué no hace la prueba?

—Porque tengo miedo, ya se lo he dicho. Y...

Se detuvo, mirando al vendedor de periódicos que acababa de entrar y, tras mirar en su dirección, se les acercaba trayendo algo en la mano. La muchacha se volvió a su vez, siguiendo la dirección de la mirada, y se tensaron los músculos de su rostro.

El vendedor de periódicos llegó a su altura y preguntó:

—¿El señor Ferrán?

—Yo soy.

—Me han dado esto para usted.

Le alargó un pequeño sobre azul, corriente, barato, cerrado. Tomándolo, Guillermo miró a su acompañante, y luego al portador del mensaje.

—¿Quién te lo dio?

—Un hombre que iba en un automóvil, hace tres minutos. Me dijo que lo encontraría aquí, con una señorita rubia.

Guillermo rompió el sobre y sacó la hoja de papel que iba dentro. Estaba escrita a máquina, y su mensaje era tan lacónico como significativo.

«Tenemos con nosotros a Suzanne Treville. Morirá si trata de buscarla. Morirá si no obedece. Dígaselo a Daisy. Recibirá órdenes a su tiempo».

—¿De qué se trata?

Él le alargó la misiva. Tenía prietas las mandíbulas y la sangre le ardía en las venas.

—Léalo. ¿Quién es Daisy?

La muchacha leyó. Y fue evidente que se impresionaba. Apretó las manos sobre el papel y murmuró en inglés, entre dientes:

—Si le hace algo...

Luego se dominó con un visible esfuerzo y miró de hito en hito a Ferrán.

—Mi nombre es Daisy Susan. El de mi hermana, Suzanne Margueritte. Istvan me conoce, como otros muchos, por el primero. Y sabía que a Suzanne... Vámonos.

Se levantó, con gesto nervioso. Imitándola, Guillermo inquirió:

—¿A dónde?

—A casa de Suzanne. A ver si de verdad la han cogido.

—Un momento —él la detuvo. Estaban hablando en inglés—. No vaya tan aprisa. ¿No será una segunda, parte de lo, de Nueva York?

Ella lo miró fijamente. Había en sus hermosos ojos chispas aceradas, y también acero en su voz al replicar:

—Con mi hermana no juego ni permito que jueguen, Ferrán. Ella está fuera y por encima de todo. ¿Viene o voy yo sola?

Guillermo le escrutó la mirada. Y sin dejar de mirarla, echó un billete sobre el mostrador, asintiendo:

—Andando.

No le extrañó ver el pequeño coche de marca inglesa parado casi frente a la puerta. Daisy Redford fue a él, lo abrió y se metió dentro, invitándole seca:

—Dese prisa.

Tardaron muy poco en llegar frente al domicilio de Suzanne. Apenas en la acera, la muchacha inquirió:

—¿Va armado?

—Sí.

—Mejor. Aunque no creo que nos ataquen ahora.

—Yo no me sentiría tan seguro. Sería una buena oportunidad para acabar con los dos, ¿no le parece? Y el amigo Istvan no es de los que se andan por las ramas.

Ella le miró de reojo antes de contestarle:

—Istvan está enamorado de mí. Y sabe que siempre voy armada. No hará nada contra usted mientras vaya a mí lado.

—Pero me descuartizará en cuanto se entere de que yo le gusto a usted. Bonita perspectiva...

—¿Le asusta?

—Lo justo. ¿Por qué habrá de haberse apoderado de Suzanne?

—Es diabólicamente listo y rápido. Tiene que haberse dado cuenta de que Suzanne le agrada a usted. Puede que les vieran besarse, eso es... Y sabe que quiero a mi hermana. Busca matar dos pájaros de un tiro. Pero le va a costar caro haber puesto sus sucias manos sobre Suzanne...

Era extraordinaria la actitud de ella hacia su hermana, habida cuenta de lo que Guillermo sabía de ambas. Pero no estaba en un momento oportuno para ponerse a pensar en aquello. Entraron juntos en el sombrío zaguán y subieron por la escalera hasta el segundo piso, donde la joven se detuvo, diciendo en voz baja:

—La puerta de la izquierda. Estará abierta o cerrada. Si lo segundo, ábrala.

No fue necesario. La puerta estaba tan solo entornada. Y lo único que encontraron en ella fueron los muebles. De Suzanne ni rastro.

Inútil fue que registraran las escasas habitaciones —cinco en total, con el cuarto de baño— en busca de algún indicio de lo sucedido. Lo único que hallaron fue el bolso que Suzanne llevaba durante el tiempo que estuvo con Guillermo. No faltaba nada de lo que habitualmente suele llevar una mujer en ellos, ni siquiera el dinero y la llave del piso.

Había que rendirse a la evidencia. Los dos se miraron en medio del comedor-salita de estar, sombríos y ceñudos.

—No debí meterla en esto... Pero hasta que fue tarde la estuve creyendo a usted.

—No le reprocho nada.

—¿Qué imagina hará Istvan con ella?

—Guardarla como rehén para tenernos sujetos a mí y a... otra persona. Pero él no ha aprendido a conocerme lo bastante. Va a tener que arrepentirse muy pronto de lo que ha hecho. ¿Me ayudará ahora?

—¿A usted sola?

—A mí y a mis amigos.

—Quisiera hacerle una pregunta y que me contestara con sinceridad. Tengo motivos ciertos para sospechar que Suzanne ignora tener una hermana gemela. Usted debe haberlo sabido siempre, en cambio. Eso es bastante raro, pero no es lo que le voy a preguntar. Es esto otro. ¿Por qué se altera tanto por lo que a ella pueda sucederle y parece dispuesta a todo con tal de evitarle riesgos? Es algo que no concuerda con la idea que tengo de usted, y me intriga de veras.

Daisy Redford tardó un poco en contestar:

—Yo nací la primera, Ferrán. Y el que le haga daño a mí hermana me lo hace a mí. Quien me hace daño a mí... me las paga.

Mirándola de hito en hito, él movió lentamente la cabeza.

—Comprendido —dijo despacio—. Bien. ¿A dónde vamos?

CAPÍTULO XII

Hay pocos lugares en el mundo que superen en belleza a la bahía napolitana. Ninguno la supera en colorido, sobre todo de noche y en primavera.

No obstante esto, la pareja que caminaba por una de las estrechas y retorcidas callejas cercanas al puerto no parecía muy impresionada por el espectáculo de las múltiples tertulias, a cual más bullanguera, que había a las puertas de las «trattorias» y en los portales de las casas, el sonar de músicas y canciones que en la ciudad del golfo son como parte del ambiente, ni por ninguna otra de las muchas peculiaridades de la barriada. Ellos iban caminando cogidos del brazo por el centro de las calles, y al parecer muy embebidos en su conversación, pudiéndoseles muy bien tomar por una pareja enamorada, cosa que, ciertamente, pensaban los innúmeros mirones, que si no se metían con ellos era debido al respeto que les producía la alta estatura y anchas espaldas del hombre.

Los dos vestían de un modo bastante vulgar, y podrían pasar muy bien por integrantes de esa mescolanza internacional que durante los últimos años se ha dado cita en los alrededores del Vesubio. Ella tenía el pelo rubio oscuro y calzaba zapatos, yendo vestida con un cómodo traje de dos piezas, de lana verde oscuro. Él no llevaba corbata y calzaba zapatos deportivos.

Ambos doblaron una de las esquinas penetrando en una calleja lateral, y avanzaron por ella hasta su mitad, deteniéndose ante una casucha de no muy buen aspecto, a cuya puerta llamó el hombre de modo peculiar. La puerta tardó poco en abrirse, dejándoles paso a un oscuro zaguán apestoso a pescado frito con cebolla. Una luz salía de una puerta entornada a la derecha. El bulto de un hombre estaba apenas esbozado por ella, y del bulto surgió una voz inquiriendo:

—¿Qué cosa?

—Buscamos a Angelo Caprazza —dijo la mujer—. Nos manda Tonio, de Nueva York.

El hombre pareció escudriñarles los rostros, aunque poco era lo que podía ver. Luego se guardó algo que rebrilló un instante a la luz con metálico reflejo, y les invitó secamente:

—Vengan.

Empujó la puerta entornada, precediéndoles a una habitación medianamente iluminada donde una mujeruca joven y desgredada estaba

poniendo sobre una mesa sin mantel platos y vasos para cuatro personas. La mujer les miró de soslayo mientras pasaban a otra habitación interior, de la cual pasaron a un corto pasadizo que les condujo, a través de Otra puerta donde su guía llamó con los nudillos, a una última estancia donde tres hombres estaban jugando a los naipes envueltos en humo y olor a vino de Campania.

—Estos te buscan, Angelo —indicó. Uno de los tres hombres, tipo fornido de unos treinta años, en mangas de camisa y con medio cigarro en la boca, se levantó y los examinó de pies a cabeza, haciendo un rápido gesto de sorpresa, inmediatamente borrado. Tenía una recia mandíbula, pequeños y negrísimos ojos y una boca de gruesos labios. En suma, un hombre peligroso, se dijo Guillermo Ferrán examinándolo a su vez.

—¿Y bien? —inquirió.

Daisy respondió con voz seca.

—Hemos de hablar contigo, Angelo. De parte del viejo.

Él italiano hizo una mueca. Después una seña a sus acompañantes.

—Largaos, vosotros. Esperad fuera.

Apenas quedaron solos, Daisy rompió el silencio con voz autoritaria.

—Tuviste que recibir un aviso de nuestra llegada. ¿No es así?

—Sí. Pero... Bueno, no esperaba que usted fuera la que viniese. ¿Cómo ha podido escaparse? Si no lo viera con mis ojos...

Daisy y Guillermo cambiaron una mirada. Y dijo ella:

—Yo no era, Angelo. Se trata de mi hermana gemela. Por eso estamos aquí. ¿Dónde la viste y con quién iba?

El italiano abrió la boca con asombro, y luego la cerró de golpe, comprendiendo.

—¿Hermana gemela? Sí, es claro... Bien, pues la vi ayer tarde, sobre las seis. Yo estaba dentro de mi barco, preparándolo todo para salir al mar por la noche. Esperábamos un buen alijo y había que tener a punto todos los detalles, pues últimamente se han puesto muy pesados los guardacostas. Había un hermoso yate junto a la dársena, que llegó hace unos cuatro o cinco días y pertenece, eso dijeron, a un millonario americano llamado Haines. El caso es que me metí en un bote para acercarme al otro barco que había de hacernos pareja, y pasé, por curiosidad, junto a la popa de aquel yate. Entonces oí voces como de altercado, en francés, y me arrimé más, empinándome sobre el bote, porque la cosa me intrigó. Pude ver parte del interior de un camarote muy lujoso, y en él a una mujer exacta a usted, despeinada, que parecía asustada y furiosa e increpaba a alguien exigiéndole que la pusiera en libertad y le dijera dónde estaba. No pude escuchar gran cosa más, pues ella me vio y el que estaba con ella se dio cuenta de su mirada y vino derecho al ojo de buey, metiéndome una pistola en las narices y preguntándome con mala cara qué estaba haciendo allí. La cara de aquel tío no me gustó nada, y menos la pistola, de manera

que contesté cuatro bobadas poniendo gesto asustado y estúpido: luego me dejé caer rápido y remé para ponerme fuera de tiro, aunque no me disparó. No habían pasado veinte minutos cuando el yate levó anclas y partió hacia Ischia. Yo me quedé preocupado, pero luego pensé que se trataba a buen seguro de algún tipo millonario que había raptado a una chica bonita y no quería que le estropearan la diversión. Como no era cosa de mi incumbencia, poco tardé en ocuparme de mis cosas. Y lo habría olvidado si a medianoche, cuando regresábamos con el alijo, a treinta y cinco millas al suroeste de Capri, no se nos hubiera echado encima un barco con las luces apagadas, encendiendo reflectores y cazándonos antes de que pudiéramos escapar. Barrieron con ametralladoras las cubiertas y nos tomaron al abordaje. Yo me salvé arrojándome al agua y nadando hasta la popa del barco, donde me mantuve colgado de un cable durante más de veinte minutos, mientras esa gente trasladaba el cargamento al yate. Entonces pude descubrir que se trataba del mismo barco que yo había visto por la tarde, y también pude oír la voz del tipo que amenazaba a la muchacha, mandando a los demás. Junto a él debía haber otro, al que en un momento dado, y estando los dos junto a la borda, en el punto donde yo nadaba entre dos aguas, sacando de vez en cuando la cabeza para respirar, oí le llamaba jefe. No pude verles las caras, es claro. Pero una vez terminaron de apoderarse del alijo, y mientras regresaban todos al yate, se iluminó el mismo ojo de buey desde donde yo viera a la muchacha. Me atreví a arriesgarme, pues por casualidad el cable al que me asía estaba muy cerca de allí. Pude izarme hasta el ventano solo un momento, pero me bastó para verle la cara al tipo aquel. La muchacha estaba dándome la espalda, y solo le podía ver un costado. Pero oí su voz diciendo: «¡Usted, señor Haines...!» Entonces me vio uno de los tipos sobre cubierta y me largó un balazo, dando la alarma. Me dejé caer a plomo, haciendo como si me hubieran tocado, y bucéé hondo, mientras regaban de balas todo aquel sitio. Protegido por el casco del yate escapé de allí nadando al sesgo hacia mi propio barco, que iba al gareté, y me refugié junto a él. Ellos debieron pensar que me habían liquidado, porque al poco rato el yate tomó rumbo al Sur a toda marcha. Cuando les vi lejos subí a mí barco. No habían dejado ni uno de mis hombres con vida. Cinco estaban muertos sobre cubierta, y los otros debían haber caído al agua. Comprendiendo que lo mismo les habría ocurrido a los del «Peregrina» y maldiciendo a aquella pandilla, me fui al puesto de mando y enderecé marcha aquí, tras haber echado a mis muchachos al mar con buen lastre. Pude llegar antes de que se hiciera de día y atraqué lejos del muelle, viniendo a tierra en un bote para evitar la suspicacia de los «carabinieri». Enseguida me, fui a pasar el aviso de lo sucedido a Fornaro y vine a esconderme, porque si el tipo que arregló todo aquello llega a sospechar que me salvé y le vi la cara, no tardará nada en venir a por mí.

Era aquel relato, muy extractado, el que había traído en vuelo directo desde Spezia a Guillermo y Daisy. Los dos andaban desde tres días antes siguiendo la pista al hombre llamado Haines, desde París a Marsella, y desde allí a Spezia. En esta última ciudad había recibido la joven un parte breve cuando regresaban a su alojamiento. «Anoche Tzaros nos robó un cargamento frente a Capri. Lleva a Suzanne. Ve a ver a Leonardo».

«Leonardo» había resultado ser Un honorable y rico comerciante de Nápoles llamado Fornaro, que poseía entre otras cosas una espléndida «villa» en Posilipo y les envió directamente a buscar a este Angelo Caprazza tras decirles lo que por él sabía. Al parecer. Fornaro era el lugarteniente de Trebistch en Italia y Caprazza uno de sus capataces. El alijo robado, consistente en antibióticos, cigarrillos y drogas, tenía un valor de más de medio millón de dólares, y los hombres muertos ascendían a quince. Un nuevo y audaz golpe de Istvan Tzaros, que había puesto la lucha al rojo vivo...

Daisy debía llevar instrucciones que a él no le había dicho. Porque ordenó a Angelo apenas esto hubo terminado su narración:

—Vas a venirte con nosotros, Angelo. Supongo que querrás arreglar cuentas con el hombre que mató a tus camaradas.

Una mueca feroz asomó a la boca del italiano.

—Quiero partirlo a trozos con mi cuchillo —aseveró—. Aunque tenga que dar la vuelta al mundo para ello.

—Tal vez no tengamos que caminar tanto. Nosotros nos vamos ahora. Dentro de dos horas tienes que estar esperándonos con un automóvil delante del hotel Bianchi. ¿Entendido?

—Sí. Y no, faltaré.

Salieron de allí por dónde habían entrado. La calle seguía tan bulliciosa como lo estuviera poco antes. Cuando se hubieron alejado un buen trecho, Guillermo comentó:

—Es una historia un poco rara, ¿no te parece?

Ella le miró de reojo antes de contestarle:

—No es sino una bien urdida sarta de mentiras, y ese hombre un traidor.

—¡Hola! ¿Estás segura?

—Del todo. Solo vine a confirmar mis sospechas.

—Ya sé que ando a remolque tuyo en este asunto, pero me gustaría que fueras un poco más explícita.

—Te lo explicaré. Angelo se vendió a Istvan. Lo mismo que han hecho otros colaboradores nuestros. E Istvan lo está utilizando para atraernos a ti y a mí a una trampa. Sabe que le pisamos los talones y quiere dos cosas: Capturarme y matarte. No puede hacer lo segundo mientras vengas conmigo, ni lo primero porque le consta que estoy muy alerta. De ahí que dejara un hábil rastro desde París aquí, y lo reforzara con ese cuento de

hadas que acababas de escuchar. Nadie, no siendo él, se atrevería a entrar en el camarote de mi hermana. Y él no saca la pistola para metérsela en las narices a un marinero curioso de buenas a primeras, ni hace levar anclas a su barco sabiendo que un hombre se ha salvado de la matanza que ordenó y ha llegado a verle la cara, sin antes asegurarse totalmente de que ese hombre está muerto. Angelo ha cometido una pifia por querer reforzar su historia haciéndola más digerible para nosotros, y otra al asombrarse como lo hizo cuando me vio. Es claro que ha visto a Suzanne con Istvan, a bordo del yate, y le desconcertó al principio mi presencia aquí, como enviada de Trebistch. Por eso yo le dije la verdad, para tranquilizarlo y hacerlo caer en sus propias redes. Ahora nos llevará al punto donde nos tienen preparada la trampa, pero sin saber que vamos a atraparlos a ellos en la misma. Esta vez, Istvan se ha pasado de listo.

Guillermo hizo una mueca.

—Espero que todo salga bien...

—No temas, que saldrá. Es preciso que salga. No podemos permitirnos el lujo de que Istvan nos corrompa a unos hombres, mate a otros, robe nuestros cargamentos y destruya negocios productivos. Y aun sin eso está condenado a muerte desde que raptó a Suzanne. Cuando Trebistch pone una cruz roja sobre un nombre, el poseedor del mismo tiene los días contados.

—¿Cuánto tardará en ponerla sobre el mío?

Ella le miró de soslayo.

—Eso depende exclusivamente de ti —dijo despacio—. Eres un hombre muy peligroso para dejarte suelto, Guillermo. Y puede que aun más peligroso para tenerte cerca. Pero yo te estoy protegiendo y seguiré protegiéndote mientras te portes bien.

—Muy agradecido. Es extraordinario tu poder en esta organización, y con su jefe. ¿No te parece?

Ella tardó un momento en contestar:

—Lo es. Y no hagas más preguntas. Llama a ese taxi.

Poco más tarde estaban en la «villa» de Fornaro en Posilipo. La villa se encontraba como colgada sobre la playa, rodeada de un bien cuidado jardín, en uno de los lugares más encantadores del golfo. Fornaro tenía esposa y cuatro hijos, tres varones y una hembra, toda la estampa de un comerciante adinerado, una ancha sonrisa, ampulosos modales y un sempiterno cigarro caro entre los labios. Guillermo y Daisy habían sido presentados por él a su familia como unos amigos americanos en viaje de turismo, y al parecer la familia ya conocía de antes a Daisy. Por ello no tuvieron necesidad de muchos subterfugios para que Daisy se fuera con él a su despacho, mientras Guillermo, muy a su pesar, tenía que entretener a la mujer y a la hija. No tardaron más de diez minutos en la conferencia, y cuando regresaron parecían inocentemente sonrientes. Pero Daisy le dijo en

un aparte:

—Todo estará listo y sin un fallo. Tendremos dos docenas de hombres bien armados siguiéndonos metidos en un par de camiones de mudanzas, y habrá vigías por todo el camino. Ya le están siguiendo a Caprazza los pasos. Ahora tú y yo regresaremos al hotel, para dar la impresión de que nos hemos tragado el anzuelo.

Así lo hicieron, en el propio automóvil de Fornaro, que guiaba un hombre fornido junto al cual sentábase otro, ojo avizor, con una metralleta sobre las rodillas, porque no era cosa de descuidar las precauciones.

Se habían alojado en el «Alberghi», como amigos que hacen juntos una excursión turística, y tenían habitaciones que se comunicaban. Guando entraron en el hotel, la mirada de Guillermo descubrió a un hombre que leía una revista cómodamente sentado en una butaca, y al lado de la recepción a un caballero cargado con toda clase de implementos turísticos que pedía informes a uno de los empleados.

—Faltan más de veinte minutos para la cita —dijo a Daisy—. ¿Tomamos algo?

—Bueno —admitió ella con una sonrisa. Encamináronse al bar, pidiendo dos copas de «strega». El hombre del periódico se acercó pausadamente y pidió un combinado, parándose a menos de dos metros. Tenía un tipo vulgar, anodino...

Guillermo esperó cinco minutos antes de disculparse.

—¿Puedes esperarme un momento? Voy al lavabo.

—Desde luego...

El hombre del periódico estaba bebiéndose su brebaje. No podía seguirle sin hacerse sospechoso a Daisy. Al menos durante un par de minutos...

El turista de los muchos utensilios estaba en el lavabo. Y no había nadie más. Guillermo se dirigió recto a él y comenzó a hablarle en voz baja con toda rapidez.

—Anteanoche, Tzaros atacó dos barcos de Trebistch, matando a los tripulantes y robando medio millón en drogas, medicamentos y tabaco. Hubo un traidor, Angelo Caprazza, que está siendo utilizado como cebo para atraernos a Daisy y a mí a una trampa. Daisy lo ha descubierto, y han preparado un contraataque. Habrá dos docenas de hombres metidos en camiones de mudanzas, y espías por todo el camino. Caprazza nos espera frente al Bianchi dentro de un cuarto de hora. Nos siguen los pasos, y Daisy no termina de fiarse de mí. Fornaro es el jefe italiano de Trebistch, sospecho. ¿Entendido todo?

—Perfectamente —Mr. Dryer, de Scotland Yard y el Intelligence Service, asintió con voz y gesto—. Todo lo alistaremos enseguida. Tenga cuidado. Tzaros sospecha que usted está de acuerdo con nosotros, y Trebistch casi tiene la seguridad. No le pierden de vista ni un segundo.

Pero las dos muchachas le salvan.

Guillermo hizo una mueca.

—Es un consuelo...

Giró rápido al oír acercarse pasos pesados. Cuando el hombre del periódico entró en el lavabo estaba él solo, lavándose las manos. Mr. Dryer había desaparecido en uno de los compartimientos reservados con insólita rapidez.

El del periódico cambió con Guillermo una mirada rápida, vulgar. Luego fue despacio en dirección a los urinarios. Guillermo giró lento para ir a la salida...

El otro dio una vuelta rapidísima, mientras en su diestra aparecía un afilado estilete firmemente empuñado. Su brazo derecho hizo un gesto veloz, mortífero, para hundir el estilete en el costado de Ferrán.

Y se lo hubiera clavado hasta la empuñadura, ahogando su posible grito de agonía con la otra mano, ya lanzada hacia su cuello, si el aventurero no hubiera estado tan alerta como estaba. Por el rabillo del ojo había visto la acción del asesino y giró a su compás, esquivando la puñalada a medias y golpeando con la palma de la mano debajo de la barbilla de su agresor, que se tambaleó, perdiendo el equilibrio a medias mientras la fría hoja de acero mordía el cuerpo de Ferrán causándole un agudo dolor.

El asesino fue a dar contra la puerta de uno de los reservados, sin soltar el cuchillo. El golpe de refilón le había dolido y mareado, pero una mueca de rabia feroz se dibujaba en su rostro ante el fracaso. Dispúsose a rematar su obra en silencio, al tiempo que Guillermo, viendo que sería peligroso y torpe sacar la pistola, se disponía a repelerle a mano limpia.

Estaban solos en los lavabos. El asesino se agazapó, buscando sitio y ocasión para saltar sobre él. Guillermo maniobró a su vez, con un propósito determinado. Y la puerta del reservado donde entrara Dryer se abrió apenas un poco...

Entonces, Guillermo hizo algo insólito. Atacó, a mano limpia, a su enemigo. Su puño derecho se disparó con violencia. El asesino lo esquivó saltando hacia atrás, y se dispuso a un mortal contraataque, seguro de vencer al hombre que así abría la guardia.

No pudo. Porque la puerta del reservado se abrió a su espalda, Dryer salió a medias, empuñando por el cañón una hermosa pistola, y se la descargó con todas sus fuerzas en la sien derecha.

Con un «augh» apagado, el asesino se derrumbó, soltando el estilete ensangrentado. Dryer impidió que llegase al suelo, sosteniéndolo con una mano mientras inquiría:

—¿Le hirió?

—Sí. Pero si no ando listo me ensarta. ¿Qué hacemos con él?

—Meterlo aquí dentro.

Lo metieron. Todo había sucedido en medio minuto. Y por fortuna,

seguía sin entrar nadie. Sentaron al asesino y Dryer lo examinó mientras Guillermo recogía el estilete. El inglés emitió un leve silbido.

—¿Qué pasa?

—Me temo que lo descalabré. Por lo visto tenía débil el cráneo.

—¿Está muerto?

—Como mi abuela. Un granuja menos. Ahora, vámonos. Deje ahí el estilete. No es cosa de entretenerse por un peón oscuro cuando tenemos a mano las piezas mayores del juego. ¿Puede aguantar?

—Vuelva con la muchacha y cuénteles la verdad. Dígale que lo descalabré usted. Le puede curar ella, y sea quien sea el que mandó a ese tipo a matarlo, no podrá pensar que le ayudó la policía a quitárselo de encima. Apúrese. Yo me encargo del resto.

Guillermo obedeció. Bastante tenía con su herida. Estaba sintiendo correr la sangre por el costado, y no quería que le llegase a gotear al suelo. Salió rápido, sin que nadie se fijara en él. Antes de salir del pasillo miró atrás y vio que salía también Dryer. Bueno, aquel hombre sabía lo que llevaba entre manos...

Daisy estaba ceñuda y recelosa, pero cambió de expresión al mirarle a los ojos.

—¿Qué te pasa? —inquirió en voz baja—. Tardaste mucho...

—Llevo una puñalada en el costado izquierdo. Me la dio el que estaba tomando el combinado. Vamos arriba.

Ella tenía mucho temple. Lo demostró una vez más dando otra señal de sorpresa que un apretamiento de labios. Le cogió por el brazo y se lo llevó hacia los ascensores, sin preguntar más.

Apenas entraron en la habitación de él lo hizo.

—Cuéntame qué ha pasado.

Guillermo le hizo el relato amañado mientras se despojaba rápidamente de la ropa. La herida era larga, y pasaba entre dos costillas, sin profundizar. Daisy la examinó con ojo crítico.

—Tuviste suerte —dijo mientras tomaba una toalla y la empapaba en el lavabo—. Si llega a acertarte te hubiera traspasado el corazón. Sabía que nos estaba espiando, pero no pude hacer nada cuando fue tras ti. Y no sospeché que tratara de matarte. Me desconcierta esto. Istvan no habría mandado un asesino con objeto de acabar contigo tan arriesgadamente si no hubiera un motivo muy grave e inesperado para él...

Guillermo le aguantó la mirada, contestando seco:

—Tú misma me has dicho muchas veces que quiere acabar conmigo. Y si te quiere, el saber que andamos juntos hace días debe ser un motivo más que suficiente.

Ella hizo un mohín que podía significar muchas cosas. Pero se calló, le limpió la herida rápida y diestramente, y se la vendó apretado con tiras de una camisa de él, que cortó con suma habilidad. Debía tener estudios de

enfermera —díjose Guillermo mientras la miraba actuar—. Y tenía muchas cualidades. Lástima que fuera una criminal y cómplice del peor criminal del siglo...

—Eres una verdadera joya —bromeó cuando ella terminaba, tropezando con su mirada seria y una seca respuesta.

—Cámbiate de ropa inmediatamente. Tenemos que marcharnos enseguida. No tardarán en encontrar el cadáver y no nos conviene estar aquí cuando eso ocurra.

—¿Y él equipaje?

—Yo me encargo de eso.

Se fue al teléfono mientras él terminaba de quitarse las ropas empapadas de sangre y pidió línea, marcando un número y hablando rápida en francés.

—¿Sí?... Soy Daisy. Nos tenemos que marchar ahora mismo. Trataron de estropearnos el paseo, y Guillermo sufrió un disgusto que pudo ser mayor. Al final fue otro el disgustado. Envía a alguien por lo nuestro. Sí... Sí... Ya... Bien. Hasta pronto.

Colgó, volviéndose hacia Guillermo, que terminaba de embutirse los pantalones, y que le preguntó:

—¿Con quién has hablado?

—Con Fornaro. Dentro de diez minutos habrán sacado de aquí todo lo nuestro. Ven que te ayude.

Salieron del hotel sin que por lo visto nadie se hubiera dado cuenta aún de lo sucedido en los lavabos. Dryer estaba en el vestíbulo, examinando unos folletos de propaganda, y ni siquiera les miró...

Tomaron un taxi. Un taxi que por lo visto había sido enviado exprofeso, puesto que ni Daisy dijo nada al chofer ni este preguntó, poniendo el coche en marcha apenas hubieron entrado en él y llevándolo calle adelante. Guillermo dijo:

—¿De la casa?

—Sí. Bien, creo que están ocurriendo cosas imprevisibles. Aun no sé cuáles son, pero huelo que algo ha cambiado la situación.

Guillermo sintió que le corría hielo por la espalda, pero repuso tranquilamente:

—¿Quieres decir que tienes premoniciones?

—No te rías. Trebistch asegura que mi instinto es el más valioso de sus auxiliares. Olfateo el peligro antes de que se produzca, y lo estoy olfateando ahora, desde que me contaste que te habían herido. Peligro cierto y grande...

El taxi frenó frescamente. Los dos olvidaron la tensión que les envolvía para mirar al chofer. Y Daisy inquirió:

—¿Qué sucede? ¿Hemos...?

Se detuvo. El taxista les estaba indicando con la mano algo que ya

veían ellos. Un agolpamiento de gentes en la acera opuesta, alrededor de un vehículo. Un automóvil detenido frente al hotel Bianchi.

Se miraron, con súbita alarma. Luego, Daisy ordenó al chofer:

—Baja y averigua qué sucede.

Mientras el otro obedecía, atravesando rápido la calzada, donde el tráfico se estaba deteniendo y aumentaban los curiosos en torno al automóvil aquel, Guillermo inquirió:

—¿Qué recelas?

—Caprazza tenía que esperarnos ahí, en un automóvil. Pronto sabremos si mi corazonada es cierta o no.

No tuvieron que esperar más que un minuto. El tiempo que tardó el taxista en regresar con cara preocupada.

—Había un hombre muerto dentro de ese automóvil —dijo—. Parece ser que se detuvo ahí con el coche hará como quince minutos. Hace unos diez, se acercó otro hombre al coche y pareció estar hablando con él durante un par de ellos, marchándose después. Y no hace más que tres o cuatro que un policía se extrañó de ver al hombre echado sobre el volante en una postura un poco rara, se acercó a mirar y descubrió que lo habían apuñalado. Bueno, yo conozco al hombre, y le he visto la cara ahora. Se trata de Angelo Caprazza, que trabajaba con nosotros. Debe ser el que venían ustedes a buscar...

Guillermo sintió que se le erizaba el cabello. No tanto por la muerte de Caprazza y lo que implicaba, sino por el hecho de que el hombre implacable que se llamaba Istvan Tzaros debía haber decidido que ya era llegada su hora... y acaso también la de la mujer que conservaba prisionera.

CAPÍTULO XIII

El avión aterrizó en el aeropuerto del Estambul sin novedad. Y la pareja que había hecho el viaje en él desde Nápoles sin escalas, se encaminó a hacer visar sus pasaportes, cosa que consiguió rápidamente, pues estaban en regla. Poco después, los dos entraban en el suntuoso hotel Inonu, donde por lo visto ya se les habían encargado habitaciones, pues el sonriente empleado asintió a su pregunta:

—¿Señor y señora Forrester? Sí, claro que sí. Nos avisaron por cable, encargando sus habitaciones. El 707. Les llevarán allí enseguida. Bienvenidos a Estambul...

Cuando se dirigían al ascensor les salió al paso un caballero vestido correctamente, de negro bigote y mediana edad que se presentó a sí mismo en excelente inglés.

—Bienvenidos a Estambul. Mi nombre es Ahmet Softu, y he venido a ponerme a su disposición. Todo cuanto deseen es mí deber proporcionárselo.

Daisy le tendió la mano, sonriéndole.

—Hola, señor Softu. Encantada de conocerle. Mi marido no sabía que usted vendría a recibirnos. ¿No quiere acompañarnos arriba?

—Encantado, señora...

Guillermo se sintió un poco irritado, pero aguántose. Estaba aprendiendo un montón de cosas sorprendentes acerca de la mujer que estaba pasando por su esposa, y también de su propia actitud hacia ella. Estaba aprendiendo muchas cosas acerca de lo que un hombre y una mujer pueden llegar a ser el uno para el otro, si afrontan juntos la muerte y el peligro a diario y casi en todo instante...

La «suite» que les habían preparado era verdaderamente regia. Una prueba más del inmenso poder del hombre llamado Trebistch. Porque apenas dieciocho horas antes ni él siquiera podía pensar que tenían que ir a Estambul siguiendo la pista del peligroso y elusivo Istvan Tzaros...

Softu entró en tema apenas estuvieron solos.

—El yate de Tzaros ha llegado esta misma mañana al Cuerno de Oro. Tenemos vigilado al barco, pero no ha saltado a tierra él, ni tampoco la muchacha. Están comprando provisiones y todo hace suponer que no piensan detenerse aquí. No sabemos qué hacer, y el jefe ha recibido orden de mantenerse a la espera hasta que ustedes llegaran y nos dijeran qué camino hemos de seguir.

—¿Están seguros de que Tzaros no ha bajado del yate?

—Totalmente. Hay tres hombres de toda confianza vigilándolo de cerca, y otros tres de lejos, con prismáticos, desde el mismo momento de su ataque.

Aquella era desde luego una razonable seguridad. Pero Daisy no pareció aun satisfecha.

—Conozco a Istvan lo suficiente para saber que no habrá dejado de lado la posibilidad de que lo bloqueáramos aquí. En fin, sea como sea es preciso que de Estambul no pase. Vas a quedarte aquí, Guillermo, mientras yo voy a ver qué medidas tomamos para conseguirlo.

—Bien. Pero ¿no crees que Tzaros puede tratar de aprovechar la oportunidad?

—Si no ha salido del yate, no puede moverse con libertad. Y habrá gente a mano para ayudarte. Por otra parte, regresaré pronto. Hasta luego, querido.

Salió en compañía de Softu. Al quedar solo, Guillermo encendió un cigarrillo y se puso a pensar intensamente. El hecho de que Daisy le dejara solo aquí, para irse a entrevistar con el jefe turco de la organización de Trebistch, significaba varias cosas. La primera, que aún no tenía totalmente su confianza; la segunda, que el propio Trebistch estaba muy cerca, pero él no podía quedarse allí con los brazos cruzados. Tenía que hacer algo... y maldito si sabía qué. Tuvo que salir de Nápoles sin tiempo para avisar a los policías de su súbito cambio de ruta. Claro está que ellos debían saber el inesperado viaje y acaso también el punto de destino. Pero mientras no pudiera establecer contacto con alguno estaba en la situación de un ciego.

Diez minutos más tardé salía del hotel, tras dejar recado de que regresaría al poco rato por si Daisy preguntaba. Nunca había estado en Estambul, y se proponía darse un paseo por sus calles. Una de dos, o llamaría a los de la Interpol o atraería a los de Tzaros. En cualquier caso, habría movimiento...

Avanzaba por Kürü Dagħ Cad cuando descubrió al hombre que estaba limpiándose los zapatos. Sin un titubeo, acercóse y asintió a la llamada del otro limpiabotas ocupando el sitio vacío junto a Thomkins, que apenas si le dirigió una mirada de soslayo, volviendo luego su atención a la calzada.

—Vaya, ha sido una suerte...

—Ninguna suerte. Sabía que vendría por este sitio. Hemos estado siguiéndole desde que salió del hotel.

—¡Hum! No se duermen...

—No podemos. Usted es una pieza muy importante para nosotros y no queremos que lo maten antes de tiempo.

Guillermo hizo una mueca. La conversación sosteníanla en voz muy baja, sin casi mover los labios, y hablando en español, idioma impuesto

por la primera respuesta del policía, que parecía dominarlo.

—Es una muy agradable convicción...

—No podemos torcer el rumbo de las cosas. Y nos era urgente advertirle de que Trebistch casi tiene la seguridad de que trabaja con nosotros. Tzaros también.

—Siguen las noticias agradables... ¿Qué debo hacer ahora? ¿Dejarme degollar en la primera esquina?

—No se ponga nervioso. Estamos haciendo cuanto nos es posible para protegerle. Pero tal como se han puesto las cosas, usted se ha convertido en el pivote alrededor del cual rueda toda la intriga. Por si no lo sabe, le diré que la Redford se ha puesto decididamente a su favor. Parece haberse enamorado de usted.

—¿Cómo lo saben?

—Tenemos nuestros propios espías en la organización. Uno sorprendió una conversación telefónica entre ella y alguien que debe ser Trebistch. No gran cosa, pero ella se negaba a considerarlo hombre nuestro, y pedía el tiempo para probarlo. Es una suerte para usted.

—Sí, creo que sí...

—Otra cosa. Tzaros no está en su yate. Sabemos que él y una mujer desembarcaron en Gallipoli anoche y llegaron a Estambul en automóvil. Si esa mujer es Suzanne Treville debe haberla calmado de algún modo, porque iba sonriente y de buen grado.

—Parece extraño... No que hayan hecho eso, sino que ella... Hay algo en todo esto que no concuerda en absoluto, Thomkins. ¿No me puede ayudar?

—Si se refiere al hecho de que ambas hermanas hayan estado obrando de un modo tan raro últimamente, estamos tan desconcertados como usted. El que Tzaros trate de matarle aumenta la confusión. A no ser que sea el viejo quien envió al hombre del estilete. Tenía una larga historia en los archivos italianos, pero se le consideraba hombre de Trebistch. Todo esto está endemoniadamente enredado, y nosotros vamos casi dando palos de ciego, no obstante haber descubierto tanto últimamente gracias a usted. Está sacando a luz un buen puñado de sorprendentes cosas... Bueno, ya está advertido. Regrese al hotel, y procure hacer de modo que se les vayan las sospechas. Tenemos la casi seguridad de que Trebistch está en Estambul o sus alrededores, pero esta es una ciudad donde no resulta nada fácil localizar a un hombre cuyo rostro actual desconocemos. La Redford se nos ha escurrido cuando la seguíamos, pero sabemos a dónde fue. Lo que ignoramos es el camino ulterior que habrá seguido desde allí al escondrijo de Trebistch. Ese hombre acabará por volvernos locos... Nadie tiene tanta intimidación con él como la Redford, lo sabemos ahora. Y, no obstante, la ha estado manteniendo lejos desde lo de Cayo Sal. Parece como si un sexto sentido le avisara...

Guillermo recordó el sexto sentido de la muchacha. Cambió el pie sobre el apoyo y preguntó.

—¿Cómo saben que él está aquí?

—Por varias razones de peso. La Redford necesita instrucciones más extensas que las que se le pueden dar en una simple nota o por teléfono, sin riesgo. Y quiere abogar por usted. Ha ido a verle. Por eso no le llevó, arriesgándose a que Tzaros lo mate o usted se comunique con nosotros. Ahora mismo hay un hombre sin perderle de vista. Le ha estado siguiendo desde que dejó el hotel. Allí enfrente, junto al quiosco de periódicos. Es claro que no sospecha de mí. También nosotros sabemos hacer las cosas. Tzaros ha desembarcado con la otra muchacha para dar la batalla, por otra parte, y está buscando su oportunidad ahora, pues debe conocer la presencia cercana de Trebistch. Es por eso que tiene que regresar al hotel inmediatamente. Si pasa algo no trate de llamar por teléfono. La mitad de los empleados trabajan para Trebistch y alguno para Tzaros también. Hay uno de los nuestros que le ayudará. Está en recepción y lo conocerá porque lleva en la solapa de la chaqueta una pequeña insignia triangular de fútbol y tiene una ligera cicatriz en la sien derecha. Conéctese con él para cualquier evento. Y se lo repito, no se fíe de nada. Estamos llegando al final del camino y cada nuevo paso aumenta los riesgos para usted.

Mientras terminaba su advertencia sacó dinero y pagó al limpiabotas, marchándose sin mirarle y perdiéndose pausadamente entre la multitud. Guillermo apenas si le siguió con la mirada unos segundos. El espía continuaba junto al quiosco, algo más arriba y enfrente...

Cinco minutos más tarde marchó él también. A los pocos pasos tomó un taxi y se hizo llevar al hotel. Su primera mirada fue para buscar al empleado de recepción. Lo descubrió en el acto. Era un hombre joven, magro, un típico rostro turco. Le saludó con una sonrisa y le envió una advertencia con los ojos...

—Buenas tardes. ¿Preguntó mi esposa por mí? El 707.

—No, señor. No ha regresado todavía. Tiene varios periódicos de la tarde en sus habitaciones. Le conviene hojearlos un poco.

Era suficiente. Había varios hombres en hotel vigilando sus pasos. Quién sabía si alguno tenía orden de matarlo...

—Seguro que lo haré. ¿Tienen algunas postales bonitas? Encontré una muy buena, pero quisiera algunas más.

—Procuraremos servírselas. Le avisaré luego, si lo desea.

—Sí, gracias.

Se marchó. Estaba sintiendo la nada grata sensación del lobo acorralado. Cualquiera de aquellos hombres o mujeres podía estar allí con la sola intención de asesinarlo. De cualquiera esquina de pasillo o puerta de habitación, podía llegarle una bala...

Tragó saliva. No le convenía ponerse nervioso. Habíase metido por

propia voluntad en aquel juego y tenía que seguirlo hasta su final, fuera el que fuese...

Llegó a su cuarto, metió la llave en la cerradura, abrió con toda clase de precauciones, llevando la pistola empuñada dentro del bolsillo de la chaqueta, introdujo la mano para dar la luz...

Y se quedó mirando fijamente al hombre sentado a un lado de la estancia. Un hombre que sonreía solo con los labios y le estaba apuntando con una «Luger».

CAPÍTULO XIV

Durante un momento reinó el silencio. Un silencio terriblemente opresivo, que rompió la fría voz del hombre sentado.

—Adentro, Ferrán; y cierre la puerta. No haga tonterías. Estoy solo y la pistola es pura protección contra sus posibles arrebatos.

Guillermo obedeció, mientras recobraba poco a poco la sangre fría. Y tras cerrar a su espalda la puerta y comprobar de una ojeada rápida que, al menos en aquella habitación, no había nadie excepto ellos dos, se escurrió rápido hasta un lugar desenfilado de las puertas de las dos alcobas, que estaban entreabiertas. Luego dijo seco:

—Bien, Tzaros. Confieso que ha sido una sorpresa. ¿Qué viene ahora? ¿Balas o charla?

—Charla, por el momento —Tzaros se guardó la pistola sin apresuramiento—. Tenga la bondad de sentarse. Tenemos tiempo todavía, puesto que nuestra querida Daisy se encuentra de visita en el escondrijo de su padre.

Guillermo ya iba a sentarse en otra butaca. Se detuvo a medio gesto, contrayendo las pupilas y apretando los labios, por entre los que salieron silbantes las palabras:

—¿Su padre...?

La fría sonrisa de Tzaros se hizo más ancha. Parecía divertido.

—Sí. Walter Trebistch. ¿Sorprendido? Creí que ya lo sabría, a estas alturas.

—No. Y sí que estoy sorprendido. Aunque esto explica muchas cosas... Bien, supongo que usted está aquí con un propósito concreto. Vaya soltando lo que sea.

—Le agrada ir al grano, ¿verdad?

—Siempre. Y más con usted.

—Ya. Bien, iremos al grano. Mi querido amigo, usted ha supuesto un gran estorbo en mis planes. El azar, o acaso una conducta premeditada, le hizo estar presente en Cayo Sal la otra tarde, cuando tuve que resolver un pequeño asunto de una manera drástica; y de esa manera se convirtió en la única persona, fuera de mis hombres de absoluta confianza, que conocía mi rostro actual. Eso era muy desagradable, pues tuve que hacer grandes dispendios y adoptar infinitas precauciones para mantener el incógnito. Pero en los primeros días nada pude hacer, porque ignoraba su presencia en Cayo Sal, primero, y luego se me adelantó el viejo, con la ayuda de su

hija mayor, mientras yo trataba de averiguar qué clase de pez era usted. Después, el azar siguió ayudándole, al ponerle a Suzanne en el camino, llevándole así a redescubrirme. Tuve que tomar mis medidas, pero me fallaron, y usted escapó. Para entonces yo ya sabía de usted muchas cosas, y decidí que era hora de sacarlo de en medio. Pero esa maldita Daisy se ha empeñado en ayudarle y también sus amigos de la Interpol han hecho lo suyo. Es usted un hombre muy hábil, y de una suerte sorprendente. Ahora ha llegado a una situación en que solo le quedan dos caminos: Unirse a mí, o morir.

Sus fríos ojos estaban fijos en Guillermo mientras, hablaba suavemente. Y Ferrán sintió en toda su intensidad la maldad que fluía de aquel hombre como un aura. Un supercriminal, eso era.

Respiró fuerte, poniendo todos los músculos en tensión.

—Vaya —dijo despacio—. De modo que se trata de eso...

—Sí. Usted puede hacer carrera a mí lado. Y puede morir esta misma noche. Tiene que decidir ahora mismo, en cinco minutos.

—Supongamos que no me parece interesante ninguna de esas dos soluciones que me apunta. También Daisy me ha ofrecido una buena plaza en la organización de Trebistch.

—El viejo y su organización están acabados. Otra cosa que usted ignora es que él se ha quedado ciego. Privado de sus hijas es hombre al agua, con toda su indudable energía y su inteligencia excepcional. Yo soy quien ahora tiene el poder, y estoy extendiéndolo cada vez más, como una gran mancha de aceite que pronto abarcará el mundo entero. Estoy ganando millones y ganaré cientos de millones antes de que hayan pasado tres años. Cientos de millones que repartiré generosamente con mis lugartenientes. Usted puede ser uno de ellos. He reunido su historial, y me agrada. El hecho de que haya podido salvarse dos veces de mis ataques lo prestigia. Sé que es inteligente. Demuéstrelo ahora aceptando mi oferta.

Guillermo estaba pensando a toda prisa. Más aprisa que en ninguna ocasión en los diez días últimos...

—Todo eso es muy halagüeño para mí, Tzaros —dijo despacio—. ¿Me permite un par de preguntas?

—Hágalas.

—¿Cuántos hombres están escondidos en las otras habitaciones de la «suite»? No me hará creer que ha venido solo a un hotel donde la mayor parte de los empleados son hombres de Trebistch.

—«Eran» hombres de Trebistch —Tzaros sacó una pitillera de platino, abriéndola y ofreciéndole cigarrillos. Guillermo aceptó uno sin perderle de vista y el superbandido cogió otro, siguiendo: —A estas alturas debe saber que yo corro muy aprisa. Durante un año he estado preparando mis planes, sin que Trebistch y Daisy supieran lo que hacía ni por dónde andaba. Cuando todo estuvo listo, ataqué. Y mis golpes han sido seguidos, duros y

eficaces. En tres semanas he desorganizado la organización del viejo, que siente temblar la tierra bajo sus pies y ya no sabe dónde detenerse para reorganizar sus fuerzas diezmadas, ni quiénes de los suyos son traidores.

—No ha contestado a mí pregunta.

—Hay dos, y otros diez en el piso. ¿Qué otra pregunta iba a hacerme?

Guillermo se mojó los labios nerviosamente. Doce asesinos, sin contar a Tzaros... Pero estaba demasiado lanzado para detenerse ya.

—Antes me ha llamado listo o poco menos. Creo serlo lo bastante para darme cuenta de que no estaría ahora aquí tan solo para convencerme de que debo unirme a su pandilla... Hay otra razón más importante. ¿Cuál es?

Tzaros se tomó quince segundos para contestar. Su sonrisa había desaparecido y encendió despacio el cigarrillo, antes de responder:

—Daisy. Seguro que ya ella le ha contado que me gusta y me rechazó. Tal vez no le haya dicho que hasta entonces yo era el lugarteniente principal del viejo. Pero ella le contó algo que lo hizo considerarme su enemigo. Tuve mucha suerte de poder escapar con vida, y eso es algo que no olvido. Quiero a Daisy en mis manos. A cambio, le devolveré a Suzanne. A usted le gusta. ¿Recuerda su llamada telefónica de París? Ella está muy bien, y será como un anticipo de sus ganancias.

Guillermo sintió arderle la sangre en las venas. Pero se contuvo, aunque con mucha dificultad, y respondió:

—¿Qué le hace imaginar que yo puedo entregarle a Daisy? Ella no se fía de mí...

—Ella le quiere. Me consta. Se ha enamorado de usted y está abogando con su padre para que le dé el puesto que yo tenía. Guando las mujeres se enamoran suelen cometer muchas tonterías...

—Gomo la que hizo Suzanne al enamorarse de usted, por ejemplo...

Tzaros frunció duramente las cejas y sus ojos se achicaron hasta parecer casi escondidos. Su voz sonó silbante como un trallazo.

—¿Qué es lo que ha dicho?

—Lo que ha oído. Me gusta hablar claro cuando es necesario, Tzaros. Y conmigo no valen subterfugios, ni me trago los cuentos, por bien urdidos que estén, por mucho tiempo. Suzanne me engañó lindamente, lo reconozco. Mas tan solo hasta que me puse a pensar en que resultaba demasiado ingenua y demasiado bonito el atentado del automóvil, y demasiado tonto todo aquel asunto, a fuerza de pulirlo hasta los más mínimos deta...

Se detuvo al ver el gesto de Tzaros, y llevó la diestra a su bolsillo, empuñando la pistola al tiempo que se incorporaba sobre sus músculos en tensión.

Su ataque cogió ligeramente desprevenido a Tzaros, que no pudo esquivar el violento golpe en la mandíbula más que a medias. Y cuando los dos hombres que salieron —armados con pistolas provistas de

silenciadores ultramodernos— rápidamente en respuesta al gesto de Tzaros, se pusieron en posición de dispararle ya estaba medio escudado con el aturrido supercriminal y empuñando su pistola, asimismo provista de silenciador. Sosteniendo a duras penas a Tzaros con una mano que le sujetaba el cuello, semiasfixiándole, disparó contra el que podía dispararle más a mansalva, alcanzando a meterle la bala en un hombro. El granuja maldijo en alemán, soltando su arma y llevándose la mano sana instintivamente al lugar de la herida, mientras el otro, tras ligera vacilación, le disparaba con miedo a herir a Tzaros, una bala que le rozó dolorosa sí que muy levemente la cadera.

Guillermo no podía permitirse el lujo de mantener la lucha mucho tiempo. Así, de un violento empujón envió a Tzaros contra el otro bandido aun ileso, evitando de tal modo que volviera a apretar el gatillo, dio un salto hacia la puerta y asió el pomo, girándolo mientras Tzaros, que tropezó contra la butaca, gritaba:

—¡Lo quiero vivo!

Abriendo la puerta y decidido a jugarse el todo por el todo, Guillermo saltó al pasillo cuando el herido en el brazo se disponía a impedirle la salida y el otro, separándose de su jefe, disparaba de nuevo una bala que se clavó en la madera y salió silbando al pasillo. Volvió a sonar la voz de Tzaros ordenando:

—¡Nada de pistolas! ¡Cuchillos!

Guillermo estaba ya con un pie en el pasillo. Giró a la izquierda, buscando, la protección del pasillo, vio la cara alarmada de un caballero obeso parado en medio del pasillo y tras ella la de una dama que asustada...

Vio también a los hombres que acudían por el extremo del mismo a toda prisa. Pero, aunque le vio igualmente, no pudo hacer gran cosa para evitar la agresión del que ya estaba junto a la puerta y empuñando una pistola de gran calibre. El caño del arma cayó con violencia contra su sien, haciéndole ver millones de estrellas y tambalearse dando traspiés. El que salía tras él aprovechó la ocasión para pegarle recio en el costado. Giró su propia mano armada, tratando de romperle la cara con la pistola, pero el otro lo esquivó. Y casi al instante tuvo encima a varios hombres, que le golpearon salvajemente. El dolor entumeció su cerebro, llenándolo de una niebla roja, mientras gritaba intentando una desesperada defensa. Luego, un muro de tinieblas pareció chocar contra él, envolviéndole en la inconsciencia total.

CAPÍTULO XV

Despertó a medias, sintiéndose trasladar rudamente por unas escaleras en manos de hombres que hablaban entre sí algo que en un principio resultóle ininteligible. Y antes de que pudiera entender sus palabras fue lanzado con violencia al suelo, un duro suelo de piedra donde el dolor lo terminó de despabilar.

Al abrir los ojos vióse tirado sobre grandes y pulidas losas en el centro de lo que parecía ser una especie de cripta de bóvedas bajas y gruesos muros y pilares, desnudos de todo revoque. Una bombilla eléctrica daba luz al lugar, y cuando una patada en el costado le hizo encogerse y mirar hacia arriba descubrió que con él estaban hasta tres hombres, aparte Istvan Tzaros y una mujer: Suzanne Treville.

Ella no parecía impresionada poco ni mucho por la escena. Vestía un elegante conjunto de tarde que resaltaba su figura escultural, y le aguantó la mirada con una sonrisa muy poco angelical. Istvan hizo una mueca, mientras sus fríos ojos rebrillaban de maligna satisfacción, y habló.

—Bueno, amigo; ya te despertaste y ahora va a comenzar el segundo y último acto de nuestra entrevista. Ultimo por lo que a ti respecta, es claro. ¡Levantadlo!

Seguro de la suerte que le esperaba, Ferrán trató de morir defendiéndose. Pero estaba debilitado por los golpes en la cabeza y los otros eran tres. No tardaron ni un minuto en dominarlo, y le mantuvieron sujeto, jadeante, de cara a Tzaros y Suzanne.

El primero tenía una fina y malvada sonrisa en los labios. Levantó la diestra y le cruzó la cara de dos violentas bofetadas, echándose atrás luego y diciendo:

—Ahí tienes a tu paladín de París, Suzanne. Un valiente y peligroso hombre, sí, señor. Figúrate que creyó que podría derrotarnos al mismo tiempo a tu padre y a mí, sin más ayuda que su buena suerte y la que le pudieran prestar esos idiotas de la Interpol. Ahora muy pronto va a dejar de ser valiente y peligroso. ¿No quieres decirle nada? Te salvó la vida en París y luego te dio un beso muy romántico...

La mujer hizo una mueca y se encogió de hombros. No, no tenía ahora ninguna apariencia angelical...

—Por mí puedes matarle cuando gustes, querido —dijo con displicencia—. En realidad, no sé cómo te has tomado el trabajo de traerlo aquí. Ha sido una imprudencia, porque ni mi padre ni mi hermana están tan

vencidos como como supones, y pueden darnos un grave disgusto si nos descuidamos.

—Yo nunca me descuido, te consta. Y necesitaba terminar mi conversación con tu enamorado paladín. Tiene que saber que he estado jugando con él desde Nueva York hasta aquí, como juega el gato con el estúpido ratón que ha tratado de ganarle en astucia. Con él, y también con tu hermana, que ha cometido la tontería de enamorarse de nuestro valiente amigo. Los dos, y la policía, han venido paso a paso por el camino que yo les he trazado. Y al fin hemos llegado todos al final de su camino.

—Eres un fanfarrón, Tzaros —Guillermo habló desafiante por entre sus labios tumefactos—. Un maldito y embustero fanfarrón. ¿Por qué no le dices a tu amante la verdad?

—¡Tú a callar!

—Espera, Istvan. ¿Qué verdad?

—Por ejemplo, que ha sido él quien se ha visto forzado a cambiar de planes muchas veces y sobre la marcha, por culpa mía. Que trató de matar a Clancey en Nueva York y le falló, y Clancey contó a la policía cómo él le había visitado y tratado de conseguir que traicionara a tu padre, con lo cual tuvo que escapar de los Estados a toda prisa. Que cuando el azar me llevó a seguirte cuando ibas a recoger aquel mensaje, no de competencias de modistos, como quisiste hacerme creer y creí al principio, sino de manos de uno de los que te creían fiel a tu padre para ir a entregárselo a tu amante, él ignoraba en realidad por dónde iba yo y se llevó una buena sorpresa al verme contigo a la puerta del negocio —tapadera de su cómplice, otro traidor a tu padre. Que cuando trató de matarnos a los dos, a los dos, no se te olvide, y le falló el golpe por mí vigilancia y rapidez, se asustó mucho temiendo que tú soltaras la lengua, y por eso se te llevó inmediatamente, fingiendo un raptó estúpido. Que le falló también el intento de asesinato en Nápoles, y que ahora mismo ignora hasta qué punto yo estoy en contacto con la Interpol, y ni siquiera sabe a ciencia cierta si lo estoy. Tu amante anda a ciegas porque no es el supercriminal que se imagina ser y tú le crees. Puede que me mate ahora, pero eso no cuenta en el momento final de la partida que tiene empeñada con tu padre y hermana de una parte y con la Interpol de otra. Está atrapado en Estambul, tan atrapado como yo mismo aquí. Tanto el yate como los aeropuertos, estaciones y carreteras se hallan bajo vigilancia permanente, y cientos de hombres, no todos gente sobornable ni granujas, tienen a estas horas su cara, copiada del dibujo que de ella he hecho a tu hermana y otro que hice para unos amigos. No va a poder encontrar un nuevo especialista en cirugía facial, Suzanne. Si no me cree, que intente salir de Estambul y lo comprobará.

Le habían dejado hablar. La sonrisa de Istvan se había borrado y sus ojos estaban empequeñecidos mirándole con diabólica dureza. En cuanto a

Suzanne, se había puesto nerviosa. Le preguntó:

—¿Es cierto lo que él dice, Istvan?

—Tú sabes que no —la voz de Tzaros era delgada como el filo de una navaja de afeitar—. El sí es un fanfarrón, y trata de asustarte porque conoce bien a las mujeres. Pero no sabe nada de nada. No sabe siquiera que tú eres mi mujer.

Era en verdad una noticia, que explicaba muchas cosas... Guillermo inició:

—Valiente mentí...

La diestra de Tzaros se volvió a alzar y le golpeó en la boca con dureza, echándole la cabeza atrás. Forcejeó, furioso y con sangre delante de los ojos, pero lo redujeron fácilmente a la impotencia mientras Tzaros le pegaba con sadismo una y otra vez hasta dejarle semiinconsciente. Cuando se cansó de pegar detúvose para respirar y le habló de modo entrecortado.

—Eres el primer hombre que me ha pegado en mucho tiempo, Ferrán, y eso lo vas a pagar con la vida. Pero no te daré una muerte rápida, sino una de lenta, muy lenta... a mí gusto. Estás en los sótanos de un viejo edificio que en tiempos fue depósito de esclavos. Y yo voy a divertirme haciendo eso contigo. La única verdad que dijiste es que me has causado muchas molestias. Yo no permito que nadie me estorbe el camino. ¡Atadlo a esas argollas!

—¿Qué vas a hacer con él, Istvan?

—Lo vas a ver ahora. No creo que te asuste contemplar cómo le saco la piel a latigazos. Adelante, vosotros.

A pesar de sus forcejeos, le fue imposible a Guillermo evitar que le llevaran junto a una de las paredes, pasándole las muñecas por viejas y mohosas, pero eficaces, argollas de hierro. Quedó apenas sostenido por las piernas debilitadas, jadeando, tratando de mantener desesperadamente la lucidez, para pensar algo, por más que no veía posibilidades de escapar a su destino...

Le habían arrebatado la chaqueta durante su inconsciencia. Oyó chasquear el látigo y relajó todos los músculos instintivamente, para sentir menos dolor. Aun así, fue cómo si una tira de luego le cortara el tórax al enroscárselo. Apretó los dientes para contener los deseos de gritar. Y entonces le vino la idea.

Aguantó otros cinco latigazos, retorciéndose como en una hoguera, antes de llevarla a efecto. Al recibir el sexto se dejó caer, colgado tan solo de las muñecas. Fue un tirón doloroso, pero soportable, en comparación con los latigazos. Uno de los granujas dijo:

—Me parece que se ha desmayado.

—Le volveré en sí a latigazos... ¡Apártate!

—Si desea divertirse con él no se lo aconsejo. Lo matará sin que note el dolor.

Aquella advertencia debió hacer mella en el ánimo de Tzaros, porque no hubo más latigazos. En vez de ello sonó la voz de Suzanne.

—Me revuelve el estómago esta carnicería, Istvan. Si quieres matarle, mátales de una vez.

—¿No será que te sientes inclinada hacia él?

—¡No digas tonterías! Te consta que te quiero a ti. Ojalá que yo estuviera tan segura de tu amor como tú lo estás del mío... Pero no encuentro ningún placer en ver cómo lo desuellas a latigazos. En vez de eso, sería mucho más conveniente, me parece, que vieras de averiguar lo que pueda haber de cierto en sus afirmaciones. Al fin y a la postre, no tenemos la certeza de que sea un agente de la Interpol, pero si mi hermana está enamorada de él, Daisy no va a dejar las cosas así. Y le sobran aún medios para hacernos pasar muy malos tragos, aunque mi padre ya no cuenta.

—Está bien, puede que lleves razón. Pero ese es de la Interpol. ¿Cómo, si no, se encontraba en Cayo Sal aquella tarde? Lo he sospechado desde que supe su presencia allí.

—De acuerdo. Tanta más razón para que no te dejes dominar por el deseo de venganza. Hay que conservar...

Se detuvo, cuando un hombre entró allí y se les acercó, interpe­lándoles.

—Jefe, acaban de avisar desde el hotel. Ella ha llegado, ha sabido lo ocurrido y está reuniendo hombres a toda prisa.

—Va a atacarnos, ya te lo advertí...

—¿Cómo? Ignora donde estamos... Desatad a ese y echadle sal en las heridas, para que baile un rato. Vámonos.

Salieron de allí, quedando dos hombres para desatar a Guillermo. Este no había perdido palabra de la conversación y volvía a recuperar la esperanza. Si Daisy decidía atacar a Tzaros quedaba una probabilidad...

Le dejaron en el suelo. Y oyó la voz del tipo que advirtiera a Tzaros acerca de la inoportunidad de seguir azotándole.

—Mira, Janos, sube tú a buscar la sal mientras yo me quedo con él.

—¿Y si despierta?

—¿Después de la paliza recibida? No seas ingenuo. Además, no vas a tardar tanto.

El otro no puso más objeciones y se oyeron sus pasos pesados subiendo la escalera. Guillermo estaba boca abajo, sobre su propia sangre. Abrió un ojo lo bastante para ver las espaldas de su guardián. Era un tipo fornido, más bien bajo. No le miraba y parecía aburrido. Sacó un arrugado paquete de cigarrillos y se dispuso a encender uno. Luego dio dos paseos por el estrecho recinto...

Guillermo estaba reuniendo sus bien escasas energías. Ahora se le presentaba una oportunidad. Una excelente oportunidad. Tenía que aprovecharla inmediatamente...

Los pasos del granuja se acercaron. Se detuvieron junto a él y el hombre se agachó a examinarlo. Oyóse su voz.

—Despertar... Como no lo haga cuando lo reguemos con sal...

Se incorporó, giró sobre sus pies, dio un paso...

Tenía levantando el pie para dar el segundo cuando Guillermo entró en acción. Sus dos manos se estiraron, atrapando el tobillo izquierdo del otro y tironearon con toda la fuerza que le era posible. Perdiendo el equilibrio, y cogida por sorpresa, el granuja juró, manoteó desesperadamente el aire tratando de evitar la caída, y dio al fin con su cuerpo en tierra, casi de espaldas. Ya tocando el suelo revolvióse, mascullando juramentos...

Pero Guillermo no estaba para dilaciones. Había un pedazo de hierro, rojo de orín, arrimado a la pared. Pesaría unos dos kilos, aunque al tomarlo y levantarlo le pareció que pesaba diez. Y antes de que el bandido pudiera hacer nada para evitarlo, le hundió con él el cráneo, pegándole con toda la fuerza que pudo.

El granuja emitió un gruñido y se estirajó, dejando de moverse instantáneamente. Guillermo se incorporó jadeante sobre sus rodillas, y le tanteó el cuerpo, buscándole armas. Encontró una pistola, y tras comprobar que estaba cargada, se levantó, apoyándose en la pared. Tenía la cara tumefacta a consecuencia de los golpes, jirones de la camisa empapados en sangre se le pegaban al cuerpo y todo este le dolía de un modo atroz. Más el mismo dolor contribuía a mantenerle lúcida la mente...

Le sacó dificultosamente la chaqueta al muerto y se la puso con no poco trabajo. No había allí nada para beber, aunque tenía una sed insoportable. Limpióse la sangre de los labios destrozados y esperó...

Esperó al hombre que tenía que bajar con la sal. Y al cabo de unos tres minutos pudo oír abrirse una puerta y luego el ruido de sus pasos bajando la escalera. Para entonces ya había Guillermo afianzado un poco el pulso...

El otro granuja traía un paquete de sal en la diestra y venía silbando entre dientes. Se detuvo en seco, dilatando los ojos, al ver tendido en tierra e inmóvil a su compinche, giró desesperadamente la mirada en busca de Guillermo y trató, soltando el saco de la sal, de sacar su propia pistola...

Fríamente, a dos metros y medio de distancia, Guillermo le metió una bala en pleno corazón.

La detonación repercutió en las paredes de la cripta con violentos ecos. El granuja rodó al suelo sin lanzar un grito, quedando boca abajo. Acercándosele, Guillermo le quitó la pistola y encaminóse escaleras arriba empuñando ambas armas, decidido a matar...

Tuvo que subir unos veinte escalones antes de dar con una recia y vieja puerta que tenía la llave por dentro. Abriéndola, salió a un corredor sombrío y húmedo, al fondo del cual se veía una ligera claridad. Había puertas cerradas a ambos lados...

Cuando llegó a la esquina del pasillo descubrió que la claridad provenía

de una habitación al fondo, a unos diez metros de distancia. Oíase hablar a un hombre y por lo visto allí no había llegado el ruido de la detonación. Acercóse con toda clase de precauciones y pudo escuchar el final de lo que parecía ser una conversación telefónica.

—... Sí... Desde luego... Sí... Bien, jefe, se hará como usted dice. Sí... sí...

—¿Qué sucede?

—Parece ser que el jefe ha conseguido engañar a la hija mayor de Trebistch. Ella ha ido hacia el «Skanska» en la creencia de que hemos llevado a ese americano allí. Dice el jefe que bajemos y lo rematemos, pues ya ha dejado de serle útil.

—Bueno... Desde luego, si consigue atrapar a la muchacha, el viejo tendrá que rendirse sin condiciones. El jefe es algo grande... ¿Vamos?

—Vamos.

Había dos hombres allí dentro. Guillermo oyó sus movimientos al levantarse de las sillas y venir hacia la puerta. Se paró a dos metros de la misma, firme sobre sus piernas, empuñando ambas pistolas. Cuando ellos abrieron, confiados, la luz dio de lleno en la cara ensangrentada y casi irreconocible del hombre que imaginaban sin sentido abajo, en el sótano, bajo la custodia de sus compañeros.

El asombro les paralizó. Y antes de que pudieran reaccionar lo bastante para intentar defenderse, la muerte les alcanzó, porque el hombre que tenían delante no estaba en condiciones de andarse con distingos ni demoras.

Saltando por sobre sus cuerpos, que casi impedían la entrada en la habitación, Guillermo penetró en la misma y la recorrió en rápida ojeada.

No había nadie allí. Pero sí un montón de cosas interesantes. La más interesante de todas, un magnífico receptor-transmisor, de fabricación alemana, junto al cual se encontraba un teléfono.

Rápidamente se acercó al teléfono, tomándolo y marcando un número. Esperó roído de impaciencia hasta que le dieron comunicación y escuchó la voz inquiriendo al otro lado:

—¿Ismet Kandaros? Anjá... Soy el 70... Sí, vivo. Necesito comunicarme inmediatamente con nuestro amigo... Sí, inmediatamente...



Descerrajó una bala...

Esperó quince segundos. Luego le llegó la voz de Thomkins desde el otro extremo del hilo.

—¿Ferrán? ¡Gracias a Dios! ¿Dónde y cómo está? Estamos cribando Estambul en su busca, pero sin esperanzas de encontrarlo vivó...

—Pues lo estoy, aunque no sé dónde. Escuche. Acabo de matar a cuatro miembros del «gang» de Tzaros. Sí, y estoy empapado en mi propia sangre; pero me queda mucha vida en el cuerpo. Le hablo desde un sitio cuya ubicación desconozco. Hay aquí un modernísimo receptor-transmisor, y otras muchas cosas de interés. Pero lo interesante es que Tzaros parece estar a punto, si ya no lo ha conseguido, de atrapar a Daisy Redford. Y si la coge tendrá toda la organización de Trebistch en sus manos y habremos trabajado para nada. El propio Trebistch parece estar ciego en la actualidad, y sin su hija, porque la Redford es su hija, está listo. Tzaros me lo ha dicho aun no hace media hora, antes de marcarme el cuerpo a latigazos. Tenía consigo a Suzanne Treville, la otra hija de Trebistch. Por eso le digo que si atrapa a Daisy se habrá salido con la suya. Y en la actualidad es mucho más peligroso que Trebistch... ¿Qué? Sí, ya sé que pueden localizar esto por teléfono. Les voy a esperar, porque no sé si mis piernas me llevarían solas muy lejos. Pero no tarden. Y, mientras, localicen a algo que se llama «Skanska» y debe ser un barco. Es la trampa para la hija mayor de Trebistch, conmigo de cebo.

Dejó el teléfono en su sitio y se dispuso a esperar. Una espera peligrosa, pero no podía hacer más, ya que sus energías estaban agotándose.

Pasaron cinco minutos. Diez... Y entonces volvió a sonar el teléfono.

Dudó unos instantes entre cogerlo o no, pero al final se decidió por lo primero. Y antes de que pudiera decir nada escuchó la voz autoritaria e irritada de Tzaros al otro lado del hilo.

—¿Qué estabais haciendo? ¿Habéis acabado ya con Ferrán?

Había que contestar. Guillermo enronqueció la voz, tratando de imitar la del hombre que hablara por teléfono minutos antes.

—Sí, jefe. Ha sí...

Le cortó una violenta exclamación al otro lado. Luego la voz de Tzaros, con un timbre de incredulidad, volvió a sonar.

—¡Maldito sea, Ferrán! ¿Cómo lo ha conseguido?

Solo había un camino a seguir. Rio insultante, antes de decirle.

—Fue muy fácil, superhombre. Sus esbirros eran gente de poca valía. Ahora están muertos y yo estoy examinando todo el interesante contenido de esta habitación. No tardaré más de un minuto en ponerme en contacto con mis amigos, y entonces se habrá acabado nuestra partida, Tzaros. Tendré mucho gusto en ayudar a que le pongan la soga al cuello, y también a su mujer. ¿Me está escuchando?

Tzaros callaba. Pero ahora habló, con una mezcla de rabia contenida,

admiración y odio.

—Le escucho, sí. Pero está cantando victoria muy aprisa. No ha conseguido mucho con lo de ahora, aunque reconozco que bastante. En cuanto a nuestra partida, no va a terminar ahora, como dice. Solo se va a aplazar. Me marchó por una temporada, Ferrán, y me llevo a su buena amiga, que, entre paréntesis, ha perdido mucha de su antigua agudeza a causa de su enamoramiento. Una pena, porque no volverá a verla nunca más. Ale las reservo a las dos para mí, como parte del botín de guerra. En cuanto a usted, volveré a darle caza, y nada ni nadie le salvará de su destino. Hasta la vista, Ferrán, le felicito por su buena suerte.

Iba Guillermo a contestarle cuando oyó el «clic» del aparato. Y casi al instante llegó a sus oídos el ruido que hacían varios coches deteniéndose en la calle. Salió del cuarto rápidamente, porque los recién llegados podían ser amigos y podían no serlo, y se encaminó por el sombrío pasillo hasta llegar a una gran habitación casi desamueblada. Oyó allí retumbar disparos y al poco rato voces llamándole a la derecha.

Un minuto más tarde se reunía con Thomkins, al que acompañaban el inspector Jacquelin y algunos otros, varios con uniforme de la policía turca. Los recién llegados se le quedaron mirando asombrados y dijo Jacquelin:

—¡Santo Dios, cómo lo han puesto! ¿Tiene heridas graves?

—No. Solo golpes, magullamientos y latigazos. ¿Qué sitio es este? ¿Encontraron el barco «Skanska»?

Thomkins le contestó:

—Esto es un antiguo edificio que hasta hace un siglo se dedicaba a depósito de esclavos. Desde hace mucho tiempo permanecía sin destino fijo, pero hace un año o así fue adquirido por cierto industrial, según dijo para dedicarlo a almacenes. Por lo visto era el cuartel general de Tzaros en toda esta zona. No hemos entrado aún en el «Skanska», que es un barco sueco de carga anclado en el Cuerno de Oro a cierta distancia del yate de Tzaros. Por cierto que el yate ha pedido permiso para salir del puerto y le ha sido denegado, por sospechar que usted fuera a bordo.

—Yo no, pero Daisy Trebistch y su hermana sí que deben ir a estas horas. Es preciso detener al yate inmediatamente, si quieren ustedes liquidar de una vez este asunto.

Thomkins y Jacquelin miraron al oficial de policía turco que les acompañaba. Y el hombre asintió.

—Podemos detenerlo muy pronto. Vamos, y daré la orden desde aquí mismo, por teléfono.

Pero cuando, una hora más tarde, policías y soldados turcos subieron a bordo del yate de Tzaros a la entrada del mar de Mármara, no encontraron ni rastro de las tres personas que buscaban, por más que registraron la embarcación de arriba abajo. Tanto el capitán como los restantes

tripulantes cerráronse en un mutismo desolador, a pesar de todas las amenazas y ofertas que se les hicieron. Los policías habían descubierto que Daisy entró con varios de sus hombres —cinco exactamente— en el «Skanska», buscando a Ferrán, mientras otros quince o veinte permanecían vigilando el barco, y había salido de él más tarde, al parecer sin encontrarle; pero nada más de su paradero, salvo la desconcertante noticia de que había despedido a sus hombres y regresado al hotel, donde se había esfumado. ¿Estaba en poder de Tzaros, como habíase este jactado, o fue a pedir consejo a su padre?

Era ya después de media noche cuando supieron la verdad.

Uno de los oficiales, «ablandado» por la mezcla de amenazas y promesas, soltó la lengua al fin, tras pedir seguridades de que no se revelaría su nombre y sería protegido por la policía.

—Yo estaba de guardia en el puente cuando la subieron. Vino dentro de una caja de embalaje, como si fuera mercancía. El capitán estaba nervioso y mandó que la llevaran inmediatamente a su camarote. La subieron a bordo cuando salíamos del Cuerno de Oro, desde una barcaza. Luego que nos vimos en medio del estrecho nos abordó una chalupa y subió a bordo el jefe, hablando con el capitán. Enseguida trajeron a cubierta a la mujer y venía amarrada y amordazada. La bajaron a la chalupa y el jefe bajó también. La chalupa se dirigió derecha a un barco que estaba parado hacia la costa de Pera. Por casualidad vi el nombre del barco en la chalupa, pues fui de los que ayudaron a bajar a la mujer. Se llama «Drayna».

Una llamada a la comandancia del puerto de Estambul confirmó las afirmaciones del hombre. El «Drayna», un barco de cuatro mil toneladas que se dedicaba al cabotaje en el Egeo y el Negro, había pasado aquella noche por Estambul rumbo al Norte. Y a aquella hora debía estar acercándose a la salida del Bósforo...

CAPÍTULO XVI

Daisy estaba reflexionando amargamente acerca de su imprudencia y mala fortuna. No solo había sido derrotada y capturada por un hombre de quien solo podía esperar lo peor, sino que aquel a quién había tratado desesperadamente de salvar, porque se había enamorado de él, estaba muerto ahora, con toda probabilidad. Y su padre, el hombre que había sido su ídolo desde que tuvo uso de razón, estaba ciego y solo, a merced de su enemigo, que podía obligarle a humillarse, y podía matarlo...

Y no era aquello lo peor. Lo peor era que su propia hermana, la que había tenido todo su cariño, era la máxima culpable de sus males presentes y de todo su dolor. Suzanne, la mimada, la siempre protegida, se había revelado malvada, traidora a su propia sangre. Y aquello le dolía tanto como la muerte de Guillermo Ferrán...

Había tratado inútilmente de convencer a su padre para que recibiera a Guillermo en su refugio secreto y le diera la dirección de sus asuntos, de la lucha a muerte con Istvan. El viejo no se fiaba de Ferrán. Estaba convencido de que trabajaba con la Interpol. Y ella, que no quería creérselo, había ido locamente, ciegamente, a salvarlo cuando, de regreso al hotel, supo que había sido capturado por Tzaros en un golpe de mano audaz.

Porque se habían llevado a Guillermo de allí en cinco minutos, haciendo creer a la gente que se trataba de un peligroso criminal y ellos eran agentes de policía. Cuando ella llegó al hotel, la verdadera policía estaba haciendo investigaciones para esclarecer lo sucedido. Su sexto sentido, y uno de sus hombres, le avisaron el peligro. Pero no prestó oídos a la voz de su razón, sino a la de su corazón. Reunió cuantos hombres pudo y marchó dispuesta a asaltar a tiros el yate de su enemigo. Cuando le llegó la información de que Guillermo había sido llevado al «Skanska» no se paró a analizarla. Voló allí, y entró en el barco a punta de pistola, decidida a sacarlo a tiros, si preciso fuera.

Y cayó como una novata en la trampa. Cuando, pistola en mano, entró en aquel camarote para registrarlo y le dieron el golpe en la nuca con una porra de goma, no tuvo tiempo de gritar siquiera. Había recobrado el conocimiento a bordo del yate de Tzaros, bien amarrada. Y el capitán, le advirtió que estaba autorizado para golpearla si intentaba causar disturbios. Luego, amarrada y amordazada, la habían sacado a cubierta, y pudo ver a Tzaros, sonriente y eufórico. Como un fardo fue trasladada a

este barco de carga, donde esperaba su hermana gemela, la traidora, para gozarse de su derrota y su prisión, derrota y prisión a las que había contribuido en mayor grado que nadie. Ella era quien, saliendo al encuentro de sus hombres vestida con las prendas que le habían quitado rápidamente tras golpearla, los engañó, ayudada por la luz artificial, y se los llevó fuera del barco...

Se abrió la puerta y apareció Istvan Tzaros, sonriente, en su marco.

—¿Qué, cómo te encuentras? —la saludó irónico.

Ella le contestó con un silencio despectivo, que no le hizo mella a él, pues prosiguió en igual tono:

—¿No quieres salir a estirar las piernas en cubierta? Hace un tiempo espléndido y el amanecer se presenta magnífico...

—¿Qué vas a hacer conmigo?

—De momento guardarte como rehén. Hasta que me digas dónde se esconde ahora tu padre, o yo lo descubra por mis propios medios. Después... Bueno, tenemos mucho tiempo para hablar de eso.

Alargó las manos y la cogió por los hombros. Había en sus ojos una luz maligna y a la vez ansiosa.

—Estoy enamorado de ti, Daisy. Desde que tenías dieciocho años. Lo sabes. He tratado de conquistarte por las buenas muchas veces, te hice la corte y el amor... Si me hubieras hecho caso, ahora seríamos un matrimonio feliz y tendríamos el mundo en nuestras manos. Todavía estás a tiempo. No soy rencoroso en lo que a ti respecta...

Ella se sacudió sus manos de los hombros con un gesto de tigresa, replicándole:

—¡Quita de ahí! Hace dos años te dije que no me gustaban los traidores, y menos los que traicionan a mí padre... Tú lo hiciste entonces, y no solo eso, sino que has conseguido que mi propia hermana le traicionara, convirtiéndose en tu cómplice y amante...

—Amante no, Daisy. Esposa. Es algo que te debía haber dicho ya Istvan.

Ni él ni ella habían oído llegar a Suzanne. Él la había dejado dormida «profundamente» en su camarote privado. Por eso giró rápido, con una hosca maldición. Pero no terminó su movimiento, cortado por una orden seca.

—¡No te muevas, Istvan! Esta pistola está cargada y se puede disparar fácilmente.

Ciertamente empuñaba una pistola, y su expresión era la de quien más ansia disparar que no hacerlo. Istvan entrecerró los ojos, y sus labios se convirtieron en una delgada línea cárdena. Daisy se irguió, respirando fuerte. Suzanne siguió ordenando:

—Entra más adentro, Istvan, pero manteniendo las manos a mí vista. Y tú no te muevas, Daisy.

—¿Te has vuelto loca? —gruñó Tzaros, aunque Obedeciendo. Tenía todo el aspecto del lobo acosado que busca un modo de atacar—. ¿A qué viene esta escena? ¡Aparta esa pistola!

—No lo esperes —Suzanne tenía una fría mirada en la que había chispas de celos—. Tú siempre te has creído un superhombre, Istvan. Eres implacable, no tienes piedad de nadie, ni conoces tampoco esa debilidad que se llama amor. Precisamente nos desprecias a nosotras dos por sentirlo. Tu gran inteligencia te coloca muy por encima de las gentes comunes... Y esa es tu falla, tu debilidad. Eres un fanfarrón, tal como dijo Ferrán muy adecuadamente. Hasta hoy todas tus cuentas te han salido muy bien, porque el demonio era tu aliado. Cuando mi hermana te denunció a nuestro padre, yo, que me había enamorado de ti, te salvé la vida avisándote a tiempo para que escapases. Yo, que te conozco muy bien, mucho mejor de lo que crees, pero que era débil ante ti por mí amor. Te diste cuenta de mi debilidad y la has explotado a fondo. Pero también, al igual que mi padre y Daisy, me creíste mucho más tonta de lo que soy. Os he engañado a todos, uno a uno. A vosotros, tan astutos, inteligentes y hábiles... Ni papá ni tú, Daisy, pudisteis nunca sospechar cuanto odio se albergaba hacia vosotros en mi pecho. Os he odiado por todos vuestros cuidados, por cada una de las muestras de protección que me brindabais, por toda la sensación de impotencia que con ellas insuflabais en mi espíritu. Pero nunca os lo dije ni permití que lo supierais...

—¡Suzanne!

—Sí, Suzanne, la hermanita menor, la apocada, la estúpida, que comulgaba con ruedas de molino y resultaba tan fácil de dominar y manejar como un corderillo... Tú habías heredado la energía y la audacia, la inteligencia también, de nuestro padre. Y él estaba muy orgulloso de ti, te llamaba su mano derecha, te mimaba, no ocultaba la satisfacción que le producían tus progresos y éxitos...

—Estás loca, Suzanne. Papá nos ha querido siempre por igual a las dos...

—¡Mentira! Y no quiero mentiras. Nunca me habéis engañado ni tú ni él. Vosotros sí os engañasteis conmigo, como Istvan, Porque yo soy tan inteligente como tú, tan audaz como tú, y tengo el temple que tú tienes. Tengo también algo que nunca tuviste, y es un total desprecio por la Ley, la vida humana, la lealtad y todas esas cosas que para ti han sido por lo menos dignas de consideración. ¡Tú eres la débil, no yo! Y si tu padre lo hubiera visto a tiempo, mucho mejor le iría ahora. Yo, y no tú, soy como él en todo, incluso en la capacidad de mentir, esa que tú nunca tuviste. Le engañó a él incluso... —rio secamente, prosiguiendo—: Yo ayudé a Istvan, porque le amaba, por odio a ti y por odio a nuestro padre. Pero lo até a mí con un contrato de matrimonio. Es mi marido desde hace año y medio. Ha creído siempre que me manejaba a su albedrío, pero se engañó a pesar de

su gran inteligencia, tan fría y despiadada... Te engañaste, Istvan, y te va a costar caro. ¿Crees que yo ignoraba tu amor a mí hermana? Lo supe siempre, incluso el día en que te salvé de mi padre. Sabía que en cuanto te fuera posible ibas a tratar de llevártela, y que si ella accedía de buen grado, o lograbas dominarla y tenerla a la fuerza por cualquier medio, yo podía darme por muerta. Tú eres así... Por eso no he perdido de vista tus pasos jamás. Cuando en París el azar me hizo conocer lo que había pasado en Cayo Sal, llamé a Daisy y ella me contó cuanto sabía o sospechaba. Me di cuenta de que sospechaba de mí, aunque muy ligeramente. Y también de que tú estabas en vías de apartarme a un lado. Por eso averigüé el paradero de Ferrán y me las arreglé de manera que tropezase conmigo. No fue casualidad, como los dos habéis creído... Lo llevé a la puerta del negocio de X... deliberadamente, para que te viera. Tú ibas con esa imbécil engreída de Julie, la amante de X... y no me costó nada hacer que Ferrán creyera mi cuento.

Sé poner una cara muy angelical y dar convicción a mis palabras... A ti te engañé, haciéndote creer que todo había sido una peligrosa coincidencia. Pero cuando nos hiciste aquella jugada en la rue de Mondovi supe que te habría alegrado saber que tu hombre nos había aplastado a ambos. Por eso me llevé a Ferrán a la casa donde Daisy me había citado, la casa donde ambas nos veíamos en secreto muchas veces. Y ella cayó en mi trampa y salió detrás de Ferrán, celosa ya del beso que le permití me diera. Y entonces te llamé y te conté una linda historia, para que vinieras y simularas el rapto. Tú, y tú, no hicisteis más que bailar a mí son. ¿Qué, os gusta?

Tanto Istvan como Daisy le dieron la callada por respuesta. Y ella siguió, eufórica y a la vez ominosa.

—No, no os gusta. Y estáis pensando, tú sobre todo, Istvan, el mejor modo de acabar conmigo. Voy a quitaros las ilusiones. Te dejé que acabaras con Ferrán porque es un esbirro de la Interpol, al menos desde París, y se había hecho muy peligroso, y con su muerte causaba un daño a Daisy. Te he dejado mover los hilos a tu antojo, manteniéndome en la sombra. Mas ahora ha llegado mi oportunidad y la aprovecho. Vas a morir, Istvan. Aquí, en este camarote, delante de los ojos de mi hermana. Ha llegado tu hora y no te puede salvar nadie, porque hace mucho tiempo que mi amor a ti se ha trocado en odio, y porque eres un estorbo para mis planes. ¡No te muevas o...!

Tzaros había escuchado, había comprendido, y su fértil cerebro no hallaba una escapatoria a aquel tremendo e inesperado peligro. Por ello se lanzó a una acción desesperada.

Tenía la mano derecha junto al lavabo. La apoyó allí, como al desgairé, y, de repente, se dejó caer hacia atrás, levantando la pierna derecha en un golpe terrible y alevoso contra el vientre de su mujer. Era una treta casi

suicida, pero de muchas probabilidades.

No le falló del todo, pero le falló. Su pie pegó con terrible violencia, no en pleno vientre de Suzanne, sino en su ingle izquierda cuando ella se hizo atrás y a un lado en el estrecho camarote, apretando el gatillo. La mujer gimíó al golpe y se cayó de espaldas contra la cerrada puerta; pero su disparo había alcanzado a Tzaros, hiriéndole el tórax en diagonal desde el plexo solar hasta el hombro derecho; una herida superficial, pero muy dolorosa, y que derribó al hombre contra la cama, barbotando amenazas.

Quiso, y lo logró, extraer no obstante su pistola. No tuvo tiempo de disparar antes de que lo hiciera su mujer de nuevo. Ahora la bala le dio en la garganta, atravesándosela y echándole la cabeza atrás. Daisy se había pegado a la pared, blanca como el papel, y ya iba a intervenir cuando marido y mujer dispararon al mismo tiempo.

En el pequeño recinto del camarote, separados por metro y medio escaso, no podían perderse las balas. Tzaros, ya malherido, recibió una entre la boca y la nariz, que lo remató. Suzanne, otra que le atravesó el costado izquierdo, demasiado baja para ser mortal, pero suficiente para hacerla tambalearse y gemir, momento que aprovechó Daisy para alargar la mano y atraparle la muñeca armada.

Ambas hermanas forcejearon fieramente en la estrechura. Pero Daisy estaba indemne. Arrebató a Suzanne la pistola y la derribó sobre el cadáver de Tzaros de un empuellón, abriendo la puerta del camarote y saliendo al pasillo para darse de manos a boca con los hombres que acudían a toda prisa y que se detuvieron al verla, indecisos.

Tampoco ella sabía qué partido tomar. Se decidió en una inspiración.

—¡Tzaros está muerto y mi hermana malherida! —gritóles—. ¡Dejadme paso hasta el capitán!

Los hombres se miraron, titubeantes. Y entonces salió del camarote Suzanne, tambaleándose y empuñando la pistola de su marido. Daisy no le dejó disparar, atrapándole el brazo y tirando de ella hasta colocársela delante y desarmada.

—¡Basta ya de locuras, Suzanne! Eres mi hermana y aun puedes salvarte...

—¡Matadla! ¿No me oís? ¡Matadla! ¡Ha asesinado a mí marido!

—¡Mentira! ¡Le has matado tú!

Por detrás de los marineros titubeantes apareció la figura del capitán del barco. Venía evidentemente preocupado y se hizo cargo en una ojeada de la situación.

—¿Qué sucede? —inquirió, adelantándose a sus hombres pistola en mano—. ¿Quién de las dos es la prisionera?

—¡Ella! ¡Dispare y mátela! ¡Estoy malherida! ¡Vamos! ¿Qué espera? Soy su jefe...

—Dicen que Tzaros está muerto, capitán —le indicó uno de los

marineros.

El capitán hizo una mueca y bajó un poco la pistola, diciendo:

—Lo siento, señora Tzaros, pero no voy a matar a nadie. Estamos en un buen brete. Tenemos delante un buque de guerra turco y nos han dado orden de detenernos. Por detrás se acerca otro a toda máquina. Y ahora su marido está muerto, usted malherida y su hermana puede sernos más útil viva que muerta. Se acabaron los tiros. Muchachos, cogedlas y...

—¡Un momento, capitán! —Daisy habló rápida—: ¿Dice que estamos entre dos barcos de guerra?

—Así es. Y sin posibilidades de escapar. Ojalá logremos salir medianamente librados de este embrollo.

—Yo puedo ayudarles, si me dejan las manos libres.

—¡No le hagan caso! ¡Ma...!

Rudamente, Daisy hizo girar a su hermana y la sostuvo contra la pared frontera del pasillo, mirándola con furia a los ojos.

—¡Escúchame, loca! Solo yo puedo salvaros a todos, a ti incluso, de la horca. Y lo haré porque eres mi hermana, aunque seas también una vil traidora merecedora de la muerte. Vamos, ve delante de mí y no rechistes, o te abofeteo sin mirar que estás herida.

Fue curioso ver cómo Suzanne se achicaba, perdiendo toda su virulencia bajo la mirada implacable de su hermana. Balbució unas palabras ininteligibles y se fue, cogiéndose el costado herido con una mano y apoyándose con la otra en la pared, hacia el capitán, que la cogió, evitándole que cayera, y miró inquisitivo a Daisy.

—¿Qué hemos de hacer?

—Llévenla al hospital y cúrenla. Vamos usted y yo sobre cubierta.

Dejando a la vencida Suzanne, subieron ella y el capitán sobre cubierta a toda prisa. El barco se estaba parando poco a poco, y el primer piloto, hosco y preocupado, se les acercó apenas sacaron la cabeza al aire libre.

—Ahí están y no tenemos ninguna salida...

Estaba amaneciendo y ya había suficiente claridad para ver ambas orillas del Bósforo. A menos de quinientas brazas, una fragata de la Marina de Guerra turca se acercaba despacio cerrándoles la salida al Mar Negro. Y aun a menos distancia, por la popa, otra fragata cortaba veloz las aguas del Bósforo. Podían distinguirse perfectamente las figuras de los marinos armados y listos para el abordaje...

Daisy se hizo cargo de la situación y tomó el único camino posible.

—Escúchenme con claridad —dijo a los dos hombres, preocupados—. No nieguen que conocían mi secuestro. Ni que les constaba la identidad de Tzaros. Pero remachen que su intervención en esto se ha limitado a recogerme en Estambul y a recibir a bordo a Tzaros y a mí hermana. En cuanto a lo ocurrido en el camarote, nada saben. Es cuenta exclusiva de mi hermana y mía. Ustedes nada saben, ¿comprenden? Así pueden salir con

cinco años y mi padre y yo nos encargáremos de que sean algunos menos. Pero recuerden que su futuro depende de su absoluta obediencia. Ahora bajo junto a mí hermana. Ustedes no hagan ninguna resistencia.

Los dos hombres asintieron en silencio. La fragata ya estaba muy cerca. Daisy había procurado que no la pudieran ver desde la cubierta del buque de guerra, pero sí ver ella. Y cuando vio al hombre alto, con un extraordinario rostro, parado junto a la borda, a proa, armado con una metralleta, le dio un vuelco el corazón. Por dos motivos...

Rápida, dio vuelta y se metió por la escalerilla. Cuando llegaba al piso oyó el choque del costado de la fragata contra el del carguero, voces de mando en turco y los ruidos de la marinería al subir al abordaje. Corrió hacia el botiquín, preguntando antes su ubicación a uno de los hoscos y asustados marineros...

Cuando llegaba, a ella se abrió su puerta con violencia dando paso a un hombre de rostro lívido, que, al verla, se detuvo consternado. Temiendo súbitamente algo terrible, Daisy llegó junto a él e inquirió:

—¿Qué pasa? ¿Y mi hermana...?

El hombre tragó saliva. Otro apareció, igualmente pálido, junto a él, y fue el que le dio la noticia.

—No pudimos impedirlo... Ni siquiera lo pudimos sospechar... El bisturí estaba sobre la mesita, ella lo vio y...

De un empujón, Daisy los separó de la puerta y entró en el botiquín. Allí se detuvo, contemplando a su hermana gemela...

Suzanne había sido llevada al botiquín del barco y colocada en una camilla. Los dos hombres que se habían hecho cargo de ella, el segundo piloto y el primer maquinista, estaban quitándole la blusa y la combinación para descubrir la herida cuando sus ojos cayeron sobre el bisturí que con otras herramientas quirúrgicas habían ellos sacado para hacerle la cura por si la bala había quedado dentro del cuerpo. Ella estaba frenética por su derrota, alucinada por el inesperado cambio de la situación, febril a consecuencia de la herida. Probablemente la cegó una mezcla de rabia, humillación y deseo de no sobrevivir al fracaso. Como quiera que sea, alargó la mano, cogió el bisturí y, con un gesto tan rápido que les fue imposible a los hombres que la curaban evitarlo, se lo clavó con toda su fuerza en el pecho, atravesándose el corazón.

Así la vio su hermana, aun con la mano apretada sobre el arma fatal y el seno. Así la vio Guillermo cuando, con toda la cara tumefacta y llena de esparadrapo, tras apartar a los hombres del barco sin ningún miramiento, llegó al botiquín.

Al oírle, Daisy se volvió a mirarle. Él la miró, miró a la muerta, tragó saliva...

—¿Qué ha pasado?

—Ella... estaba loca...

—Tú eres Daisy, ¿verdad?

—¿Qué importa? Encontrarás a Istvan muerto en uno de los camarotes. Ella lo mató... y él la hirió. Has conseguido tu propósito, polizante... Puedes estar contento...

Entrando, él alargó una mano, la cogió y la sacudió con rudeza.

—¡Despierta y no digas tonterías! Voy a salvarte, ¿entiendes? Y lo voy a hacer porque te quiero...

Había hablado fiero y roncamente, en voz baja. Se volvió al oír ruido de gentes acercándose y apretó contra sí a la muchacha, dando cara a Thomkins y los demás que le seguían, todos los cuales se detuvieron ante el macabro cuadro. Sosteniendo a la muchacha contra su pecho, habló alto al policía americano.

—Permítame presentarle a Suzanne Treville, Thomkins. Afortunadamente se ha salvado. Tzaros está muerto, y Daisy Redford, ahí la tiene. Herida, no ha querido sobrevivir a su derrota...

EPÍLOGO

Con las últimas palabras, en justicia, debía darse por terminada la historia. Pero como comprendo que a muchos no les parecerá un final adecuado, y alegarán que deja en el aire un montón de interrogantes, contaré lo que en la actualidad he podido llegar a saber del conjunto de hechos que dieron al traste con mi lucrativa profesión de ladrón de hoteles lujosos, convirtiéndome en un apacible y honorable pintor que se gana la vida con sus pinceles y un honrado negocio de venta de «souvenirs» a los turistas, por cierto muy bueno y de gran porvenir.

La verdad es que aquel día yo fui a Cayo Sal a preparar tranquilamente mi próximo golpe. Yo acostumbraba a trabajar poco y bien. Por eso nunca estuvieron mis huellas dactilares en ningún fichero policial, y ni siquiera sospechaban de mí los policías.

Como digo, fui allí a trabajar mentalmente. Por eso, y para mi tranquilidad, me había asegurado antes de que el pequeño poblado estaba prácticamente desierto. Por eso me extrañó tanto aquel tejemaneje de la casa frontera. Y porque soy curioso por naturaleza, me metí de cabeza en el enredo...

Por lo que he podido llegar a saber, Suzanne avisó a Tzaros, su marido secreto, de la llegada a Cayo Sal de dos granujas de fuste que habían robado ciertos documentos ultra secretos al Gobierno francés y se habían puesto en contacto con Trebistch para, por su mediación, colocarlos muy bien en determinado gran país que estaba muy interesado en coleccionar tales cosas y había ofrecido medio millón de dólares por ellos. Los dos tipos estaban dispuestos a darlos a Trebistch por la mitad justa. Y Trebistch, que era un lince para aquella clase de negocios, envió a su gente con instrucciones detalladas. Tenían que apoderarse de los documentos sin pagar un centavo por ellos, y liquidar a los que los llevaban, echando luego sus cuerpos al mar.

Tzaros se metió por medio, con su característica audacia y crueldad. Llegó diez minutos antes que la gente de Trebistch, se hizo pasar por ellos, mató a los enviados y luego, de la misma manera, hizo que dos de sus hombres pasaran por los muertos para embaucar a los de Trebistch. Cuando estos apuñalaron al que quedó en su compañía, mientras el otro iba «por los papeles», él estaba al tanto, vio la faena y no perdió tiempo en darles lo suyo. Todo eso es lo que pasó en Cayo Sal.

A Clanton lo mató porque sí, para desafiar a Trebistch. Claro está que

aun ignoraba mi presencia en Cayo Sal y que yo le había visto su flamante cara nueva. Daisy y el abogado lo supieron porque el propio Tzaros, que era un fanfarrón, les llamó para jactarse de su hazaña. Fueron volando al Cayo y llegaron a tiempo de verme marchar a mí. Con su característica agudeza mental, Daisy me ligó a lo sucedido, y por eso se movieron tan rápidos tras mi pista. De todos modos, yo la desconcerté no poco en los primeros días...

A Clancey trató de eliminarle Tzaros porque se negó a unírsele y decirle todo lo que Istvan imaginaba que sabía de mí. Y es pura verdad que no me mataron aquella noche porque yo le había caído muy simpático a Daisy.

Lo de París fue un buen enredo, por culpa de Suzanne.

Confieso que al principio me engañó de lo lindo, y casi me enamoriqué. Por eso cometí aquella tontería de besarla. Pero casi en el mismo instante me di cuenta de que me engañaba. Me había estado haciendo creer que era una ingenua ignorante de todo, que no sabía ni una palabra de su hermana gemela. Y la hermana gemela me encontró casi en el acto, a pesar de lo grande que es París. Y cuando fuimos junios al apartamento que según Suzanne compartía con una amiga, descubrí en el ropero algunas prendas que yo le viera puestas a Daisy en Nueva York. Eso me abrió los ojos, y me llevó a atar cabos, aceptando la oferta de Daisy, que entonces me comenzó a gustar de verdad, aunque no lo supe hasta más tarde.

Y ya no me queda más que hablar de lo que sucedió luego que la presenté con el nombre de su hermana. No arriesgaba gran cosa, puesto que eran casi idénticas, y ni Thomkins ni el francés, y menos el turco, habían jamás visto y hablado a las hermanas. Claro es que Thomkins no se tragó del todo el anzuelo, pero lo dejó pasar.

Daisy se mostró aplanada por lo ocurrido, y me engañó bien, la muy gata... Cuando la dejamos durmiendo en una habitación del hotel «Inonu», yo mismo estaba seguro de que estaba verdaderamente agotada por las emociones, el insomnio y la pena.

Pero nos engañó como a chinos... Cuando fuimos a despertarla para que declarase algunas cosas había volado, y no pudimos saber cómo ni quién le ayudó. A mí me dejó una notita muy amable. «Eres un sucio traidor y polizonte, y estoy avergonzada de haberme enamorado de ti y todo lo que hice por salvarte. Debí dejar que te mataran... No trates de buscarme, pues ni tú ni esos estúpidos policías me encontraréis. Hasta nunca».

Y dijo la verdad, porque no dejó más rastro que una nubecilla en el cielo. A mí me costó una buena bronca de Thomkins y un mayor berrinche personal...

He de decir que los de la Interpol se portaron bien conmigo. Thomkins me indicó muy amablemente que podía considerarme totalmente libre para ir a dónde me pluguiera, a condición de que devolviese cuánto dinero y

especies ilícitamente obtenidos obrasen en mí poder. Como me precio de ser hombre sensato, así lo hice, salvo una pequeña cantidad que me reservé para emprender mi nueva vida. Habida cuenta de que devolví unos doscientos setenta mil dólares, los treinta y cinco mil que me quedé no fueron gran cosa.

Con ellos me vine a Nápoles y establecí mi honorable negocio de «souvenirs», que atiende ahora mi mujer. Nápoles es el sitio mejor del mundo para un tipo como yo. Se puede pintar, se vive barato, se gana dinero y se hacen amigos...

Ahora me toca hablar de mi mujer. Es morena, cocina bastante bien, sabe administrar la casa y el negocio, y no tengo de ella la menor queja. A la verdad, la quiero mucho, mucho más de lo que nunca sospeché podría querer a una mujer. Y creo que me paga con la misma moneda.

Ya he dicho que es morena. Tiene además una deliciosa nariz respingona, y sin exageración, es una belleza. Y es muy joven. Si no fuera por los lentes...

Supongo que algunos se preguntarán qué fue de mi enamoramiento por Daisy, y no pocos pensarán que soy un veleidoso. Nada de eso. Soy un hombre constante...

Ocurre que un día, hará de esto un año, recibí una carta. Era muy breve. Decía solo esto: «Ven a Ravello. Estaré en la estación de autobuses».

Nadie en el mundo podía escribirme tal carta, excepto una persona. Tardé una hora en plantarme en Ravello, qué, por si no lo saben, es uno de los sitios más bellos del mundo. Y ella estaba allí.

Claro que fardé un poco en reconocerla. Justo hasta que se quitó los lentes y me miró. Estaba bastante delgada y parecía triste y fatigada. Me dijo muy pocas palabras, pero todas las que yo necesitaba oírle.

—Mi padre ha muerto. Se volvió loco a causa de la ceguera y la traición de Suzanne, que no le pude ocultar. No trataré de justificarle. Era un criminal. Pero era mi padre, y nos quería mucho. También yo he sido mala. Ahora me siento muy sola y quisiera aprender a ser buena. ¿Me quieres ayudar?

Es claro que le ayudé. Me consta que la Interpol aun anda buscándola por esos mundos, pero nunca la irán a buscar detrás del mostrador de mi tienda de «souvenirs» para turistas bobos y crédulos. Ella es una experta en caracterizaciones, y, por otra parte, los cirujanos faciales hacen hoy día milagros. La única pega es que tiene que vigilar constantemente sus cabellos. Pero eso carece de importancia. Y somos un matrimonio pacífico, honorable y feliz...

FIN



Jamás supuso Sandy Dayton, famoso escritor de novelas policíacas, que el azar le transformaba en protagonista de uno de sus propios relatos...

Así se inicia la acción de

TAN SOLO UNOS MUERTOS

Otro relato, trepidante por demás, que ha escrito el popular

MIKKY ROBERTS

con la emoción en él característica

TAN SOLO UNOS MUERTOS

¡Misteriosos asesinatos iban señalando el camino de una venganza en la que Sandy Dayton vióse mezclado sin poderse explicar por qué!

Adquiera este título la próxima semana en

COLECCION SERVICIO SECRETO

¡Nos agradecerá el consejo!

Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 6 PTAS.

COLECCION "BISONTE"

509 — Rogers Kirby
DOS BALAS PARA UN
CORAZON

COL. "SERVICIO SECRETO"

873 — Cliff Bradley
LA GENTE IMPLACABLE

COLECCION "BUFALO"

206 — Peter Debry
A PUNTA DE REVOLVER

COLEC. "Salvaje TEXAS"

74 — Fidel Prado
TU GANAS, HERMANO

COLECCION "CALIFORNIA"

53 — Silver Kane
EL ULTIMO CABALLERO

COLECCION "PIMPINELA"

568 — Armando Sandoval
CUANDO LA NOCHE ACABA

COLEC. "MADREPERLA"

464 — E. Aguilar de Rücker
CUANDO UNA MUJER
QUIERE

COLECCION "ROSAURA"

408 — María Adela Durango
SOY UN DESCONOCIDO

COLECCION "AMAPOLA"

295 — Juan Gallardo
CORAZON REBELDE

COLECCION "ALONDRA"

247 — María Morgan
ESTE EXTRAÑO PODER

COLECCION "CAMELIA"

189 — Javier Catá
TRIUNFA EL AMOR

COLECCION "ORQUIDEA"

158 — Agatha Mor
¡SUENA, PRINCESA!

COLECCION "CORAL"

87 — Corín Tellado
NO QUIERO A ESTA MUJER

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Proyecto, 2 - Barcelona y Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

¡VIVA AHORA SU VIDA,
AMABLE LECTOR!

Pero vívala adecuadamente,
siguiendo las indicaciones de

COMO VIVIR 365 DIAS AL AÑO

¡Acaba de aparecer
la 2.^a edición!

COMO VIVIR 365 DIAS AL AÑO

por
JOHN A. SCHINDLER

Será su amigo durante las
veinticuatro horas del día

Pida este volumen en quioscos
y librerías

PRECIO: 60 PTAS.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

La juventud de la reina Victoria de Inglaterra, fué llevada a la pantalla con un éxito rotundo, en la película



LOS JOVENES AÑOS DE UNA REINA

Hoy vuelve de nuevo este título al primer plano de la actualidad, merced a la adaptación que de él ha realizado la ya famosa

COLECCION HISTORIAS

que ofrece tal relato a todos sus lectores en su doble modalidad de textos e ilustraciones perfectamente compaginados

LOS JOVENES AÑOS DE UNA REINA

¡Un nuevo título de la biblioteca de la juventud!

Precio de venta: 28 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA



*Dejó la radio de ser
una ciencia insendable
en la que sólo los ele-
gidos podían bucear*

COLECCION TECNICA AL DIA

le ofrece, en su nuevo volumen, un estudio práctico y sencillo de sus principios básicos, útil por igual al radiotécnico y al aficionado

LA RADIO ES FACIL

es el título de este libro, que, indudablemente, debe ocupar un lugar de honor en su biblioteca

LA RADIO ES FACIL

¡Un manual de constante consulta, que usted debe poseer!

 Precio de venta: 30 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

¡Sigue la marcha triunfal de dos
colecciones insuperables!

COLECCION BISONTE EXTRA

le ofrece esta semana

VAGABUNDO FANFARRON

un relato apasionante, que firma el
famosísimo

Ramiro Dexter

y en la popular

COLECCION BUFALO EXTRA

podrá usted leer una trepidante no-
vela de

Jonh Lah

que su autor tituló

TRIO SINIESTRO

¡Ambas colecciones le ofrecen además,
en sus últimas páginas, tres interesantes
novelas gráficas!

¡Encargue su ejemplar!

Precio del volumen: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA



!La misma actriz interpretó las dos películas!

!La misma firma le ofrece una fiel versión gráfica de tan sugestivos films!

Si usted coleccionó los cromos que componían la serie

S I S S I

inicie hoy mismo la dedicada a

Los jóvenes años de una reina

1200 cromos a todo color coleccionables en un magnífico álbum!

Precio del sobre conteniendo 2 cromos: 35 cts.

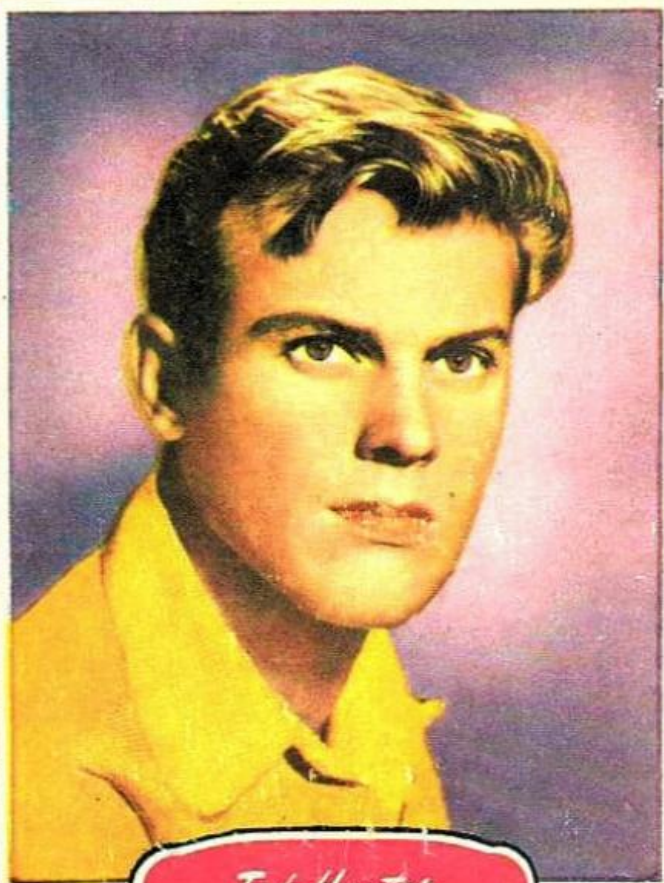
Precio del álbum para coleccionarlos: 6 pts.

Una exclusiva de:

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA



Tab Hunter

N.º 547 Nació en Nueva York, el 11 de junio de 1931, con el nombre de Arthur Gellien. Conocimos a Tab en "La Isla del deseo", siendo "Grito de batalla" su más reciente filme.

Foto: PARAMOUNT



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 6 ptas. — Printed in Spain — Precio en la Rep. Argentina: \$ 4